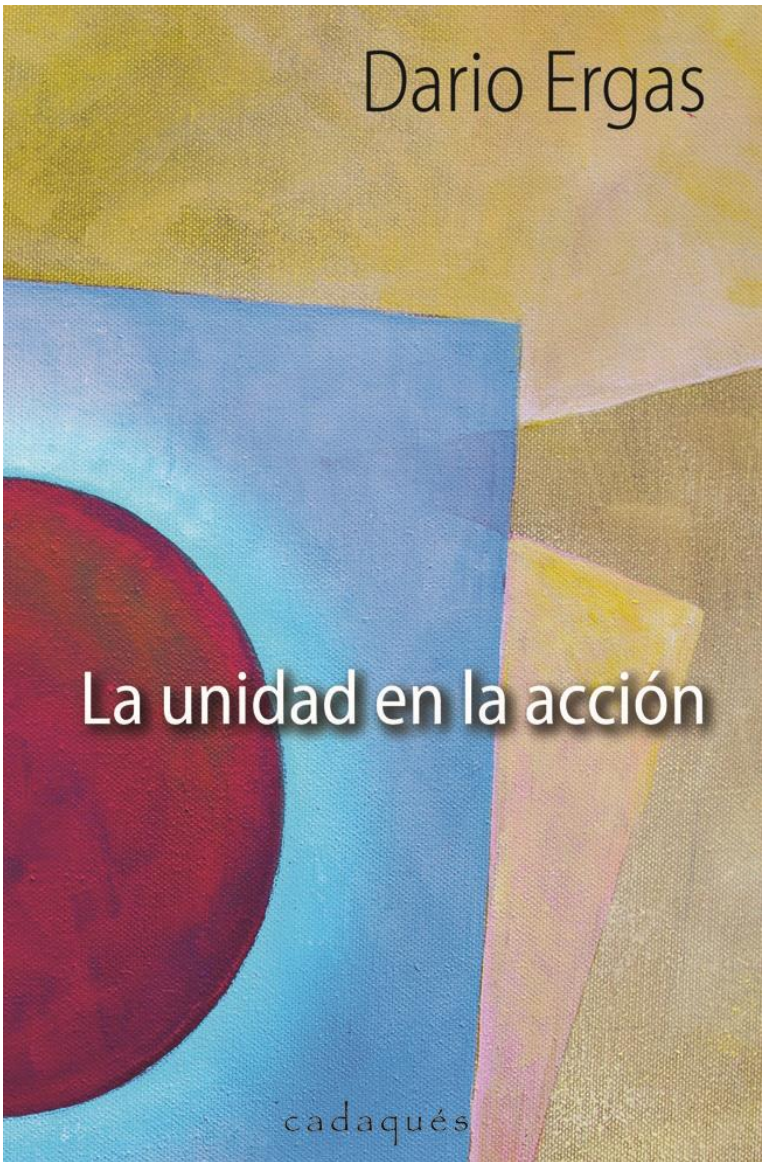




Dario Ergas

La unidad en la acción

cadaqués

LA UNIDAD EN LA ACCIÓN

Dario Ergas

ÍNDICE

LA UNIDAD EN LA ACCIÓN

- **Introducción**
 - Historia de una pregunta
 - A quién van estas palabras
 - Forma y contenido
 - Silo
 - Agradecimientos

Primera Parte: LA ILUSIÓN

- **Capítulo I: El sinsentido**
 - Confusión del sentido con el deseo
 - La mecánica del ensueño
 - El cambio mental
 - La oportunidad de la época
- **Capítulo II: El fracaso**
 - Un momento de libertad
 - El resentimiento
 - La reconciliación
 - El fracaso de la época
- **Capítulo III: La acción**
 - La imagen moviliza al cuerpo
 - El origen de la acción
 - La reflexión de la conciencia
 - La dirección hacia el ser humano
 - La dirección hacia la trascendencia

- **Capítulo IV: La mirada interna**
 - El yo es una representación de la conciencia
 - La mirada interna y su distancia respecto del yo
 - Un nuevo nivel de conciencia
 - El despertar de la mirada interna

Segunda Parte: LA UNIDAD INTERNA

- **Capítulo I: La muerte**
 - La mirada de la muerte
 - El deseo de inmortalidad
 - La raíz del sufrimiento
- **Capítulo II: El cambio**
 - Las experiencias de cambio
 - Buscándome a “mí mismo”
 - La dirección del cambio
 - Un leve desplazamiento de las creencias
- **Capítulo III: La conciencia de la unidad**
 - La fuerza de la necesidad
 - El reconocimiento de la unidad
 - La unidad es el sentido
- **Capítulo IV: La unidad en los otros**
 - La acción es la llave de la comunicación
 - El crecimiento de la unidad interna
 - Lo humano es un proceso de liberación

Tercera Parte: EL PROYECTO HUMANO

- **Capítulo I: La acción revolucionaria**
 - La caída de las civilizaciones
 - Lo humano como expresión de la libertad
 - La intervención intencional en la historia
 - La acción revolucionaria es simultánea

- **Capítulo II: La primera civilización planetaria**
 - El encuentro de las culturas
 - Un nuevo descubrimiento: El ser humano
 - La revolución del vacío
 - La nación humana universal

- **Capítulo III: La revelación del ser**
 - Una renovación espiritual
 - La externalización de la experiencia
 - Una interpretación evolutiva
 - El sentimiento religioso

- **Capítulo IV: La ampliación de la conciencia y la sociedad libertaria**
 - La acción conjunta
 - El problema común
 - Todo fin es un comienzo
 - La construcción de la historia

Epílogo: EL DESPERTAR DE LA HUMANIDAD

LA UNIDAD EN LA ACCIÓN

Hace ya más de dos años que murió mi padre. Alcancé a contarle a Silo sobre su muerte y cómo a los pocos días de su partida mi corazón se llenó de un agradecimiento tan grande que no lo podía explicar. Me respondió que era seguro que continuaba su proceso y en la mejor dirección.

Pocos meses después, también murió Silo. No he contado a nadie cuántas veces en la vida se me ha llenado el corazón con ese agradecimiento, y cómo después de su muerte cada pieza de su enseñanza decanta en mi comprensión.

A ti lector te transmito este sentimiento.

Prólogo

Empecé a leer las páginas de este escrito tratando de seguir el hilo conductor que el autor indica en el prólogo, pero enseguida olvidé mi propósito: incitada por el texto, me sumergí en la inevitable comparación entre las propuestas que presenta y mis experiencias de vida.

Dario Ergas nos toma de la mano y nos acompaña por los senderos del mundo interno, iluminando esa realidad que nuestra mirada, capturada por el reclamo del mundo externo, ignora o desvaloriza. Así, como en un largo paseo por una ciudad desconocida, donde la mirada se posa en los distintos elementos, descubriendo arquitecturas, pasajes oscuros, escaleras empinadas, calles arboladas, monumentos del pasado, risueños jardines iluminados por el sol, el mundo interno se abre y nos muestra una insospechada riqueza de detalles.

Es imposible no reconocerse en gran parte de las agudas descripciones de situaciones de vida. Las ilusiones acicateadas por el deseo, la mecánica de los ensueños, los fracasos, los temores, los resentimientos con su carga de culpa y venganza, la reconciliación, la libertad, la acción humana y el futuro que la moviliza, la búsqueda de la felicidad, la irrupción de experiencias que trascienden la temporalidad y la espacialidad cotidianas, todo está descrito en modo directo y preciso.

Durante todo el desarrollo aparece en transparencia la enseñanza de Silo, una enseñanza que ha inspirado la trayectoria de Ergas, que lo ha sostenido en su viaje vivencial, en sus descubrimientos, en un camino que no conoce metas definitivas, que se orienta a superar todo límite, a realizar las potencialidades del ser humano, su intrínseca capacidad evolutiva, un camino que se reconoce en la secuencia de sus libros. Es el camino del hombre nuevo que, dejando atrás los grandes fracasos, las guerras y las violencias del siglo breve, busca otras vías y, no obstante las dificultades, una nueva espiritualidad ha comenzado a instalarse en su corazón, una espiritualidad

que lo empuja –a través de la ferocidad y las contradicciones del mundo actual– hacia nuevas metas de libertad y de evolución.

El eje central de esta nueva reflexión de Dario Ergas es la acción con su capacidad de ampliar la coherencia interna, sus consecuencias para con el otro, la retroalimentación que recibe quien actúa, en síntesis, el crecimiento que deriva de las acciones puestas en marcha. Y es precisamente la acción, potencial portadora de ese registro de “unidad”, la llave para acceder al Sentido, para descubrir la esencia del otro en la realización del Sentido, para emprender un proceso de liberación que supera al individuo, que se vuelve proyecto humano, que aspira a la renovación espiritual y, en definitiva, a la construcción de la Nación Humana Universal.

No sabría definir el género literario de este libro; no es por cierto un libro que deja tranquilo al lector en pantuflas sentado cómodamente en un sillón. Es un “libro-estímulo”: abre nuevas perspectivas, presenta muchos interrogantes, evoca aspiraciones recónditas de la profundidad de todo ser humano. Estoy segura de que muchos serán los lectores dispuestos a responder a estos estímulos, a reflexionar sobre la propia existencia, a levantarse del sillón para unirse con mayor conciencia al gran proyecto humano.

Loredana Cici¹

¹ Abogada, ensayista en los temas de democracia directa y responsabilidad política. Presidió durante varios años la Internacional Humanista fundada en 1989 en Florencia. Participa actualmente del Parque de Estudios y Reflexión Attigliano en Italia, desde donde profundiza y difunde el Mensaje de Silo.

Introducción

Historia de una pregunta

Inicio aquí el tercer estudio sobre el sentido de la vida. Han pasado casi veinte años desde mi ensayo llamado *Los estados oscuros de la conciencia*, que luego se editara como el libro *Sentido del sinsentido*, y seis años desde que se publicara *La mirada del sentido*.

El primer estudio tenía el claro objetivo de ayudar a superar el resentimiento. Conocer los momentos más dolorosos y poder encontrar el modo de despegarnos de ellos hacia la esperanza y la reconciliación. Quizás una de las cosas más rescatables fue haber considerado al sufrimiento como indicador de un error psicológico: si sufro es porque en algo estoy equivocado; y a partir de allí buscar el camino de reconciliación.

El segundo estudio relata el encuentro con una experiencia trascendente, estableciendo un diálogo para que el lector reconozca en él ese tipo de vivencias. Se revisan los temas esenciales de la vida y los tópicos más conflictivos, iluminándolos con la óptica del Sentido.

Recién terminado el tercer ensayo, y aprontándome a los últimos retoques, me pregunto de qué trata. Intento mostrar que si bien la experiencia de comunicación con la profundidad de la conciencia es la respuesta a la pregunta por el sentido, no es suficiente, pues esa experiencia con mucha facilidad se pierde en el olvido. Las experiencias reveladoras del ser trascendente han de traducirse en una construcción cuya consecuencia sea el crecimiento de esa experiencia en uno y su reconocimiento en los otros. La vivencia del contacto con la totalidad se la experimenta como “unidad”. En este trabajo se expone que el sentido de la vida es hacer crecer la unidad interna, junto a otros, y esa dirección es la base para una transformación personal, social y humana.

A quién van estas palabras

Mi intento de comunicación no va a interesar a todos. Pero, si buscas sin saber exactamente qué, o estás aburrido de explicaciones que no conducen a nada, o necesitas cotejar lo que te sucede, o los moldes de comportamiento te asfixian, si no sabes ya a qué achacarle lo que te está pasando, me gustaría que recorrieras el texto a ver si algunas frases coinciden con algo tuyo.

Para los que están perdidos o no saben quiénes son y la pregunta regresa una y otra vez, a pesar del éxito o la falta de él, a pesar de lo que tienen o no alcanzan a poseer. Para quienes necesitan un amigo en la soledad. Para ti, si decides acompañarme en estas líneas.

Si estás agotado o confundido y quieres levantar vuelo; si desconfías de todas las causas y aun así insistes en abrazar las más nobles; si consideras el cambio social como un proyecto imposible, pero guardas la esperanza de encontrar el camino que lo permita. Este escrito es incapaz de revelar el sentido de tu vida, pero tal vez pueda ayudar a descubrir algo que ya está en ti queriendo presentarse ante tus ojos.

Trataré de extraer las respuestas sedimentadas en estos años, y alguna puede ser de utilidad. Esta es la posta de la historia, cada generación tiende su mano a la siguiente esperando realizar en el futuro lo que la impulsa.

Forma y contenido

Lo dividí en tres partes. La primera, para poner énfasis en la confusión entre el sentido verdadero de la vida y los ensueños o deseos que nos mueven todos los días. Se aprovecha para alertar sobre el resentimiento y la venganza como desvíos que alejan de la búsqueda trascendente. Si bien son temas tratados en escritos anteriores, se los revisa entregando herramientas para alcanzar la reconciliación. Luego, se dan pautas para reconocer las veces que hemos sido tocados por la experiencia reveladora de una verdad trascendente. Se pretende concluir que es bastante común, al alcance de cualquier ser humano, y se aloja en la propia interioridad. Se enumeran distintas vías en que se presenta esta nueva realidad, que van desde el fracaso de las ilusiones,

momentos de peligro vital, hasta procedimientos de contacto directo con la Fuerza o energía psicofísica. Se expone una teoría de la acción, que será el punto de apoyo para justificar el crecimiento de la unidad interior como sentido de la vida. Finalmente, se estudia el fenómeno de la internalización de la mirada, producido por las experiencias totalizadoras y las acciones valiosas. El descubrimiento de la mirada interna nos pone ante la posible ampliación de la conciencia y un cambio paulatino de las creencias fundamentales que nos sostienen.

En la segunda parte del escrito, intento demostrar que el logro de la unidad interna es el sentido de la vida. Es posible tomar contacto con ella a través de las experiencias de aproximación a la profundidad de sí mismo, pero la acción en el mundo es lo que permite reconocerla y hacerla crecer. El modo de acción que aumenta la unidad interna, aumenta también la reflexión de la conciencia y despierta la mirada interna. Esto se experimenta como el nacimiento de un centro interno separado del yo habitual, que tiene el efecto de debilitar la creencia en la muerte y acrecentar el sentimiento de lo trascendente.

En la última sección, se propone un proyecto de cambio humano. Un cambio hacia un ser humano más consciente, más feliz y no violento, capaz de proyectar una sociedad universal y libertaria. La coyuntura histórica, caracterizada por el encuentro de las culturas y la crisis de las creencias fundamentales en cada una de ellas, crea el ambiente para el contacto masivo con las experiencias reveladoras del sentido. Esto animará la acción transformadora del mundo, pero ¿en qué dirección? Si fuera posible instalar en el paisaje social planetario el ideal de una nación humana universal, podría orientar a las generaciones venideras que cambiarán al mundo. La fuerza psicosocial que está emergiendo modificará las instituciones políticas y religiosas actuales. Esto podría significar un crecimiento personal, social y espiritual en nuestra historia. Quizás sea posible, para una conciencia lúcida, diseñar un plan que trascienda las generaciones que conduzca hacia una sociedad que acoja y potencie a todo ser humano en la Tierra.

Silo

El impulso inicial para escribir este documento fue la muerte de Silo. El maestro que me enseñó las cosas del espíritu y de cuya doctrina abrevé desde joven. El recuerdo de un intercambio de correos con él se me impuso como tarea pendiente que espero quedará completada una vez publicada esta pequeña obra. Él me sugería enfrentar el tema una tercera vez, esforzándome en dejar muy claro lo que trato de decir.

Es difícil expresar el valor que atribuyo al pensamiento de Silo. Mientras escribo, muchas veces me parece estar plagiando sus ideas y otras creo que las estoy distorsionando. También me apoyo en sus descripciones para justificar ocurrencias mías con las que él no necesariamente estaría de acuerdo. Claramente, su presencia en mi vida continúa integrándose y no es un proceso que pueda dar por completado. Saldrá continuamente a colación a lo largo de estas páginas, sea como notas al pie o como vivencias que refuerzan algunos de los conceptos que expreso. Aclaro esto con un sentimiento de discípulo responsable para advertir sobre la influencia que ha tenido su maestro; además, animar a tomar contacto directo con su obra y excusar así las deformaciones que se puedan filtrar en mi discurso. En cualquier caso, la proximidad, durante buena parte de mi vida, con este gran místico me impulsa a dar testimonio para que otros se beneficien de su enseñanza.

Quizás sea conveniente encuadrar este ensayo como una interpretación de su mensaje, a la luz de los esbozos de su teoría de la conciencia y la acción.

Agradecimientos

Varios de mis amigos han revisado el texto, algunos con mucho cuidado. También lo he sometido al juicio de mi familia, de mis hijos y de mi pareja. Cada una de sus observaciones ha obligado a rescribir capítulos y depurar el texto hasta dejarlo pronto para ser entregado.

Quiero agradecer desde el corazón a cada uno que leyó estos borradores, hizo sus comentarios, expresó sus críticas o dejó una palabra de aliento para que continuara. Incluso a aquellos que lo leyeron y guardaron silencio para no afectar el

impulso que me guiaba. Hacerles sentir a mis amigos traductores la desposesión que produce ver los textos en una lengua ajena. Al final, estos ensayos son una obra colectiva, en que muchos ponen de su parte para aportar algo que pueda ser de utilidad a otros. Me uno a todos ustedes en las líneas sin tiempo de este párrafo.

Primera Parte

LA ILUSIÓN

La vida consiste en correr detrás de los ensueños, creyendo que el sentido es alcanzarlos. Si obtengo lo que quiero, espero rebozar de felicidad. Esto se repite hasta mi desilusión y mi fracaso. Día tras día confundo el sentido con mi deseo. Me llena provisoriamente y, cuando descubro que no es mi verdadera búsqueda, un nuevo sueño nace en su remplazo.

La acción perdida entre mis quereres atrae al sufrimiento y se envilece con el resentimiento, la culpa y la venganza.

El fracaso es lo que más temo, pero solo él estremece como ducha fría, sacude las ilusiones y provee un momento de libertad. Gira la rueda del tiempo hasta que la muerte la detiene. Escondo mi frustración para no aceptar cuánto miedo tengo. Al reconocerla, algo se vuelve a unir, y mi vida ebria de afanes recupera su destino.

Existe otro nivel mental donde los ensueños no me hipnotizan y no me poseen. Es posible un modo de actuar que no se agota complaciendo ilusiones y genera una fuerte unidad interna. Entonces la mirada se internaliza, se separa del yo, y encuentro la experiencia del sentido. Ella eleva el deseo, ilumina la mente e inspira mi hacer.

El medio social me influye. A mis creencias las llamo "verdad" como si fueran la realidad. Cuando la época fallece, los acontecimientos me parecen (in)creíbles y se abre la posibilidad del cambio humano.

Capítulo I

El sinsentido

Confusión del sentido con el deseo. La mecánica del ensueño. El cambio mental. La oportunidad de la época.

Confusión del sentido con el deseo

Siempre estoy queriendo algo, soy una inagotable fuente de querer. Eso que quiero es el “deseo”. Estoy constantemente deseando algo, no lo puedo evitar, una situación, un amor, la paz mundial, la fama, el sexo, el control, la amistad. Puedo hablar de deseos de distinta calidad, más elevados o más groseros, pero siempre son deseos.

Ellos están orientando mis pensamientos, mis búsquedas, sentimientos y acciones. Están en la raíz de lo que hago sin yo darme cuenta. Estoy consciente de la acción que realizo, pero no siempre estoy consciente de que la impulsa un deseo.

Muchas veces sueño despierto, me cuento toda una historia de cómo lograr lo que quiero. Esos cuentos o sueños despiertos son mis “ensueños”. Por ejemplo, perturbado por una mujer que no se ha fijado en mí, mientras camino, divago en una lluvia cayendo sobre un desierto florido donde una silueta se acerca: es ella. Recojo una flor y se la entrego, veo como se aleja entre las dunas y..., entonces me tropiezo con alguien y, mientras pido disculpas, se esfuma el encuentro con la muchacha en la arena. El motor de los ensueños, de estas historias que me cuento soñando despierto, son los deseos. Están en la base del ensueño y de la acción.

La vida cotidiana consiste en tratar de realizar los ensueños, y me confundo porque mientras voy detrás de ellos experimento sentido. Pero, una vez que los realicé o me frustré, ya no tengo esa sensación. La recuperaré más adelante, cuando una nueva ilusión ocupe mi conciencia.

Entonces, lo que llamo habitualmente “sentido de vida” es solo un capricho que se apodera de mí y me guía hasta realizarlo. Si me preguntas si mi sentido es conquistar a una mujer, o ganar un reconocimiento en el trabajo, responderé que no,

es mucho más, pero mientras vaya detrás de mis conquistas me sentiré conforme. Siempre puedo desear más y más, remplazar un ensueño por otro y así ocupar mi vida sin alcanzar su significado.

El deseo toma la conciencia, se apodera de ella. Cuando duermo, no puedo decir que un sueño no me gusta y cambiarlo a voluntad; se desarrolla con independencia de mí. Cuando estoy despierto, los deseos operan de manera similar: toman mi conciencia, y mi voluntad no puede cambiarlos o anularlos. Así como no sabemos durante un sueño que estamos soñando, tampoco sabemos que estamos impulsados por ensueños cuando actuamos. Es como si la voluntad siguiera un poco dormida, aun cuando estamos ya despiertos.

No podemos evitarlo. Es una característica de la vigilia ordinaria: siempre un ensueño está orientando la acción. Puedo tener conciencia de ello pero, por lo general, soy guiado por él sin ningún conocimiento de mi parte. Soy su prisionero para realizar un afán, y eso es lo que experimento como sentido en la vida.

Esa sensación de sentido es, por lo tanto, engañosa, y permanecerá mientras el ensueño siga succionándome. Solo me provee de un sentido pasajero mientras trato de completarlo en el mundo. No es el verdadero sentido de la vida, pero lo confundo con él. Es un falso sentido: cuando se agota, mi vida queda vacía hasta ser nuevamente poseída por la próxima imagen.

El problema no está en el deseo, sino en confundirlo con el sentido. Por eso no puedo eliminarlo, y si los reprimo bloqueando mis emociones, me producirá trastornos severos mucho más complicados. El intento de interrumpirlos, incluso llegando a extremos de torturar el propio cuerpo, ha servido para comprobar que es imposible. Ese impulso es parte de la conciencia y, aunque redujéramos al máximo las necesidades del cuerpo, sigue siendo el deseo el motor hacia el mundo. Tampoco sirve darle rienda suelta: aun cuando sobrepase mis inhibiciones y vergüenzas, la ambición es un pozo sin fondo, y al tratar de saciarlo aumenta mi codicia, la aprensión, los celos, en definitiva, la contradicción.

Esta persecución del deseo, confundida con el sentido de la vida, trae varios problemas que se sintetizan en que sufro, la paso mal. No lo suelo relacionar con los

ensueños, pero en esa mecánica de la conciencia y en esta aptitud del deseo para darnos sensación de sentido está la raíz del infortunio. Los ensueños me orientan, son mi sentido, eso es lo que quiero, no puedo evitar su existencia; pero puedo estar prevenido ante su poder hipnótico y reconocer más allá de ellos el impulso trascendente de la vida.

Desde el principio de su enseñanza, Silo advirtió la diferencia entre dolor y sufrimiento. El dolor puede ser superado por los avances de la ciencia y por la distribución de las riquezas. Pero el sufrimiento de la conciencia atrapada por el afán, creyendo que es su sentido, no se supera con la justicia social ni el avance científico. Salir de esa mecánica requiere algo nuevo en el interior del ser humano, un cambio en la propia conciencia.

¿Es posible este cambio humano? De eso se trata todo.

Así como despierto de un sueño que me parece tan real, también puedo despertar de la sugestión del deseo durante la vigilia. Son posibles otros estados de mayor potencial energético, donde soy capaz de saber que me mueven los anhelos y sustraerme de su hechizo. Al tener conciencia de este mecanismo psíquico, los anhelos pierden su poder hipnótico y gano libertad.

La mecánica del ensueño

Detrás de cualquiera de mis angustias, ansiedades, depresiones, culpas, resentimientos, o cualquier forma de dolor mental, está el ensueño. Siempre lo encontraré en la raíz de mi sufrimiento. Cada vez que la estoy pasando mal, acostumbro a preguntarme: ¿Cuál es el ensueño que me tiene atrapado? No es evidente, pero en el esfuerzo por ser sincero conmigo mismo lo pesquiso.

Lo único que me libera de la penuria es encontrar la raíz que la está ocasionando, y es sin duda un ensueño. Su seducción es muy fuerte y me hace sentir cualquier deseo como una necesidad. Temo no lograrlo, y si no lo consigo, perderé la felicidad.

El temor a no alcanzar lo que quiero me atrapa y, para evitarlo, forzaré cualquier cosa con tal de adquirir eso tanpreciado que se me escurre. Ese forzamiento es la violencia. La violencia es consecuencia de la mecánica del ensueño: se desata por confundir mis apetencias con el sentido. La presión para lograr mis metas se acumula y esa violencia interior se proyecta al mundo, que la devuelve aumentada.

Es tal la fascinación del ensueño que estamos dispuestos a todo para obtenerlo. Forzaré cualquier cosa para concretarlo. No tiraré a nadie por el barranco, pero lo empujaré un poquito para hacerlo a un lado; deslizaré un comentario poco feliz para opacar su imagen; presionaré a algunas personas a hacer cosas que no quieren; ocultaré alguna información para manejar la situación a mi modo; en fin, numerosas conductas por el estilo me arrastran poco a poco a situaciones de violencia y en un momento escapan de mi control.

El ensueño y el temor son dos caras de una misma estructura y son los componentes del sufrimiento. Cuando el temor se vuelve insoportable, aparto la mirada de él y me embobo con el ensueño, me pierdo en el placer que provoca imaginarlo, pero esa angustia sigue allí. Para no sentir el pánico de no poder cumplir lo que quiero, adormezco la mirada embriagándola en el consumir.

El sufrimiento es un dolor mental que experimento como contradicción, resentimiento y violencia interna. Su raíz es confundir la satisfacción de mis deseos con el sentido de la vida. No hay problema con el deseo, la conciencia siempre se apoyará en alguno para salir al mundo, pero la creencia de que me va a brindar felicidad es la causante del sufrimiento.

Los ensueños cumplen una función importante para el psiquismo. En ellos están traducidas todas mis necesidades, y gracias a ellos la acción se orienta para resolverlas. Es un mecanismo de compensación a los desequilibrios de la conciencia: la impulsa al mundo desde donde obtiene lo que le falta. El sufrimiento se genera al ser cautivado por eso que quiero y sentirse atemorizado de no conseguirlo, y eso que quiero ¡no es lo sustancial de mi vida! Gracias a esta mecánica, la conciencia se expresa en el mundo externo, pero no es su fundamento.

Mis ensueños son útiles, sin ellos no actúo, no son el problema, pero han capturado mi conciencia y la hacen creer que su argumento es esencial. Cuando pierden su poder hipnótico sobre mí, inmediatamente aparece otro y vuelvo a ser arrastrado por el torbellino de mis antojos.

Esta es la mecánica que me domina. Este rodar y rodar, remplazando un ensueño por otro, es el sinsentido de la vida. Un círculo vicioso donde nada podemos hacer, sino sufrir, sin libertad para movernos de otro modo¹.

El cambio mental

Mientras estoy bajo el influjo del ensueño, la pregunta por el sentido de mi vida no es verdadera, no tiene la carga de la necesidad. Sencillamente no puedo buscar algo si creo que ya lo tengo, lo prioritario siempre será eso que me encandila. Cuando fracaso, es decir me desilusiono, recupero mi libertad y puedo preguntar con mayor sinceridad. Este funcionamiento de perseguir mis afanes, forzándome a mí mismo y a otros para conseguirlos, es habitual. Se trata de un movimiento propio de la vigilia y es independiente de lo noble de mis objetivos. Puedo hacer todo tipo de terapias para no ser tan goloso, conformarme con menos, aceptar mis limitaciones, reconocer mis frustraciones, moderar el comportamiento, pero ninguna de ellas impedirá que siga girando la rueda del deseo y del sufrimiento.

Si reviso la vida de todos los días corriendo detrás de estos falsos sentidos, no me siento ahogado permanentemente en el sufrimiento. Esto es así porque he logrado apartar la mirada del sinsentido y, con ello, he anestesiado mi angustia. Estoy distraído en mi ilusión, cautivado por mi ensueño, el cual se va exacerbando para

¹ Ya en el 566 a.C., Buda alertaba sobre el deseo como origen del sufrimiento y la posibilidad de liberación alcanzando el estado de Nirvana. Recordemos sus cuatro nobles verdades: 1ª) La constatación del sufrimiento: El mal consiste en el sufrimiento que es un hecho universal; 2ª) El origen o causa del sufrimiento es el anhelo o el deseo: El deseo consiste en una sollicitación apresurada de la mente, un deseo ardiente hacia aquello que queremos tener o queremos ser, o evitar lo que sentimos como aversión; 3ª) Curación del sufrimiento: Existe un estado que nos libera del sufrimiento y se goza de paz, es el Nirvana; 4ª) Es el camino para llegar al Nirvana llamado “el óctuple sendero”. Silo, en su primera arenga pública, “La curación del sufrimiento”, 2500 años más tarde, establece la diferencia entre el dolor físico y el sufrimiento mental, precisando su raíz en el temor a no satisfacer el deseo, generando violencia interna que se traslada al mundo social como violencia física, económica, racial, religiosa y psicológica. Propondrá también un camino de experiencia para avanzar desde el sinsentido hacia el sentido y plenitud.

impedir sentir el vacío que me envuelve. La ansiedad aumenta, cada vez es más difícil desviar la mirada y huir de lo doloroso, preciso ahora embotarme con algo, un espectáculo, un viaje, o algún químico para alejar la nada que me carcome por dentro.

Es posible otro nivel de conciencia donde los ensueños no tienen tanto poder como para confundirlos con el sentido de mi vida. Un estado de mayor lucidez, de mayor energía y de mayor disponibilidad de mis mecanismos mentales. ¿Para qué querría otro estado de conciencia no tan dependiente de los deseos? Me detengo en esta pregunta. En mí conviven dos respuestas, por un lado necesito alejarme del sufrimiento, convertir la vida hacia un sentido verdadero y trascendente, y por otro quiero sí o sí realizar mis ensueños.

Si en algún momento he reconocido un nuevo estado, accediendo a otra situación mental, percibiendo cierta libertad respecto a mis ensueños, mayor energía y potencia para actuar, aumento de la inspiración y de la alegría, muy pronto me he puesto soberbio. En el momento en que creo haber alcanzado el estado de despierto, y todo me resulta obvio y transparente, un sentimiento de revancha se cuela en mí y me siento capaz, ahora sí, de satisfacer eso que ansiaba poseer; y de inmediato la luz se escapa y estoy de nuevo en el habitual callejón gris, con un vago recuerdo de algo extraordinario al cual ya no tengo acceso. Entonces, cuando levanto vuelo, salgo del sinsentido y atisbo estados altos de conciencia, también allí puedo ser atrapado por el ensueño y eso me precipita otra vez a la vigilia cotidiana.

Advierto dos direcciones mentales que se abren frente a la posibilidad del cambio humano: despertar del ensueño y dirigir mi vida hacia un sentido profundo, o insistir en cumplir las metas ilusorias. Ambas direcciones mentales conviven en mí, y la segunda me devolverá una y otra vez a la marea del sinsentido.

No veo otra salida a la situación de sufrimiento y violencia que el cambio mental. No se trata de un problema personal de desadaptación, se trata de la decisión de producir un cambio cualitativo en el estado de la conciencia. Un despertar de la ilusión y un encuentro con un verdadero sentido.

La oportunidad de la época

Hay ciertas características de esta época muy alentadoras, y hacen suponer que se podrían estar generando condiciones para un salto cualitativo del tipo de ser humano. Este campo, reservado en otras etapas para individuos muy especiales y dotados, pudiera estar hoy al alcance de cualquiera interesado en ello, precisamente por las condiciones de mundialización, interconectividad y aceleración histórica.

La mundialización está provocando el encuentro de todas las culturas en cada rincón del planeta. El intercambio de esa diversidad enriquece, pero también pone en crisis la propia identidad al relativizar las creencias arraigadas durante milenios. Por otra parte, la interconectividad instantánea en todo el globo sobrepasa los muros, las barreras, las fronteras, y acerca la sensación de lo común y lo universal. Por último, la aceleración actual desgasta velozmente los ensueños que nos dan fundamento, y deben ser remplazados cada vez más rápidamente. Todo sentido provisorio proporcionado por la época se ve frustrado en plazos cada vez más cortos. Estoy enfrentado a la constante desilusión.

Estos tres factores, mundialización, interconectividad y aceleración, están poniendo a prueba el circuito nervioso y tenemos no pocos síntomas de explosión psíquica. El aumento progresivo de las depresiones, pánicos, suicidios, angustias, ansiedades, matanzas a mansalva, desbordes violentos en poblaciones, responde a esta mecánica del ensueño que no se sostiene con la velocidad del mundo de hoy. La población está siendo intervenida químicamente en su cerebro para frenar estos síntomas. Esta drogadicción inducida por la farmacología oficial desde edades muy tempranas no parece frenar esta plaga, más bien parece aumentarla. A nadie le cabe duda que vivimos nuevos tiempos, pero es muy difícil dimensionar cuán nuevos pueden ser.

Toda nuestra formación, todo lo aprendido, está desfasado del mundo que cambia a velocidades inapresables. No podremos enlentecerlo. Es una crisis de

crecimiento. Creamos un mundo complejo y la conciencia requiere una mayor cualidad para responder a esta nueva situación.

Capítulo II

El fracaso

Un momento de libertad. El resentimiento. La reconciliación. El fracaso de la época.

Un momento de libertad

Un mal día cualquiera, me doy cuenta cómo aquello por lo que he luchado y tratado con el mayor cuidado, la razón por la cual me he levantado todas las mañanas, lo más valioso de mi vida, ya no existe, fracasó.

Aun forzando, ya nunca tendré eso que consideraba podría hacerme feliz. Ni siquiera sabía cuán importante era hasta el momento de perderlo. Ahora, lo he perdido y para siempre. Puedo resentirme con los culpables de mi derrota, o comprender cómo la fantasía me adormeció y falseó la realidad para anestesiar mi sinsentido. Un mal día cualquiera, caigo en cuenta que eso tanpreciado se esfumó y no lo recuperaré jamás.

Fui engañado por un ensueño, y si no lo reconozco, me resentiré. Si algo no resulta, culpo a alguien por ello. Sin darme cuenta, soy poseído por el deseo y persigo un espejismo. Las dificultades para conseguirlo siempre tienen culpables, incluso yo mismo. Suelo decir que no responsabilizo a nadie de lo sucedido, pero no es una verdad interna. Así nace el resentimiento. Alguien me robó la felicidad al impedirme realizar mi ensueño. Ahora me gustaría que le hagan a él lo que me ha hecho.

Gracias al fracaso puedo liberarme del poder del ensueño, ya que al ceder su embrujo me desliga de su encantamiento. Si no me dejo tomar por el enojo, quedo suspendido en el campo abierto de la libertad.

El fracaso es el destino de todo ensueño. Todo terminará siempre en una crisis de fracaso. Aun cuando logre mi objetivo, nunca obtendré la plenitud. Proclamo mis triunfos en voz alta, pero la admiración de los demás no calmará mi ansia. Si nada

resulta y soy un perdedor, se deberá a que el ensueño envuelve con su fantasía cada cosa que emprendo y no necesariamente a la ineficacia de mi acción.

El fracaso es el encuentro con una verdad interior. No puedo retener lo que hasta ahora ha sido el centro de mi vida. Mis manos como garfios se aferran a eso tan importante, pero se me escapa. Si lo dejo ir, la aceptación de mí mismo me calmará.

El fracaso es un momento de reposo. Nadie sabe de mis íntimos temores, los oculto con todos los trucos posibles hasta el cansancio. No soy el que creía, lo admito, y descanso.

El fracaso es un momento de despertar. Mientras corro detrás de lo que creo son mis necesidades, ocurre un acontecimiento que me golpea tan fuerte como si me estrellara contra un muro. Lo que parecía vital, me doy cuenta que era irrelevante. Despierto de la ilusión, y aun cuando continuaré siguiéndola, lo haré con cierta distancia, como si jugara, sabiendo que es superflua.

El fracaso es un momento de libertad. El ensueño me toma y me convence para hacer cualquier cosa con tal de cumplirlo. No importa sobre quién pase, y así me voy encadenando. Como una mentira que va creciendo al adosar más mentiras para no ser descubierto. Como el espejismo al que nunca puedo llegar y cada paso me hunde más en el desierto. Así, cada acción me ahoga en la contradicción. Fracaso, y la enorme soledad se abre frente a mí, pero no me asusta y a ratos la llamo libertad.

El fracaso puede ocurrir por un accidente. Si me abandonan, o me expulsan, o la intrusa muerte interrumpe mi deambular, descubro que mis preocupaciones y problemas previos al suceso no tenían ninguna valía, me angustiaba por nimiedades, “era feliz y no lo sabía”¹.

¹ “Yo soy el muerto. Yo estoy muerto, tú estás vivo. ¿Muerto tú? —me dirás—. ¡Pero si puedo tocarte y verte y oírte! Sí, pero estoy muerto. Yo me levantaba en las mañanas como tú, prendía la radio como tú, paladeaba un café como tú, miraba distraído las primeras nubes en el cielo, y llevaba a mi hijo al jardín, y no sabía que era feliz, que estaba vivo. No lo sabía, como tú no lo sabes, como no lo saben tantos que no pisan con placer las primeras hojas del otoño, que no se detienen a ver los primeros rayos de luz colarse por la ventana para entibiar la piel del o la que duerme todavía a tu lado. Pero esto, en realidad, no me lo enseñó Dostoyevski, sino mi pequeño hijo Clemente, un niño como millones de niños que en este momento son llevados al colegio, un niño que me hizo una pregunta que no escuché una mañana de un jueves como hoy. ¡Eres feliz y no lo sabes! Eso es lo que enseñan los niños que mueren, eso lo aprendemos de un golpe los que morimos con ellos, eso es lo que los vivos como tú no pueden escuchar”. Véase Cristián Warnken, en *El Mercurio*, Santiago, 6 agosto 2008.

El fracaso es cíclico. El ensueño nace, se desarrolla y muere. Fatalmente perderé interés por él. Al terminar su etapa, ya no cumple su función de hacer creer a mi vida que tiene sentido y es remplazado por otro que me tendrá feliz, más bien infeliz procurándolo.

El fracaso puede ocurrir por una comprensión vital. Al vivir una experiencia extraordinaria, al enamorarme, o al integrar una situación que me pesaba hace mucho tiempo, una comprensión inesperada me arranca de mi estado habitual y cambia la orientación de la vida, cambia mi óptica, y esto revelará que estaba detrás de vanidades.

Nos resistimos al fracaso. Cuando finalmente las cosas no funcionaron, reviso lo sucedido: de haber actuado de otro modo, si tal persona hubiera hecho otra cosa, o si hubiera dejado de hacer, si intentara de nuevo, fueron errores, corrijo ciertas cositas y todo saldrá bien. Pocas veces atisbo el motor del ensueño que no se pudo ni podrá realizar jamás.

El fracaso no es del sentido de mi vida, sino de un ensueño que se hace pasar por él. El vacío que deja puede ser llenado por una nueva creencia con mayor potencial evolutivo. Gracias a él, la conciencia despierta de su ilusión y puede emprender un rumbo nuevo. El fracaso provee un momento de libertad para dar a la vida un verdadero sentido.

El resentimiento

Soy capturado por los ensueños y los persigo como si fueran el sentido. Me resisto a aceptar que se trata de fantasías y no del fundamento de la vida —¡No es verdad!, se cometieron errores y hay responsables de que las cosas no salieran como debían—. El resentimiento afirma que mi deseo es lo fundamental, y hay culpables por los cuales

no puedo alcanzar el éxito. No es solo un estado de ánimo, es una dirección mental, y teñirá cada cosa que emprenda.

Las ilusiones me hacen creer que tengo sentido, pero en rigor me mantienen en el sinsentido. Cuando se frustran, culpo a otros de mi infelicidad y caigo en el resentimiento. Mi vida queda detenida y fijada en ese punto. Es el error del error, estoy atrapado y ahora ni siquiera tengo una quimera para consolarme. Otros ensueños vendrán a remplazar al que se frustró, pero estos tendrán en su trasfondo el sabor a la revancha. Pasará más tiempo y caeré en una depresión.

La depresión sucede cuando los ensueños ya no movilizan al cuerpo hacia la acción. Sus imágenes se ubican más internamente y pierden esa suerte de realidad, ensimismando a la conciencia. Una angustia empieza a convivir conmigo. Haría cualquier cosa con tal de no sentirla. Trato de controlarla anestesiando las emociones, hasta que todo da lo mismo. Es cada vez más difícil salir al mundo. Forzando al máximo lo hago, pero ahora todo me da miedo. Ya no estoy deprimido, pero estoy paralizado por el miedo.

La depresión, la angustia, el pánico y muchos otros síntomas de sufrimiento exagerado tienen su raíz en el resentimiento. Tomamos un camino mental equivocado, y hay que salir de ese callejón antes de caer en manos de las terapias químicas o eléctricas que nos recetarán.

La culpa y la venganza también tienen su raíz en el resentimiento, son respuestas que pretenden superarlo, pero lo agravan cada vez más. Superar el sentimiento de culpa es complejo, suele estar justificado por una lógica irrefutable. Sin embargo, detrás del argumento se esconde una mentira; todo mi razonar es para ocultar algo que me avergüenza. Lo que se oculta no está guardado en el inconsciente o en un lugar recóndito al cual no tengo acceso, por el contrario, está a la vista, en el mismo relato de los hechos. Pero eso que me abochorna lo presento como una trivialidad que pudiera perfectamente pasar por alto. Quiero sacarlo de mí, ocultarlo sobre todo a mis ojos. El conflicto de Edipo no se trata de la relación sexual con su madre, en ello no estaba comprometida su intención. Edipo no quiere ver que esa

mujer, madre y amante, lo mandó a asesinar cuando era pequeño; por esa razón se quita los ojos.

Muchas veces me avergüenza el resentimiento con alguien que quiero mucho, y mi venganza sobre esa persona me abruma. Abraham, junto a Sara, se burla de Dios y está dispuesto a sacrificar a su hijo cuando Dios se lo pide. La culpa de Abraham no es por aceptar matar a su hijo, sino por haber creído que Dios puede ser un asesino.

Cuando pongo luz sobre lo que la culpa oculta, la mentira se desvanece y la verdad interna se restablece en mi corazón².

La venganza consiste en dañar a otro que me ha dañado. Se trata de un castigo que le infrinjo por el mal causado. El castigo y la venganza son existencialmente sinónimos. La venganza se ejecuta aplicando un castigo. Tal vez no nos consideremos a nosotros mismos vengativos, pero es muy probable que sancionemos a nuestros hijos, amigos, subordinados, etc. Cuando la Justicia aplica una sanción, no la llamamos venganza. La pena no es decidida por mis impulsos rabiosos, sino por los códigos de un acuerdo social concebido previamente y del cual se supone cierta racionalidad. Sin embargo, en el trasfondo de esos códigos jurídicos, prevalece la punición y el sentimiento de venganza que arrastramos desde nuestros antepasados homínidos³.

“Yo no quiero venganza, quiero justicia”, decimos. No quiero aplicar el castigo con mis propias manos, quiero que la sociedad me devuelva la dignidad al juzgar al causante y lo castigue; quiero dejar un antecedente público de que esa acción es condenable y un mal ejemplo para todos. Es decir, no solo quiero el castigo para el culpable, quiero mi propia reivindicación, mi propia afirmación, a través de la condena de quien me perjudicó. El daño que se me causó, además del daño mismo, me quitó dignidad, me quitó humanidad, y esa dignidad y humanidad arrebatada la quiero recuperar mediante el castigo.

² Estos casos están suficientemente tratados en Ergas, D., *La mirada del sentido*, Santiago: Editorial Catalonia, 2008; por ello, me eximo de profundizarlos.

³ Conceptos vertidos en el prólogo de mi autoría para Gutiérrez, G., *Free interpretation redux. Excerpts from the blog Vengeance, violence and nonviolence*, 2009.

Así, la venganza no busca únicamente lastimar al otro por lo que me hizo, busca, y esto es lo importante, recuperar la humanidad y dignidad arrebatada por el culpable quitándole la suya.

“¿Cuándo será el día en que la tortilla se vuelva, los pobres coman pan y los ricos mierda?”, es una canción del siglo pasado. ¿Por qué no se cantaba “cuándo será el día en que todos comamos pan”? Porque la pobreza no es solo pobreza, es dignidad humana arrebatada, en este caso por los ricos. Además de comer pan, quiero mi espacio en la sociedad, mi dignidad humana.

Entonces, la venganza se nos aparece como un mecanismo psicológico para recuperar la humanidad de la que creo haber sido despojado.

El sujeto de mi venganza, al que considero culpable, una vez efectuado el castigo sobre él, también deseará resarcirse por lo que acabo de hacerle, iniciando así un espiral de violencia autodestructiva.

El ser humano no es solo su pasado, es esencialmente su futuro, está proyectado al futuro. Por tanto, la venganza no solo es por algo que me sucedió, sino por el daño que me causará el otro, por la libertad que me arrebatará si llega a tener esa posibilidad. Entonces necesitaré dominarlo, someterlo, explotarlo, impedir a cualquier precio la oportunidad de destruirme. Es la venganza por mi temor al futuro.

Avancemos. Estamos poniendo énfasis en que el desquite, si bien se ejecuta causando un daño similar al que el otro me ocasionó, tiene como objetivo principal recuperar la humanidad despojada. Pero ¿qué es esto tanpreciado llamado humanidad, que me fue arrancada y recuperaré únicamente cuando consume la venganza? Se trata de algo importante y hace a la esencia de la vida. Con el perjuicio que se me infringió se me quitó algo sustancial. Sin eso, mi vida pierde su razón de ser, su sentido. Entonces, con la venganza busco recuperar mi esencia y el sentido.

El motor de la venganza no es simplemente dañar al otro, es extraer del otro una esencia vital que perdí cuando fui perjudicado. El ojo por ojo no busca el ojo del otro, busca extraer del otro esa sustancia de mi humanidad que perdí cuando perdí el ojo.

Esa esencia, esa libertad, me hace humano y me da sentido.

¿Por qué el daño que me hicieron lo experimento como pérdida de sentido?

Estamos en el núcleo de la cuestión. Acaso en el momento anterior al daño, ¿estaba en presencia de esa esencia y de ese sentido? ¿Efectivamente experimentaba en mí la “humanidad” o la dignidad humana que ahora reclamo? Pues no, el sinsentido precede y sucede al acto de venganza. Solo desde el sinsentido es posible la venganza. Exclusivamente desde un estado ilusorio de la conciencia, que confunde los deseos con el sentido, es posible creer que con la venganza lo recupera.

Nuestra reflexión sobre la venganza nos llevó a la pregunta por el sentido de la existencia.

En la charla sobre estos temas dada por Silo en Grotte, Italia, en los alrededores del Parque de Estudios y Reflexión Attigliano, él nos recordaba el *Zaratustra* de Nietzsche, diciendo: “¡salvemos al hombre de la venganza!”. Zaratustra baja de las montañas para visitar a los hombres y le llama la atención que estos no sepan que Dios ha muerto. La muerte de Dios hace suponer a Nietzsche la posibilidad de un nuevo ser humano, y les trae desde las altas montañas ese anuncio como un regalo. “El hombre es algo que debe ser superado”, dice, “les traigo al superhombre”. Desde esta mirada, la muerte de Dios es el sinsentido; no saberlo, es la ilusión de la conciencia afirmando un sentido que ya no tiene: Dios, ya que ha muerto. Nadie escucha a Zaratustra y todos prefieren al último hombre. “Conviértenos en el último hombre”, le gritan, “y quédate tú con tu superhombre”. El último hombre ya no siente la felicidad, la inventa, se droga y se fuga para olvidar la muerte de Dios y su propia muerte.

A finales del siglo XIX, todavía no llegaba el último hombre, pero hoy está entre nosotros. Ya no es posible esperarlo, está aquí, y en el eco de las altas montañas se escucha en el rumor de los ríos la sentencia del profeta, “el hombre es algo que debe ser superado”.

La reconciliación

La causa de la culpa y la venganza es el resentimiento, y la raíz del resentimiento es el sinsentido. Su origen está en la confusión de los ensueños con el sentido de la vida. Luego, la raíz de la culpa y la venganza es un desconocimiento del verdadero ser que soy y su destino.

Cuando estoy resentido siento que el causante de mis desgracias me quitó lo que consideraba más importante. Sin embargo, solo fui privado de algo que le otorgué valor de sentido pero no lo era, en ningún caso se trataba del verdadero significado. Me han robado la “ilusión de sentido”, y eso es muy distinto. Quizás fue de mala manera, quizás lo hizo una persona cruel, pero ese es otro tema. Nada puede hurtar mi ser esencial. Confundo cotidianamente lo que me atrae con lo que soy, y al faltar, lo vivo como si se tratara de una carencia vital de alta prioridad. Mucho antes del acontecimiento que ocasionó el resentimiento, ya estaba perdido entre mis ilusiones creyendo que eran lo central.

La reconciliación es un movimiento moral superior, muy difícil porque requiere un cambio en mí. La fuerza para lograrlo se obtiene de la necesidad de salir de la trampa en que me encuentro, reconociendo que de no hacerlo, estoy condenado a repetir el rencor en diferentes situaciones hasta el fin de mis días.

La verdad interna es una mirada que nace en el corazón. Para alcanzarla lo primero es recordar despacio y con sinceridad en qué estaba antes del conflicto, cuáles eran los ensueños inconfesables que me encandilaban, esos que de cumplirlos harían que todo el mundo girara a mi alrededor. Trato de ver la imagen con la que justificaba mi vida, la ilusión que llenaría el vacío si las cosas se hubieran dado como debían. Puedo acusar al responsable de mi desilusión de muchas materias, pero no de llevarse la felicidad, pues no era feliz, ni tampoco puedo acusarlo de haberme hundido en el sinsentido, puesto que tampoco lo tenía.

El resentimiento me encadena y se repite en distintas situaciones a lo largo de los años. El perjuicio sufrido me deja atrapado, vuelve siempre como si se tratara de la primera vez y no puedo salir de ese círculo. Una cosa es el dolor por el daño que

me infringieron y otra diferente es quedar detenido. Mis proyectos contaminados por la revancha, buscarán reivindicar en el futuro las infamias que me hicieron en el pasado.

El resentimiento se acumula y mis acciones toman la dirección de la venganza. Al pasar el tiempo pongo corazas alrededor de mis emociones y no logro darme cuenta de cuán enojado estoy. Cada cierto tiempo ese volcán de rabia hace erupción y genera desastres inexplicables a mi alrededor. También puede suceder que esa ira almacenada se disipe en una nube de sinsentido llamada depresión.

La reconciliación es un gran cambio de la propia vida, es posible y llena el corazón de alegría. Pero no es un camino común, es de crecimiento. Constantemente espero que el otro haga algún gesto o demuestre arrepentimiento, y así repare mínimamente la ofensa. Considero que si me reconcilio lo libero de su culpa. Entonces alimento el resentimiento, porque de ese modo continúa su deuda y mantengo mi derecho al castigo⁴. Todo ese modo de pensar causa sufrimiento y falsea las acciones. La reconciliación es una decisión, es un cambio que imprimiré a la vida en busca de libertad. No necesito a la persona que responsabilizo para dar este paso. No importa si está muerta o vive a mi lado, no la requiero para este cambio mental que decido hacer. La estoy pasando mal, la revancha no me alivia y aumenta el dolor, la vida se repite, regurgita, mientras se me acaba el tiempo. Miro la fragilidad de mi alma, desnudo ante mí mismo me resuelvo a un cambio, el más importante, no sé cómo, pero lo haré. El otro hará como quiera, pero no seguirá envenenando mi vida.

Repaso la situación con una mirada distinta, amable, verdadera. Mis argumentos actuales solo sirven para justificar mi resentimiento. Es muy probable que en mi rememoración haya pasado por alto los ensueños que me impulsaban y los forzamientos para alcanzarlos. Trato de silenciar el remolino de la justificación, ¿qué

⁴ Mi abuelo tenía un refrán sefaradí que decía: “Para darle rabia a mi mujer, me la corto”. Es crudo, pero refleja cómo en el resentimiento el perjudicado soy yo mismo, y soy capaz de herirme con tal de que el otro sepa el dolor que me causó.

esperaba exactamente?, ¿detrás de qué andaba? Dejo la pregunta hundirse en las agitadas aguas de mis culpas y descargos.

Me deshago de mis ropas, ningún pensamiento queda atrapado, todo pasa, fluye hasta llegar al silencio de mi fracaso. Lo que quise no lo encontré, ni mis ojos eran los adecuados, lo que busco no está donde lo busco, ni era como creí. El otro no cumple mis expectativas, no puede, quizás no quiere. Cometió muchos errores o me topé con mala gente, pero nadie es responsable de mi infelicidad. El amor, la comunicación y la cercanía, la absolución, la nobleza o la riqueza, están en mí, son mi añoranza y forcé muchas cosas persiguiéndolos. Es mi fracaso y libero a mis amados y odiados enemigos de esa culpa que les había adjudicado. Arrastrado por mis deseos, exigí algo que no me podían dar. No me deben nada, los atributos queridos nunca estuvieron donde los traté de obtener.

A medida que reflexiono quiero cada vez con más fuerza reconciliarme. Pido en mi interior poder salir de este dolor, verlo con la mirada clara, aceptarme así, sin triunfos, sin eso que tanto quise. Mi pedido tiene la fuerza de un clamor y se adentra junto al aire que aspiro, mi corazón lo acoge, ¡pido para salir de este infortunio! Desde los espacios de la sinceridad me llegará una comprensión vestida de pensamiento o de sueño, en un momento aparecerá la pieza faltante para que mi alma llore y sus lágrimas laven la memoria. Estoy reconciliado y liberado de mis cadenas.

El fracaso de la época

Todo individuo está afectado por su época. Esta consiste en un conjunto de creencias. Ellas son el marco de lo que puedo imaginar, interpretar y hacer. Se trata de las verdades consideradas obvias e indiscutibles, que además se imponen como la realidad misma.

Estas creencias son mis referencias, sin ellas me siento perdido. Son evidentes como el sol que sale en las mañanas y se acuesta en las tardes, es lo natural. No acepto llamarlas “creencias”, me molesta si alguien las considera construcciones de la conciencia y no algo objetivo. Si los acontecimientos desmoronan mis certezas, me

resisto y las defiendo para que permanezcan en el pedestal de lo absoluto. Si un concepto lo considero perenne, no aceptaré su carácter pasajero hasta que los hechos me lo demuestren. Hoy puede parecer natural la familia con una mamá, la organización en Estados, la violencia y los ejércitos, pero todos ellos son factores históricos, es decir, susceptibles a cambios.

Así, a la verdad de una época se la llamará creencia en la siguiente. Cuando la época cambia, descubrimos que eran verdades relativas, para un subconjunto de la realidad y no tenían validez universal como se había supuesto.

Nada nuevo puede ser pensado si lo que creemos es muy sólido. Pero cuando el piso de nuestros axiomas se vuelve inseguro, un nuevo pensamiento y otro modo de sentir se abren paso. Si algo sabemos hoy es que todo está en cambio, los descubrimientos científicos horadan nuestras creencias, la velocidad de la luz puede no ser constante, es posible manipular el ADN y sintetizar la vida en el laboratorio. La vida humana nos ha parecido un fenómeno de tantos en la naturaleza, y sin embargo hoy la comprendemos como su paso evolutivo ineludible. Todo lo que aseguramos con total firmeza tiene un tiempo de duración, y cualquier certitud será pronto remplazada. La verdad dejó de ser eterna para volverse oportuna y temporal. Los sistemas de pensamiento no interpretan el momento y no dan respuestas a las necesidades humanas, las instituciones están corruptas y aun cuando siguen funcionando ya no ocupan el corazón de la gente. Todo bambolea y navegamos por el momento histórico un poco mareados. Las Iglesias no dan confianza, los Estados no dan confianza, los bancos no dan confianza, y a los ejércitos se les teme, pero tampoco dan confianza.

La época es un momento de proceso del desarrollo de nuestra cultura, y se expresa en cada uno a través de un sistema de creencias del cual no se puede escapar. Mis ensueños están limitados por ese cerco de supuestos que determinan las posibilidades de la imaginación. Los tiempos cambiaron, la época fracasó, el sentido común se derrumba, no sé a qué atenerme, tanteo el terreno sin saber dónde apoyarme, me siento como un punto sin encuadre y me angustio.

Esa angustia impulsa un nuevo intento, encontrar un sentido más elevado para comprender y superar el sufrimiento. La desorientación produce temor y, para evitarlo, trato de aferrarme a mis creencias moribundas sujetándolas con fanatismo. Mejor aceptar mi ignorancia y el vahído de la incertidumbre. Me dispongo a acompañar los importantes cambios que ya no puedo negar.

Capítulo III

La acción

La imagen moviliza al cuerpo. El origen de la acción. La reflexión de la conciencia. La dirección hacia el ser humano. La dirección hacia la trascendencia.

La imagen moviliza al cuerpo

El descubrimiento del espacio de representación lo hizo Silo a finales de la década del 70 y lo publicó en 1990, en el ensayo *Psicología de la imagen*⁵. Cualquier fenómeno de conciencia es traducido en una representación o en una imagen. Sean estas visuales, auditivas, cenestésicas (sensaciones) o kinestésicas (imágenes de movimiento), se representan como espacialidad, dándose en un “espacio de representación”. Ese espacio tiene volumen, no es plano, y una imagen ubicada en un punto o en otro, más adelante o más atrás, cumple con distintas funciones para el psiquismo. Este concepto es la base para una nueva teoría de la conciencia y la acción. Las imágenes cumplen la función de trasladar energía o carga psíquica hacia el intracuerpo y hacia el mundo, dependiendo de su posición en el espacio de representación.

“Si imaginamos una mesa de color azul, observamos que esa imagen se da en una espacialidad que no es externa, sino un espacio interno al cual llamamos el espacio de representación. Si imagino la mesa de mi casa, esa imagen sintetiza no solo la percepción de la mesa, sino un clima emotivo asociado con mi casa; además del movimiento de los globos oculares, y de otros músculos del cuerpo, que tendieron a moverse en la dirección donde efectivamente está mi casa. Estas imágenes estructuradas como representaciones, movilizan el psiquismo hacia el mundo externo y hacia el mundo interno. Para dirigirme a mi casa, tengo previamente la imagen y ella dirige al cuerpo en esa dirección.

⁵ Rodríguez, M. (Silo), “Psicología de la imagen”, en *Contribuciones al pensamiento*, México: Plaza y Valdés, 1990.

Estas representaciones se dan en una temporalidad de la conciencia, que no es la del calendario. El tiempo es una estructura de pasado, presente y futuro; pero el futuro es desde donde se ordena la experiencia. El tiempo presente que compartimos es distinto para cada uno; relacionamos este momento con experiencias pasadas diferentes y nos dirigimos hacia intereses disímiles. En lo que proyecto, retengo y relaciono lo pasado, ese entrecruzamiento de tiempos conforma el presente propio para cada cual.

Los sentidos captan la información y la traducen en impulsos. Podemos considerar al impulso como el átomo básico de la actividad psíquica. Los impulsos psicofísicos provienen de los sentidos externos, de los sentidos internos, de la memoria y del propio aparato de coordinación de las funciones psíquicas que llamamos conciencia. Estos impulsos se estructuran en representaciones o imágenes que, de acuerdo a su posición en la espacialidad de la conciencia, cumplen distintas funciones de traslado de cargas psíquicas hacia el mundo interno y hacia el mundo externo. Por ejemplo, al imaginar un chocolate sobre una mesa en frente mío, puedo notar cómo la tonicidad muscular tiende hacia allí. Si en cambio imagino su olor, textura, gusto en el interior de la cabeza, probablemente esa imagen movilice las glándulas salivales y hasta podría secretar jugos gástricos. La imagen moviliza cargas psíquicas: si se emplaza en la periferia del espacio de representación, moviliza el cuerpo; si se emplaza en el interior, también desplaza energía, pero hacia el interior del cuerpo. No solo nos referimos a imágenes visuales, también a las que provienen de cualquier sentido, una música o un olor, una sensación.

Estas imágenes o representaciones no son copias ni deformaciones del mundo. Al contrario, son una síntesis que realiza la conciencia con los datos del mundo externo, pero también con los datos provenientes del mundo interno, con los datos de la memoria y, además, con la intención que tiene la conciencia. La representación de la mesa de mi casa es mucho más que el objeto 'tabla con cuatro patas'. La mesa de mi casa tiene un tono afectivo, está asociada a encuentros o a desencuentros, y a situaciones que pasarán en torno a ella en el futuro próximo.

Las imágenes son elaboraciones del psiquismo que finalmente se trasladarán al mundo externo y crearán la realidad. Es decir, las imágenes no son copias, sino que, inversamente, la realidad es una construcción que hace la conciencia, movilizándolo

cuerpo por medio de esas imágenes. Aquí se ha invertido la creencia ingenua de la conciencia pasiva que refleja al mundo, por una conciencia activa, intencional, que lo construye y modifica.

Las dificultades de relación, así como los contenidos no integrados del pasado o los temores del futuro, quedarán reflejados en la dinámica de la imagen. Si no puedes hablar con una persona porque le temes, y te digo: 'Cierra los ojos e imagina que tocas a la puerta donde esa persona vive', me dirás que no puedes. Te insisto: 'Es de mentira, es solo un juego de imaginación', y si tratas nuevamente de ponerte en esa situación imaginaria, experimentarás las mismas resistencias como si lo hicieras realmente. Restablecer la dinámica de la imagen y darle movilidad en el espacio de representación ayuda a la integración de estos contenidos. La imagen sintetiza un momento de conciencia, y en ella están traducidas las tensiones, sensaciones, irritaciones viscerales y grabaciones de memoria.

Entonces, son las imágenes o representaciones las que movilizan al cuerpo para actuar en el mundo. Son numerosas las imágenes al interior de mi cabeza, pero con algunas finalmente actúo, y esas tienen valor de realidad y de sentido para el psiquismo. La acción que realizo retroalimenta el circuito psíquico al experimentar sensaciones de unidad y contradicción. Hay acciones desintegradoras y otras que integran los contenidos. Las acciones contradictorias me producen violencia interna, dejan el sabor de repetición de la vida, y el futuro se experimenta cerrado y sinsentido. Otro tipo de acciones, relacionadas con lo que hago con las demás personas, pueden producir en mí un registro liberador tremendamente unitivo y lleno de sentido.

Bien, entonces tenemos un espacio donde se emplazan los fenómenos de conciencia traducidos en representaciones. Pero esas representaciones son observadas por mí. ¿Quién es ese que observa? Se trata de miradas que conforman una estructura con esas representaciones. Aquí ocurre algo también extraordinario, se produce una confusión entre la conciencia y el yo. El yo, que es una función, se nos presenta como si fuera la conciencia misma, una especie de totalidad que me identifica, me da identidad y concentra o posee cualquier fenómeno de ella. En los sueños, me veo a mi mismo desarrollando la trama del sueño, es decir, veo a mi yo realizando el cuento del sueño.

Allí, el yo se ha interiorizado a un punto tal que “veo al yo”. En vigilia no veo al yo, sino que yo veo al mundo. El yo, entonces, no es una realidad fisiológica, no tiene materialidad, es de la misma sustancia de la representación, es decir, una imagen, una ilusión.

La muerte, la representación de la finitud, siempre es la representación de la finitud del yo, y tenemos el problema que el yo, una mirada de la conciencia, adquiere identidad e ilusoriamente se confunde con la totalidad. Al imaginar la muerte, no la imagino solamente como la muerte del yo, sino que la imagino como la muerte de la totalidad.”⁶.

El origen de la acción

¿Cómo se origina la acción? ¿Cuál es su importancia?

No soy una forma de vida más entre la multiplicidad. Es bastante particular ser “humano”. ¿Hay acaso algo en mí que no está en la roca, en el cerezo en flor, o en esa cabra que surca los montes? Estoy hecho de los materiales de la roca, y me anima algo parecido al cerezo y a la cabra, pero estoy distante de ellos. Trato de ver dentro mío qué me diferencia y percibo en mi interior un impulso. Algo me empuja hacia afuera de mí mismo. Esta inquietud busca en el mundo externo lo que la calma. Todo intento por encontrar su destino es grabado en la memoria. Lo humano parece un impulso en la interioridad que sale fuera de sí, acordándose de sí, buscando completarse en la exterioridad.

La vida, en general, busca resolver los desequilibrios de su medio interno en el mundo externo. Si tengo hambre, consigo comida. Esa acción modifica el medio externo y el ser vivo dará respuestas cada vez más complejas para estabilizarse. De este modo, la vida se desarrolla y multiplica. Pero esto no basta para el ser humano. ¿Dónde radica la diferencia? ¿Por qué no nos basta solo con subsistir?

⁶ Extractos de la Conferencia “Aportes de Silo al campo de la Psicología”, expuesto en la Universidad Autónoma del Estado de México, Facultad de Ciencias de la Conducta, 18 noviembre 2010.

¿Cuál es el desequilibrio intrínseco a la raza humana? El futuro. El hambre de mañana, de pasado mañana y la que tendrán mis hijos. A diferencia de cualquier especie, esta es la única lanzada a la conquista del después. No importan las penurias del hoy si veo en el horizonte su solución. Para ello se organiza la humanidad, para responder a lo que vendrá.

Morir, por lo tanto, es un acontecimiento relevante. Una rareza para una configuración de la vida proyectada a la eternidad. Un hecho insólito de un ser propulsado con la fuerza del universo hacia el devenir. La acción resuelve los problemas del hoy, pero su sentido es resolver los problemas del mañana.

La relación con el futuro es lo que experimentamos como felicidad o como sufrimiento. La tarea humana consiste en aumentar la felicidad y resolver los temores que provocan sufrimiento. La felicidad son sensaciones de alegría, de confianza, de apertura, es lo que llamamos también sentido en la vida. El choque de la dirección hacia el futuro con la posibilidad de la muerte es causante de sufrimiento, y la acción transformará al mundo entero para resolverlo.

Cuando mencionamos el futuro nos imaginamos que sucede adelante, y el pasado pareciera que fueran ocurrencias que estuvieran atrás. La abstracción “tiempo” resulta difícil de comprender porque todo lo que podemos representar, incluso los pensamientos simbólicos y los signos, tienen espacialidad, se representan en un espacio interno. El futuro lo desprendemos del pasado, pero el tiempo no es una línea, aunque mi representación me obligue a verlo así. La dirección hacia el futuro no se origina en el pasado. Estar lanzado hacia el futuro, no es lo mismo que ir hacia adelante. Todo lo representable se da en la espacialidad interna, pero el tiempo no es espacio, y tenemos que echar mano de la intuición para aprehenderlo.⁷

⁷ “¿Qué es entonces el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicárselo a quien me lo pregunta, no lo sé.”. Así cavila San Agustín. “Permíteme, Señor, seguir investigando, esperanza mía; que no se perturbe mi atención. Si en verdad existen las cosas futuras y las cosas pasadas, quiero saber dónde están. Y si todavía no lo puedo, sé, sin embargo, que, estén donde estén, no están allí, y si están allí como pasadas, ya no están allí... Es el tiempo lo que mido, ya lo sé, pero no mido el futuro, porque todavía no existe, ni mido el presente, porque no se extiende por espacio alguno, ni mido el pasado, porque no existe ya. ¿Qué es, pues, lo que mido?”. Véase San Agustín, *Confesiones*, México: Editorial Porrúa, 2010.

La representación del origen de lo humano nos hace retroceder a una edad mítica e inmemorial. Pero el origen del ímpetu hacia el futuro pudiera no encontrarse en el pretérito, sino en un no tiempo o, si se prefiere, en una eternidad. Pudiera no existir tal origen, y estar continuamente ocurriendo. Esto no pasaría de una especulación filosófica si no pudiéramos tener experiencias que trastocan la concepción habitual del tiempo.

Todos hemos vivido momentos de ruptura de la realidad habitual que nos comunican con una totalidad⁸. Por un breve instante, el yo se desplaza de su lugar central e irrumpen fenómenos incomprensibles para la razón cotidiana. Son vivencias que todos tenemos en ciertas oportunidades y alteran el espacio y tiempo habituales. Conforman la estructura de conciencia inspirada según la psicología de Silo⁹.

Estas experiencias dan cuenta de una profundidad trascendente a la cual no tengo acceso, pero puedo reconocer su irrupción por la conmoción en que me dejan. Nos tocan muy levemente, pero nos inspiran y muchas veces convierten la vida, reorientan la acción y reconocemos el sentido. Son muy breves, pero sus consecuencias pueden ser permanentes. Estas experiencias no son una singularidad, por el contrario, nos permiten acercarnos a la esencia de lo humano. Lo profundo está comprobado solo por experiencias “fortuitas”, pero fundamentales para la comprensión de lo humano y su sentido. La ropa que llevo puesta la percibo recién ahora que la menciono. Está constantemente estimulando el tacto y enviando información al circuito psíquico, aunque no la sienta todo el tiempo¹⁰. Con las señales de lo profundo ha de suceder algo similar. En contadas circunstancias me invade su presencia, pero incesantemente estimula el fluir de la conciencia.

⁸ El simbolismo de la totalidad es llamado “sí mismo” por Jung. “El sí mismo, por último, se muestra, a través de sus propiedades empíricas, como el *eidós* o idea de todas las representaciones de unidad o de totalidad supremas, según se dan en todos los sistemas monoteístas o monistas”. Véase Jung, C.G., *Aion Contribución a los simbolismos del sí mismo*, Buenos Aires: Paidós, 2008.

⁹ Las “experiencias cumbre” de la psicología transpersonal se refieren también a esa ruptura del tiempo y espacio, pero no cuentan con el enmarque teórico de la traducción de impulsos y el espacio de representación para interpretarlas.

¹⁰ La ley de disminución del estímulo constante nos muestra que el umbral de percepción se adapta para disminuir la sensación de ese estímulo. En este caso, se trata de reminiscencias sutiles, traducciones provenientes del silencio o vacío de la conciencia.

Como vimos en el capítulo anterior, son las imágenes las que trasladan la carga psíquica y movilizan el cuerpo. Sintetizan todos los impulsos que concurren en un momento de la conciencia, sean del exterior, del interior del cuerpo o de la memoria. En cualquier representación están reflejadas las necesidades propias de la vida, pero también se traducen en ellas el impulso hacia el futuro y su fin, es decir, la inevitabilidad de la muerte, y algo más complejo que es la emisión de un mundo fuera del alcance del yo, vacío de contenidos, que no podemos confundir con la nada, porque los mensajes que rescatamos de allí nos comunican más bien con “el todo”.

Las representaciones se organizan en ensueños, en los cuales es posible reconocer un núcleo de argumentación que orienta el hacer. Ese argumento varía en distintas edades, respondiendo a la traducción que hace el psiquismo de las necesidades de la vida y del porvenir, de su posible conclusión y del vacío insondable más allá del yo.

Por medio de los ensueños, la conciencia está lanzada hacia el mundo externo y hacia un tiempo futuro donde espera encontrar sosiego. La muerte cierra su paso y ningún acto ni representación quedarán ajenos a este “gran final”, cuyo influjo no puedo evitar aunque la niegue. Simultáneamente, desde una profundidad inalcanzable para el yo, el impulso humano¹¹ busca completarse fuera de sí mismo, sin encontrar reposo en ninguna percepción, imagen o recuerdo. Lo que busca no existe y lo deberá construir. Esa construcción es su proceso, su historia, su vida, su sentido. Los significados provenientes del mundo irrepresentable adquirirán distintas nominaciones: libertad, amor, unidad... guiarán la acción para ser realizados a lo largo de la vida. Los significados tienen valor de sentido y orientan a la conciencia para concretarlos en el tiempo.

Entonces, los ensueños reflejan no solo los mecanismos propios de la vida, también el empuje del futuro y el colapso de la muerte. Además, están contenidos en

¹¹ Este impulso, para completarse en el mundo externo y en el tiempo futuro, se conoce por las corrientes fenomenológicas como “intencionalidad”. Se expresa en cada acto que concluye en una representación. La conciencia no cesa jamás de generar actos y cada uno está referido a una imagen. Término introducido por Brentano y rescatado luego por Husserl.

ellos los significados emergidos del mundo interno más allá del yo. Todo está tamizado por una señal trascendente, captada desde la profundidad, y por un bloqueo mortífero que devuelve el futuro¹².

La reflexión de la conciencia

¿Cómo saber cuándo lo que hago tiene sentido?

Por medio de la acción resolveré las necesidades vitales presentes y futuras. Trataré de diversos modos de esquivar la presencia de la muerte. Pero será en el traslado de un significado profundo hacia el mundo externo donde encontraré la fuente del sentido.

¿Cómo reconozco esa actividad? Gracias a que tengo sensación de mi hacer mientras actúo. El mismo actuar es una reflexión, ya que la conciencia vuelve sobre sí gracias a las vivencias obtenidas mientras realiza la acción. No se trata de una meditación posterior donde evalúo intelectualmente lo hecho, sino de la experiencia inmediata de lo que voy haciendo.

De todas las imágenes que pasan por la cabeza, solo algunas se materializan. Eso que llega al mundo externo es lo importante. Las representaciones movilizan al cuerpo que las concretiza en el mundo, y es allí donde adquieren valor. Si quiero tirar a alguien por la ventana puedo incluso sentir placer al imaginarlo; pero, si lo intento efectivamente, lo que me va pasando es muy distinto. Es muy grande la distancia entre lo imaginado y lo actuado, entre la simple representación, a la que llega al mundo a través de la acción. Esta realimenta el circuito psíquico con las sensaciones que

¹² En una descripción poética de este impulso, Silo dice: “¿Qué motor puso el ser humano en la historia, sino la rebelión contra la muerte? Porque ya desde antiguo, la muerte como sombra acompañó su paso. Y también desde antiguo entró en él y quiso ganar su corazón. Aquello que en un principio fue continua lucha movida por las necesidades propias de la vida, luego fue lucha movida por temor y por deseo. Dos caminos se abrieron: el camino del sí y el camino del no. Entonces, todo pensamiento, todo sentimiento y toda acción, fueron turbados por la duda del sí y del no. El sí creó todo aquello que hizo superar el sufrimiento. El no agregó dolor al sufrimiento. Ninguna persona, o relación, u organización quedó libre de su interno sí y de su interno no. Luego, los pueblos separados se fueron ligando y por fin las civilizaciones quedaron conectadas; el sí y el no de todas las lenguas invadieron simultáneamente los últimos rincones del planeta.”. Véase Rodríguez, M. (Silo), *Habla Silo*, Santiago: Virtual Ediciones, 1996.

obtengo al obrar, grabándolas y remarcándolas en la memoria con la fuerza de la “realidad”¹³.

La experiencia de la acción se graba y se acumula en la memoria asociada a las sensaciones de placer o dolor. El placer destensa, el dolor contrae. Las nuevas acciones incorporan las anteriores ya memorizadas. En esta acumulación de memoria, las representaciones y, por tanto, las futuras acciones, se orientan a prevenir el dolor y acercar el placer. Pero el placer inmediato puede ocasionar un gran dolor en el futuro, y un dolor momentáneo puede significar una distensión en el largo plazo.

Esta incorporación de lo temporal, al querer evitar el dolor futuro y mantener el placer, hace que la reflexión sobre la acción aumente en complejidad hacia las experiencias de unidad y de contradicción. A diferencia del placer y el dolor, que cesan cuando cesa el estímulo placentero o doloroso, la unidad y la contradicción son acumulaciones temporales en la memoria: al aumentar la contradicción, el siquismo experimenta desintegración, acompañada de un clima mental de sinsentido; y al aumentar la unidad, experimenta integración, acompañada de sentido y crecimiento interno.

Las vivencias del hacer son variadas. Están las del acierto y error en las que se apoya el aprendizaje, la carga y descarga energética, la tensión y el alivio; pero, desde el punto de vista del sentido, podemos distinguirlas en base a la unidad o contradicción, al acuerdo o desacuerdo con uno mismo, a la integración o desintegración, al crecimiento interno o la conservación. El valor de la acción está en su aporte a la cohesión del psiquismo, y lo sé por el sentimiento de unidad creciente¹⁴.

Por otra parte, las acciones realizadas tienen consecuencias en otros. Lo que mi acción provoca retorna al circuito psíquico a través de la percepción, registrando lo sucedido. No solo percibo el placer, el dolor o los gestos que provocan en el otro lo que hago. Mis acciones pueden ponerme en resonancia temporal con su futuro; toma las

¹³ Por ello puedo diferenciar cualquier recuerdo proveniente exclusivamente de la imaginación, de aquellos que provienen de lo vivido en el mundo, por la intensidad del surco de memoria gracias a la reiteración de la grabación producida por la interacción con el cuerpo. La huella del hacer es incluso más intensa que la de la percepción.

¹⁴ No requerimos las categorías de bien y mal para evaluar la propia acción, tampoco de la existencia o no de Dios. Incluso prescindimos del código legal, muchas veces impuesto ilegítimamente.

características de un compromiso. Lo que hago puede contribuir a abrir el futuro, a cerrarlo, o a la indiferencia de lo que pasará. Así, mi acción no está determinada por consecuencias inmediatas, sino proyectada hacia el futuro. Por ello puedo colaborar con la liberación del otro; también puedo cooperar para sumergirlo en el encadenamiento y la contradicción. El retorno de la acción es una ligazón indisoluble entre los seres humanos, no solo del momento presente, sino en toda su temporalidad. Este hilado de las acciones une a unas personas con otras en un entramado que cruza la geografía y la historia.

En el crecimiento de la unidad interna aumenta la integración de la vida y la reflexión sobre mí mismo. La acumulación de esta unidad va dando lugar a la experiencia de un centro interno que lo distingo del yo habitual. En ese centro se emplaza una nueva mirada, una mirada interna más libre de la sugestión de los ensueños. Gracias a la acción, y la reflexión que produce la acción, puedo acumular unidad interna que eleva el potencial energético y permite un nuevo funcionamiento de la conciencia, de mayor lucidez y disponibilidad. Esta “unidad” va adquiriendo sustancia hasta constituirse en un centro interno que experimento separado del yo cotidiano. Esta experiencia hace retroceder el temor a la muerte modificando fuertemente todo el sistema de creencias.

Es gracias a la acción en el mundo que la conciencia puede aumentar su unidad, y es el crecimiento de la unidad lo que podría transformarla, no solo en un sentido conductual, sino esencial. Al aumentar la reflexión, la mirada se internaliza poniéndose en contacto con un centro, y la acción adquiere la fuerza de un propósito trasladando al mundo el significado que la impulsa.

La dirección hacia el ser humano

¿Cuál es ese significado que busco trasladar al mundo? ¿Cuál es, en definitiva, el sentido de la acción?

Antiguamente, los códigos de conducta eran esculpidos en piedra en nombre de Dios y había que cumplirlos para ser reconocidos por él. Actualmente, algunos autores

pondrán el sentido de la acción en el resultado: la acción eficiente, dirán, es la que logra sus objetivos con el menor esfuerzo; para esta visión el éxito es el premio del hacer; lograr la meta es lo que importa, sin reparar en las consecuencias de largo plazo o lo que pase con las personas. Otros pensadores encuentran la justificación cuando los destinatarios son los demás. Sin embargo, muchas cosas que hago para otros terminan beneficiándome, y a la inversa, lo que hago para mí, puede llegar a ser de gran utilidad a la gente. Entonces, si ni la eficiencia ni el destinatario me sirven para medir el valor de la acción, ¿estará su sentido en la intención previa? Pero la intención previa varía durante el transcurso de la obra, y lo que se inició para otros se desvía hacia la conquista del deseo personal¹⁵. En tiempos recientes los estudiosos de estas cosas han descubierto que todo lo que hacemos es para distraernos, para olvidarnos que pronto vamos a morir; esto pone el sentido de la vida en relación a la finitud y a la acción en función de la trascendencia¹⁶. Me apoyo en la enseñanza de Silo para decir que el valor de la acción está dado por la ganancia en unidad interna y la integración del propio psiquismo. Esta propuesta tiene la virtud de permitir pesar las acciones desde la propia experiencia, ya que el logro de cohesión, en oposición a la contradicción y desintegración, son vivencias bastante precisas. Por lo demás, y como observación colateral que profundizaré en la segunda parte del texto, el contacto con la unidad interna aumenta la reflexión de la conciencia y secreta el sabor existencial de la trascendencia. Esta propuesta no puede ser acusada de un encierro en uno

¹⁵ Kant ve el valor de la acción en su intención previa: “Así, pues, el valor moral de la acción no reside en el efecto que de ella se espera, ni tampoco, por consiguiente, en ningún principio de la acción que necesite tomar su fundamento determinante en ese efecto esperado, pues todos esos efectos —el agrado del estado propio, o incluso el fomento de la felicidad ajena— pudieron realizarse por medio de otras causas, y no hacía falta para ello la voluntad de un ser racional, que es lo único en donde puede, sin embargo, encontrarse el bien supremo y absoluto”. Véase Kant, I., *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Madrid: Alianza Editorial, 2002.

¹⁶ “El cotidiano estar vuelto hacia la muerte es, en tanto cadente, un continuo huir ante ella. El estar vuelto hacia un fin tiene la modalidad de esquivar este fin, dándole otro sentido, comprendiéndolo impropriamente y encubriéndolo... El Dasein cotidiano encubre ordinariamente la posibilidad más propia, irrespectiva e insuperable de su ser. Esta fáctica tendencia encubridora confirma la tesis de que, en cuanto fáctico, el Dasein está en la “no-verdad”... El ocuparse cotidiano determina para sí mismo la indeterminación de la muerte cierta deslizándose por delante de ella los apremiantes afanes y las posibilidades inmediatas del diario vivir”. Véase Heidegger, M., *Ser y Tiempo*, Santiago: Editorial Universitaria, 2002.

mismo, por el análisis que hice más arriba sobre el retorno de la acción y el valor del compromiso para alcanzar el acuerdo con uno mismo.

El sentido de la acción, entonces, es el crecimiento de la unidad interna. Esto me transforma y aleja la creencia de la muerte. ¿Pero cómo se hace? ¿Qué impide hacerlo ya? No es mecánico. Nada de lo humano es mecánico. Cualquier cosa que hagamos requiere aprendizaje, traspaso de conocimiento de unos a otros y tiempo para ir mejorando. A veces necesitamos incluso deshacernos de condicionamientos culturales que ya no sirven para hoy¹⁷.

De las numerosas representaciones solo algunas se transforman en acciones y determinan el camino a seguir. En mis ensueños están confundidos todos mis impulsos, incluidos los significados trascendentales. El pulso del significado profundo está vertido en el torrente psíquico, mezclado con todas las señales provenientes del propio cuerpo, no solo las del mundo interno y las necesidades vitales, también las captadas desde la percepción y todos los datos constantemente entregados por la memoria. Por último, en el fluir de la conciencia está pulsando un dolor permanente, tal vez una anestesia, por la muerte futura. Todo ello se amalgama en los ensueños que orientan la acción hacia el mundo externo.

Aquí hay un punto crucial: ¿Qué es el mundo externo? No es un mundo simplemente natural. A mí me fascina ir a la montaña, imbuirme en lugares donde jamás nadie ha pisado. El silencio, los cóndores, el viento, los torrentes de agua, mi caballo bufa recordando épocas salvajes. Mi caballo. ¿Ese animal es del mundo natural? No es tan simple. Sobre él están montados diez mil años de historia desde que fue domesticado. Si en la noche estrellada junto leña y prendo un fuego, con ese fósforo ilumino por lo menos quinientos mil años de humanidad. Lo de afuera dejó hace mucho de ser natural. Tampoco es social en el sentido de las sociedades de abejas o de hormigas para las que no pasa el tiempo. El mundo externo es un mundo humano. Y si me dedico a contemplar las galaxias y, por ese hecho, creo que me dirijo

¹⁷ Los condicionamientos culturales que alejan de la acción válida o unitiva y conducen a la contradicción se revisan en la tercera parte. El crecimiento de la unidad en relación a lo que hago con otros en la segunda parte.

a lo estrictamente inhumano, algo estoy buscando en ese infinito apoyado en la historia entera y acumulando conocimiento para los demás.

Debemos convenir que la acción está destinada, quiérase o no, al mundo humano, y es allí donde adquiere valor. Busca trasladar un significado profundo, pero también ocultar mi muerte y, por supuesto, mantenerme vivo. Cualquier cosa que haga, afecta a las personas, a los otros, al ser humano.

¿Qué hacer? ¿Cómo decidir en los senderos de la vida? ¿Es posible acaso elegir?

En la vida cotidiana soy arrastrado por mis ensueños sin siquiera saberlo. En los más racionales proyectos están coladas motivaciones intangibles que no aparecen en la planificación. Por ejemplo, el querer ser reconocido y aplaudido no está en los hitos del plan y lo presionan, e incluso a veces lo desvían. A pesar de que los ensueños gobiernan mi voluntad, existen momentos de libertad. En ciertas circunstancias de fracaso se produce una especie de silencio en que estos pierden su embrujo. Cuando eso sucede, vuelvo a tener opciones sobre el rumbo de la vida.

Los significados que dan sentido se encuentran en la interioridad del ser humano, pero es la acción la que los devela. Gracias a ella, la conciencia puede acceder a esa profundidad para reconocerlos. Cuando las acciones permiten a la mirada acercarse a la profundidad, el sentido se devela. La acción puede comunicar la conciencia con el sentido o alejarla hacia la externalidad. La libertad es un significado profundo y lo humano la manifiesta a través de la acción, se realiza ampliando la capacidad de elección, y las acciones pueden aumentar ese campo de autonomía o restringirlo. El “sí mismo”, o la totalidad intuita en el interior, se expresa como dirección hacia la libertad o liberación, se plasma como proceso, voy ganando (o perdiendo) en libertad, alcanzando (o alejando) la plena humanidad.

Todo lo esencial que busco está en cualquier persona a mi alrededor: Mi hijo, en la habitación contigua, y José, que está regando las plantas de la terraza. El otro es también una profundidad puesta delante de mí. Tú, frente a mí, eres lo innombrable representado en la existencia, la sustancia inmortal traduciéndose en la vida. Lo trascendente no es un “más allá” aguardando para el día de mi muerte. Está presente

en cada uno y en todo momento. No eres un contenido más de mi conciencia, sino un significado que se abre paso desde el núcleo mismo del ser.

Puedo reconocer el sentido gracias a la acción y la reflexión que esta provoca en la conciencia. No lo puedo apresar con la razón, así como no puedo ver el aire que respiro. El sentido de la vida es aprender a reconocer el sentido de la vida, y esto se logra por su despliegue a través de la acción. No es una meta a alcanzar, por ello no me resulta una definición más precisa. Se trata de un aprendizaje que voy paulatinamente adquiriendo a través de las experiencias de unidad. Aprendo a distinguir lo importante de lo superfluo, a alejarme de la contradicción y a construir una realidad que refleja lo más íntimo de uno.

Esto amplía el conocimiento de mí mismo. En rigor, con el tema que nos ocupa pasa como con cualquier materia, se aprende haciendo y por medio del acierto y del error. Si sé distinguir lo importante de lo superfluo, me orientaré cada vez con más ahínco a lo importante. Si me atrevo a ver en mí la contradicción, sabré como alejarme de ella. A veces no es suficiente solo asumirla, pero es la parte más difícil. Por último, lo que haga tenderá cada día más al significado profundo que busco trasladar al mundo.

La acción válida, llamada así por tener el valor de contribuir a la unidad interna, no es una acción puntual, sino que se perfecciona en proceso. Si regalo unos zapatos y un helado al niño descalzo, puede ser un punto de partida, y al hacerlo me comunico con algo en mi interior. Luego, querré volver a tener esa sensación de encuentro conmigo mismo, pero no se producirá al repetir la misma acción. Tal vez la profundice buscando un cambio social, y así la acción va cobrando paso a paso una dirección guiada por la plenitud que provoca.

La acción válida realiza un significado propio del mundo humano. Se trata de una acción que va creciendo y se acerca paulatinamente a su destino, que es el otro, al que descubro a medida que mi acción se desarrolla. El reconocimiento del otro como significado profundo que se abre al mundo es aprendido, lo natural es confundirlo con los objetos que forman parte del mismo espacio perceptual. La acción válida crece a medida que se realiza, crece como compromiso hacia el otro y también como

concentración de unidad en uno. Crece como aumento de la conciencia sobre sí mismo y como reconocimiento del otro. Inicialmente, es una acción puntual, pero poco a poco se convertirá en una dirección de vida.

La dirección hacia la trascendencia

El contenido que complica a la conciencia humana es el hecho fáctico de la muerte. La conciencia da una respuesta refleja ante esta incitación que es huir de sí, tratando de olvidar la existencia y su finitud. Esta huida de la muerte es también negación de lo trascendente, y la acción queda perdida en la satisfacción de deseos menores que se le presentan como esenciales. Este conflicto no se resuelve ni con el avance de la ciencia ni con el de los sistemas sociales, y debe ser abordado desde una óptica espiritual. De resolverlo implicaría un cambio en la categoría antropológica de *homo sapiens*.

El impulso trascendente es una débil señal que también se vislumbra en los ensueños que persigo, pero su luz está opacada por la presión de las necesidades del cuerpo y por el esfuerzo de olvidar la muerte. Es una voz tenue, a veces imperceptible por la exacerbación del deseo, cuyo afán tiene la función de olvidar el existir y el morir. La dirección hacia la trascendencia, al salir de sí a la temporalidad, se topa con que todo es pasajero, y lo único tal vez similar, se encuentra en la búsqueda del otro junto a mí, muy adentro del otro ser humano.

De las numerosas acciones que realizo, la mayor parte refuerzan el olvido de la propia existencia, perdiendo a la conciencia en una ambición creciente; otras responden al sistema de tensiones más inmediato para conservar la vida; pero algunas pocas responden a la señal de la profundidad. Estas no presionan para ser priorizadas por mi intención, pero al elegirlas encuentro la unidad interna y reconozco al otro. Esto retroalimenta la conciencia y produce un cambio de cualidad en los ensueños. Lo que era una débil intención hacia el otro, desviada por la presión de todo tipo de contenidos, ahora es un sentido que refuerza la unidad interna.

La señal trascendente se origina en lo profundo de la mente donde no llega la representación espacial y temporal. Ese lugar no es un lugar puesto que no es representable, tampoco es un ahora, ni un ya fue, ni un todavía no es. La conciencia traduce esa profundidad en significados abstractos; conceptos que no pueden ser plasmados en el espacio real y han de ser contruidos o conquistados en el tiempo. La libertad no es algo quieto, como no lo es la unidad o el amor; son procesos de humanización, de liberación, de crecimiento de lo que une. Los significados vienen impulsados desde un mundo muy interno al cual la conciencia (el yo) no tiene acceso, pero los puede traducir plásticamente, a imágenes concretas, para trasladarlas al mundo humano. La acción que traduce esos significados profundos hacia el espacio temporal, siempre adolecerá de algo para completar el modelo irrepresentable que la guía. Esa acción que sale hacia afuera buscando el origen interno que la impulsa, va construyendo la realidad. La “realidad”, tampoco es algo inmóvil y objetivo, es la construcción humana en busca de sí. Lo que busca está en la interioridad de cualquier ser humano; cuando la acción que realizo reconoce esa magnitud en los otros, me comunico con la propia unidad interna. Cuando esto sucede, la acción cambia de cualidad adquiriendo “propósito” o la aptitud de hacer crecer un centro unitivo, intuyendo en él, un ser inmortal.

Capítulo IV

La mirada interna

El yo es una representación de la conciencia. La mirada interna y su distancia respecto del yo. Un nuevo nivel de conciencia. El despertar de la mirada interna.

El yo es una representación de la conciencia

Un contenido importante de la conciencia es el yo. Decir esto requiere de algunas consideraciones. Por lo general, no hago distinciones entre yo y conciencia, y la experiencia parece indicarme que fueran lo mismo. El yo se presenta como una realidad que percibe, recuerda, memoriza, imagina, decide y responde, es decir, como si fuera todo lo que soy. El yo lo experimento no solo como una realidad psíquica, sino también como una realidad física, ya que se identifica con la sensación del cuerpo. Me parece algo fijo, todo se mueve pero el yo permanece estable, como un *continuum* en el fluir de la conciencia.

Sin embargo, se nace sin yo y se configura a medida que se va grabando la memoria. Se trata de una representación muy especial en la que confluye todo suceso de conciencia. Cualquier fenómeno es capturado por esta figura particular del yo. Una representación es una síntesis de un conjunto de percepciones, sensaciones y recuerdos, pero en el caso del yo se trata de una integración de absolutamente todo lo que pasa en la conciencia. Por ello, su naturaleza es la concentración, la posesión, la identificación. Aun cuando es una gran síntesis, su sustancia sigue siendo la sustancia de las imágenes. El yo no es la conciencia, es una imagen producida por esta.

Si imagino que estoy bebiendo un té caliente, la sensación de tibieza en el cuerpo es ilusoria, ya que no proviene de un estímulo externo, proviene de la imaginación. Lo mismo sucede con la sensación del yo: experimento su realidad, una cierta fijeza, pareciera el centro desde donde opero, y que permanece en el tiempo; sin embargo, todas esas sensaciones son ilusorias, provienen de la imaginación.

El yo cumple la función de dar cohesión al conjunto de representaciones y de dirigirlas al mundo. Esa cohesión la experimento como identidad, como yo. Sin esa identidad, la desintegración psíquica me paralizaría. Aun cuando su función es imprescindible, no implica que tenga realidad física.

El egoísmo es esencial en el yo, es “para mí” todo lo tiene que incluir, es su función, es su virtud. Sin el yo no podemos hacer nada. ¿De dónde vienen entonces el dar sin cálculo, la reciprocidad, la solidaridad y cualquier actitud que expresa la grandeza humana? El “para otro” es una dirección que proviene de la profundidad de la conciencia inaccesible al yo.

No podemos eliminarlo, ni variar su naturaleza de poseer todo lo que toca. Su función es concentrar lo que pasa en la conciencia y lanzarla hacia un mundo fuera de ella misma. Es una fuerza psicológica posible de ser domesticada, moldearla para orientar la acción hacia el sentido, pero no podemos modificar su aptitud de atrapar lo que está a su alcance.

La experiencia cotidiana del yo como algo fijo y como la totalidad de lo que soy es ilusoria. A continuación, trataré de cuestionar esa supuesta fijeza al comprobar que el yo se desplaza por el espacio de representación, e intentaré descubrir una mirada habitualmente identificada con el yo, que en ocasiones toma distancia de este: la mirada interna.

La mirada interna y su distancia respecto del yo

Existe una mirada que observa al mundo interno y externo y que en vigilia ordinaria se identifica con el yo, pero no es el yo. Miramos desde un lugar del espacio de representación. Esa mirada se desplaza, no está fija. Habitualmente, se identifica con el yo y no me percato de su desplazamiento. Trataré de mostrar estos movimientos del yo, de la mirada y la identificación entre yo y mirada.

En este momento estoy frente a la pantalla del computador y la observo desde mí. Yo la miro, no hay ninguna mirada distinta hacia la pantalla, solo esta que llamo “yo”. Aparentemente, el yo y la mirada son una misma entidad; sin embargo, pudiera

tratarse de fenómenos distintos que se identifican en determinados momentos, como en este caso.

En el sueño notamos con claridad el distanciamiento entre el yo y la mirada. Es habitual soñar que me veo a mí mismo realizando el drama del sueño. Cuando lo relato digo: “veo que voy en una canoa con gente desconocida...”. Puedo reconocer una mirada que observa al personaje de la canoa y que soy yo. Cuando despierto, recuerdo el sueño y digo simplemente que navegaba en una canoa, sin dar importancia al hecho de “verme a mí mismo” en la embarcación. Pero en otras ocasiones soñamos que somos directamente el que va en la canoa y no hay ninguna mirada observante. En el sueño se dan los dos casos, sueños en que miro al yo cómo se desenvuelve, y sueños en que yo soy el protagonista y no reconozco ningún otro observador. Es decir, sueños en que la mirada se diferencia del yo y sueños en que están identificados.

Lo mismo sucede en el ensueño. A veces fantaseo y me imagino hablándole a alguien, poniéndole los puntos sobre las íes, por ejemplo. Me veo a mí retando al personaje; en ocasiones esa mirada se identifica tan fuertemente con el yo que de pronto me sorprende hablando solo en voz alta.

En la vigilia común, la identificación del yo con la mirada es total. Tanto la mirada como el yo están ubicados en el límite táctil del espacio de representación y no distingo entre ambos: yo veo y actúo en el mundo. Por “límite táctil” estoy mencionando el tacto de los ojos y de la cara, que me dan la sensación de borde entre un espacio externo y uno interno. Precisamente, al estar la mirada emplazada en ese borde del espacio de representación obtengo la sensación de que las cosas las veo afuera.

En el ensimismamiento, la mirada y el yo siguen identificados, pero se internalizan, y tengo la sensación de que estoy distante del mundo. En el caso de la cólera, la mirada y el yo están tan pegados al límite táctil externo, en el que casi no hay distancia entre las percepciones y representaciones. Este acercamiento entre el yo y las representaciones es propio también de los estados de peligro y de asco. Por ello, la reacción de la arcada sucede aun cuando el objeto asqueroso se encuentre a bastante distancia de mí; en el peligro emprendo la huida, aunque el estímulo peligroso esté

todavía lejano; y en la cólera reacciono con violencia, aun cuando la causa no esté a mi alcance inmediato. Seguimos reconociendo desplazamientos en que la mirada y el yo están identificados¹.

En la vergüenza, la mirada se externaliza. Esto sucede a veces frente a una autoridad, alguien de mucho prestigio, la mujer o el hombre de mis sueños, incluso ante Dios. Pareciera que es el otro el que me observa y me juzga, pero se trata de la propia mirada emplazada un poco más afuera que el yo. También en ciertos accidentes traumáticos, al bordear la muerte, la mirada se externaliza a tal punto que nos parece ver nuestro cuerpo y la situación desde el exterior.

Comprobamos así que tanto el yo como la mirada se desplazan por el espacio de representación. Algunas veces coincidiendo en una misma posición del espacio interno, como en la vigilia común; y otras, como en el sueño y en el ensueño, la mirada toma cierta distancia y observa al yo como representación. También estudiamos casos de alteración donde la mirada se separa del yo, externalizándose.

Por último, podemos intentar producir esa separación apelando a estados atencionales altos. Si mientras leo tomo conciencia de que estoy leyendo, atiendo al hecho de leer, al cabo de pocos segundos tengo conciencia también de mi cuerpo, y si sostengo la atención, reconozco una mirada ubicada adentro, en la parte de atrás de mis ojos, que observa. Si mantengo la atención, la mirada se hará más lúcida, observo lo que me distrae y vuelvo en mí, sigo leyendo, mis emociones son más neutras..., suena el celular, ¿quién será?, ahora soy yo de nuevo quien responde y ha perdido esa mirada observante. Si reconoces aunque sea brevemente esa mirada interna, podrás evocar otros momentos en que ha estado presente. A veces, luego de un shock emotivo o de alguna experiencia excepcional, puedo reconocer esa mirada que se internaliza y observa al yo.

¹ Los desplazamientos del yo están estudiados exhaustivamente en Rodríguez, M. (Silo), *Apuntes de Psicología*, Rosario: Ulrica Ediciones, 2010, en particular en el capítulo Psicología IV. La distancia entre la mirada y el yo es una observación propia de este estudio.

Un nuevo nivel de conciencia

La mirada habitualmente identificada con el yo, que mira al mundo desde el límite táctil del espacio de representación, puede internalizarse y observar al yo y al mundo. Esta internalización de la mirada en vigilia se experimenta como una ampliación de la conciencia. Despierta una mirada que se distancia del yo y lo observa actuando en el mundo guiado por sus ensueños. No ha variado el yo ni el empuje de los ensueños, pero ha aparecido algo nuevo, una nueva mirada, la mirada interna.

Al despertar la mirada interna, el ensueño sigue operando y sigue siendo el motor de las acciones, pero su poder de seducción ha disminuido. Cuando veo una película y estoy identificado con el protagonista, vivo sus angustias y amores como si fueran míos, pero sé que es una película. Algo similar sucede con la mirada que observa mis acciones y a mi yo, tengo un grado de libertad para tomar caminos distintos a los que el ensueño me conduce.

Entiendo a un nuevo nivel de conciencia superior a la vigilia cuando la mirada interna despierta y logra permanencia sin requerir esfuerzo. Así como no podemos mantener la vigilia y necesitamos dormir, este estado también se puede sostener por un tiempo hasta ser interrumpido por el sueño o los ensueños.

Al internalizarse la mirada que observa al yo, experimento cambios en el comportamiento emotivo hacia una cierta neutralidad positiva, desbordada a veces por algún tipo de conmoción. También se dan cambios en el comportamiento intelectual al experimentar lucidez: una sensación de enlentecimiento del transcurrir y, en ocasiones, la inspiración arrebata.

Aún en este despertar seguimos moviéndonos detrás del ensueño y del deseo, ellos no han desaparecido, pero ha ocurrido un cambio de perspectiva. Volviendo a la analogía de cuando voy al cine, vivo todo lo que pasa con el personaje con quien me identifico, pero siempre sé que estoy ante una pantalla. Ese trasfondo de saber que estoy en una película y no en la realidad hace una diferencia importante: si al vivir mis ilusiones sé que son ilusiones, y en cualquier momento puedo cuestionarlas, ya no son una realidad inmutable.

Cuando hablamos de este nuevo nivel de conciencia, nos referimos a una internalización de la mirada de pocos grados, pero cambia el mundo entero. La felicidad ya no depende del éxito del ensueño, mis decisiones ganan intencionalidad y no son simple reacción del deseo. Las decisiones que tomamos en estos estados de lucidez, continuarán guiando las acciones durante la cotidianidad, y aunque se dependa nuevamente de los ensueños, la orientación imprimida en el momento de mayor libertad operará como trasfondo del hacer.

Cuando la mirada interna está despierta y realizo alguna acción contradictoria, ese dolor interno parece amplificarse ante su observación. No es soportable, y si no encuentro el acto reconciliatorio que lo resuelva, la mirada volverá a identificarse con el yo y estaré preso del ensueño, que anestesiara un poco mi sufrimiento. Sin embargo, una vez tenida esta experiencia, la mirada interna siempre querrá volver a sí misma y nos ayudará a salir de la contradicción.

Estas experiencias muestran que nuestra evolución no está agotada y existen otras posibilidades para la conciencia. No en el sentido de aumentar la capacidad de almacenamiento de información, sino en producir un nuevo tipo de ser humano consciente de la ilusión. Al despertar la mirada interna, los ensueños pierden su poder hipnótico y el sufrimiento se aleja.

El despertar de la mirada interna

Estamos descubriendo un nuevo modo de la conciencia gracias al despertar de la mirada interna. Hablo de un “despertar”, ya que se trata de una mirada propia de la conciencia con la cual se ve a sí misma. Habitualmente, está “dormida” o identificada con el yo cotidiano y no tengo noción de ella. Ciertas circunstancias permiten su desplazamiento hacia la interioridad del espacio de representación y, desde ese punto, ella observa el mundo mientras se adquiere conciencia del existir.

Reconozco este despertar en la experiencia de fracaso, en momentos posteriores a la irrupción de experiencias de sentido, en el aumento de la unidad interna y en algunos estados alcanzados por esfuerzos atencionales.

Al fracaso ya dedicamos un capítulo, y vimos que cuando los acontecimientos chocan con mis creencias, ese sacudón provee un momento de libertad. Lejos de considerarlo una penuria, lo describimos como la posibilidad de la des-ilusión. La vida entera está montada sobre la fantasía de la no-muerte, así que tarde o temprano caeremos en una crisis existencial. El fracaso, y la reconciliación a la que nos convoca, permite tomar contacto con una verdad íntima accesible solo a la mirada interna que ilumina las oscuridades de la vida.

También discutimos sobre la acción válida capaz de concentrar unidad interna. En el crecimiento de la unidad descubríamos la respuesta a nuestra pregunta por el sentido. Esta acumulación parecía conformar una suerte de centro de gravedad que atraía una mirada separada del yo, testigo de la conciencia y el mundo.

Hemos mencionado la irrupción de una experiencia conmocionante y totalizadora del tipo de fusión con todo, o todo es uno y lo mismo. Luego, de ellas puedo reconocer sin ningún esfuerzo a un observador dentro mío. Aunque no es algo que podamos producir a voluntad, existen diferentes procedimientos en torno a la mística para predisponerse a que esto ocurra.

Por último, en la práctica atencional de estar consciente de mí mientras realizo las actividades, al permanecer en ella con suavidad, la mirada se va internalizando hasta colocarnos en otro nivel de conciencia.

La distancia de la mirada respecto al yo no elimina los ensueños, pero gana un grado de libertad respecto a ellos. Ese grado de libertad demuestra que puedo cambiarme a mí mismo, y eso abre el futuro para todo ser humano.

Segunda Parte

LA UNIDAD INTERNA

La muerte me sorprende persiguiendo el ensueño y remplazando un deseo por otro, sin nunca darme cuenta de la monótona repetición. Vivo en el sinsentido creyendo que tengo sentido; sé que moriré, pero no todavía, y ese acontecimiento resulta irrelevante.

Adentro de cada cual habita una experiencia de unidad, cuando la mirada se internaliza, la encuentra y despierta. Esa unidad puede crecer y cohesionar un centro interno. La mirada, al observar desde ese centro, se encuentra a sí misma y se reconoce como lo que verdaderamente es. Esto abre la posibilidad de cambio personal y en toda la humanidad.

La acción moral permite reconocer al otro fuera de mí, poseedor de sí y de su plena libertad. No se trata de una acción puntual, sino de un proceso que despeja los ensueños para realizarla cada vez con mayor perfección. Gracias a la acción, descubro al otro, y en la restitución de su plena humanidad, en su liberación, encuentro la propia.

Capítulo I

La muerte

La mirada de la muerte. El deseo de inmortalidad. La raíz del sufrimiento.

La mirada de la muerte

Hay un hecho de mi vida que suelo pasar por alto y es que un día moriré. Si trato de imaginar que ya no estaré aquí, no caminaré estos senderos pedregosos de la montaña, no me cobijaré en esta casa y en ninguna otra, no saludaré nunca más a la gente que quiero, mis dedos no sentirán el tacto del teclado, ni el aliento, ni la cercanía de un amigo, ni la lejanía del rechazo, podría seguir escribiendo sin poder llegar a imaginar mi muerte. Como no logro representarla, se va configurando otra ilusión: que no moriré. Moriré, por supuesto, también he ido a los cementerios, pero al no poder representarla, no es un lugar hacia donde me dirija. Digo entonces que voy a morir, pero tengo la creencia de que eso no sucederá.

Mi vida tiene sentido mientras persigo los deseos, incluso puedo asumir un fracaso de vez en cuando. Pero no puedo enfrentar la muerte que me cierra el paso definitivamente. Aunque viva como si no ocurriera, siempre se acerca. Al principio les sucede a los demás, y un día toca mi puerta. Se la cierro en las narices, pero ya gusté el sabor de lo irremediable y sentí vibrar el eco del nunca más.

Cuando me esfuerzo por representar la muerte inmediatamente siento mi cuerpo, los latidos de la vida fluyendo por mi sangre, mi existencia se me hace presente. Trato de buscar la sensación de la no existencia y, en cambio, aumenta la conciencia del existir. Lo mismo sucede cuando alguien muy cercano muere: me envuelve la fuerza de la existencia. Al pasar el tiempo se irá diluyendo y volveremos a la “normalidad”, en que morir es un hecho sin mayor importancia. Aun así, a veces esos momentos quedan grabados con intensidad y pueden cambiar la dirección de la vida.

Al tratar de experimentar la existencia, sentir que estoy vivo, recordar que existo, la muerte no alcanza a hacerse presente, pero la soslayo. Para negarla requiero olvidar que existo y solo así puedo operar como si tuviera un tiempo sin fin. Tanto el olvido de la muerte como el olvido de la propia existencia generan la ilusión de un tiempo infinito.

Cuando tomo conciencia de la finitud, cobran valor otras cosas que pasaban desapercibidas: El color de los árboles, el sonido del río descendiendo de las nieves, la inspiración que llena los pulmones, tú, eso que te hirió y necesito curar, lo que nos unió y necesito cuidar. Uno podría decir que, dado el suceso de la muerte, entonces nada importa; pues es al revés, cuando se me hace presente es como si viera por primera vez lo esencial.

Cuando muere una persona amada el vínculo con ella, inversamente a lo que suponíamos antes de su partida, se fortalece. Aun si en un principio me resulta doloroso por posibles temas no resueltos, con el tiempo se transforma en una relación sagrada. Esa unión se vuelve un vínculo inmortal, estrecha mi alma con un lazo mucho más fuerte que cuando estaba viva. Esa cercanía, al pasar el tiempo, se hace cada vez más próxima, hasta ser parte integral de mí.

Parece que no entendemos nada de nada si no conversamos con la muerte. Me es muy difícil tomar conciencia de que dejaré de existir. Me resisto, la considero como una enfermedad, como si me enfermara de “muerte”. Si alguien a mi lado está en su momento terminal, o si ya partió, alejo el pensamiento de que fallece apenas un tiempo antes que yo. No hay pregunta por el sentido de la vida si no rozamos la muerte y vemos su rostro aunque sea solo de reojo.

No es tan fácil la vida en el estado de ilusión. Perseguimos nuestros deseos creyendo que son el sentido y tenemos que esforzarnos para estar distraídos de la íntima sinceridad del fin. La mirada de la muerte nos despierta abruptamente y casi nada de lo que consideraba central valía la pena. Recién ahí, sin pajaritos en la cabeza, podría acercarme a algo verdadero.

El deseo de inmortalidad

No experimento eso que llaman “miedo a la muerte”. Trato de pensar en ella y no puedo, siempre me imagino existiendo, en el funeral o en el crematorio, pero existiendo, y no siento una inquietud especial. El temor es a no poder realizar mis metas, eso sí me da temor y angustia, no poder terminar el libro, que sucedan cosas dolorosas a mi gente, no alcanzar a cumplir mis quereres, pero no experimento que el impedimento sea morir.

En el discurrir diario, la imagen de lo inmortal son los deseos proyectados al infinito; incluso en paisajes ulteriores, donde cumpliremos nuestras aprensiones. Así pretendo burlar a esta señora, afanado en conseguir lo que apetezco, si no lo obtengo en esta vida, lo tendré en la otra. La inmortalidad del cuerpo, vivir joven para siempre, es una aspiración, sería el triunfo definitivo sobre la naturaleza, y cada día la ciencia va ganando terreno para la longevidad. La esperanza de vivir para siempre sigue avanzando sobre los viejos mitos; la resurrección de los cuerpos, la reencarnación, los paraísos, están perdiendo vigencia y parecen cada vez más fantásticos.

Si un acierto científico prolongara la vida lo suficiente, ese hecho no cambiaría la estructura mental que confunde el afán con el sentido. Continuaré olvidado de la existencia. Seguiré considerando real lo que puedo representar y un elefante con alas, al poder formalizarlo como imagen, me parecerá más real que decir que un día moriré. Si alargo mi vida mil años, no resuelvo la dificultad de representar la muerte, simplemente prolongaré mi sufrimiento por mil años más.

Desde la primera civilización conocida de Sumer, con Gilgamesh, se testifica la búsqueda de la inmortalidad. Gilgamesh la busca afanosamente y fracasa. Solo sus hazañas quedaron inmortalizadas, grabadas en la roca perenne, y su gloria se recuerda hasta hoy¹. Los imperios quisieron trascender los tiempos. El emperador

¹ “En cuanto Gilgamesh se hubo sentado, acurrucado, el sueño, como un velo de niebla, lo envolvió. Utnapishtim dijo entonces a su esposa: ‘Mira a ese hombre joven que busca la Vida, el sueño, de pronto, como un velo de niebla, lo ha envuelto’. Su esposa le dice a Utnapishtim el Lejano: ‘¡Toca a ese hombre para que regrese sano y salvo por el camino que le trajo! Que salga por la gran puerta y regrese a su país’. Al despertar, Gilgamesh no cree que haya dormido siete noches, finalmente pregunta a el Lejano: ‘¿Qué debo hacer, Utnapishtim? ¿A dónde ir? El demonio Ekkemu se ha apoderado de mi cuerpo, la muerte se ha

controlaba la vida y la muerte de sus súbditos, pero nunca obtuvo el elixir de la vida. En épocas románticas se pensaba en la eternidad del amor. Mary Shelley creó la novela del doctor Frankenstein; “¿Por qué deben morir los seres que amamos?”, se pregunta. La ciencia ha llegado para resolver esta cuestión; entonces, con la energía del cosmos, hace resucitar al famoso monstruo y este, angustiado por la soledad, asesina a todo ser que el doctor ama. Ningún deseo, ni la fama, ni el poder, ni el amor pudieron obtener la inmortalidad.

Estas leyendas dan cuenta de la búsqueda de una inmortalidad corpórea, una eternidad material. Los egipcios intuyeron una sustancia que podía trascender al cuerpo, el “ka”, que progresa después de la muerte hasta constituirse en el “ba”, que vuela hacia la libertad. Sin embargo, el “ka” no podía subsistir sin el cuerpo, por ello los embalsamaban, para que se conservaran mientras se consolidaba el “ba” de la liberación. Esta intuición ha continuado en tradiciones modernas sin lograr resolver la aparente dialéctica de lo espiritual y lo material, quedando siempre como trasfondo el deseo de la inmortalidad de lo concreto.

Conversar con la muerte no es para superar el miedo, sino porque, al acercarla, se pone en evidencia el sinsentido en que vivo. Estaríamos atrapados en este determinismo si no fuera por la irrupción de la muerte, que pone en jaque la realidad de lo representable. La reflexión sobre el propio fin conduce al contacto con la existencia. La causa del sufrimiento no es la muerte, sino el temor a no satisfacer el deseo. Al convivir con ella puedo despertar de un sueño.²

instalado ya en mi propio lecho, allá donde yo lleve los pies, allí está la muerte’. Utnapishtim, no pudiendo otorgarle la inmortalidad, decreta: ‘Hasta que llegue a su ciudad, hasta que haya acabado su viaje su túnica no se volverá grisácea, sino que estará siempre nueva’”. Gilgamesh vuelve a Uruk con las manos vacías, pero su gloria, fijada en tablillas de barro cocido, se conocerá por siempre. Véase Lara Peinado, F. (estudio preliminar, trad., notas), *Poema de Gilgamesh*, Editorial Tecnos, 1997.

² Manríquez, J., *Versos de coplas a la muerte de mi padre*, Madrid: Ediciones EDAF, 2006.

“Recuerde el alma dormida,/ avive el seso y despierte/ contemplando/ cómo se pasa la vida/ cómo se viene la muerte/ tan callando;/ cuan presto se va el placer,/ cómo después de acordado/ da dolor,/ cómo, a nuestro parecer,/ cualquier tiempo pasado/ fue mejor./ Decidme: la hermosura,/ la gentil frescura y tez/ de la cara,/ la color y la blancura,/ cuando viene la vejez,/ ¿cuál se para?/ Las mañas y ligereza/ y la fuerza corporal/ de juventud,/ todo se torna graveza/ cuando llega el arrabal/ de senectud./ Por eso no nos engañen,/ pues se va la vida apriesa/ como sueño./ Y los deleites de acá/ son, en que nos deleitamos,/ temporales/ y los tormentos de allá/ que por ellos esperamos,/ eternos.”.

La raíz del sufrimiento

El hilo de la primera parte de este escrito es cómo confundo la persecución de los ensueños con el sentido de la vida, y ese estado de ilusión lo experimento a la larga como sinsentido. Agrego ahora otro dilema. Voy a morir y, al no poder imaginarlo, ese hecho queda oculto en el discurrir de la conciencia; se configura así la ilusión de que nunca ocurrirá. Los paraísos posteriores a la muerte, cumplen la misma función de ocultamiento de la finitud, ya que me veo existiendo en otro tipo de paisajes como en cualquier ensueño. Este esfuerzo para vivir en el sinsentido, creyendo que tengo sentido y que no moriré, es el núcleo principal del sufrimiento. Son las contradicciones que están en la base de la vida cotidiana, con las que realizamos nuestras actividades, desde lavar los platos de la casa hasta descubrir nuevas partículas atómicas y galaxias en los confines del universo.

La raíz del sufrimiento no está en la incapacidad de satisfacer los deseos, sino en la mecánica de correr detrás de ellos creyendo que son el centro de mi vida, confundiéndolos con la felicidad o el sentido. Así, en el trasfondo del diario vivir, siempre está el miedo a no lograr mis “importantes” anhelos.

Gracias a la reflexión sobre la propia muerte despierta la mirada interna y, con ella, el contacto con algo verdadero y el comienzo de una nueva búsqueda.

Capítulo II

El cambio

Las experiencias de cambio. Buscándome a “mí mismo”. La dirección del cambio. Un leve desplazamiento de las creencias.

Las experiencias de cambio

¿Es posible un cambio fundamental en la conciencia individual y en la sociedad?

Superar la violencia en la vida propia y con las otras personas es un gran proyecto, difícil de creer posible, y ese es un problema. El cambio que busco no es pequeño. Supera los límites de la imaginación. Por eso ha costado comunicarlo. Creí alguna vez que por controlar las estructuras de poder se construía la sociedad soñada. Comprobé que ello no variaba la raíz de la injusticia y el dominio sobre las personas: funcionaba al principio y, luego, volvían los mismos vicios que se querían transformar. En lo personal, aun superando muchos resentimientos, la muerte y el sentido definitivo de la vida sigue acicateando mis búsquedas. Muchas veces he confundido los éxitos de coyuntura con las metas profundas de la vida. Cuando finalmente puedo afirmar la envergadura del proyecto, pierdo la discusión porque la propuesta es considerada utópica, es decir, inalcanzable en el tiempo y, por tanto, sin urgencia para efectuarla.

El cambio en las materias humanas no se puede forzar. Es decir, se puede, pero las consecuencias son nefastas y las cosas regresan a situaciones peores de las que partieron. Tiene que ser querido, íntimamente querido, con la fuerza de la necesidad. Esa necesidad es precisamente salir del sufrimiento y la violencia. Pero, en el fondo, considero que sus causas no tienen que ver conmigo, siempre hay a quién culpar por lo que me pasa, o una razón urgente que esconde el hastío de la rutina, o una justificación para la violencia que ejerzo. No parece que yo estuviera a cargo de mi vida y mucho menos siento responsabilidad por lo que acontece en la sociedad.

La importancia de las experiencias extraordinarias es que, por un instante, modifican completamente toda la estructura de la realidad, y presentan con evidencia indudable la certeza de que la vida sí tiene sentido, es. Ante esa vivencia no existe la muerte, ni siquiera es una palabra posible de pronunciar desde ese plano. El impacto es muy breve, pero muy importante; gracias a ella, la conciencia logra la referencia de una realidad distinta y sentida como “verdadera realidad”. Al diluirse, queda el recuerdo de algo extraordinario hacia donde, sin duda alguna, debo, quiero y puedo ir. Esta experiencia no me cambia la vida, pero me da la oportunidad de hacerlo. Me sustrae del mundo gris y me muestra la luz del sentido. En particulares momentos esto sucede y es posible variar tímidamente el rumbo. No siempre se les da la relevancia que tienen, y pudieran pasar desapercibidas al otorgarle un valor puramente anecdótico. En ciertas ocasiones, los ensueños pierden su poder y algo emerge detrás de la desilusión. Una experiencia totalizadora arrebatada a la conciencia, aumenta su caudal energético y la inspira. Recodos del tiempo en que lo humano nos conmueve y parecemos recordar el sentido olvidado. Este contacto con lo profundo revitaliza la acción y puede ser orientada hacia un gran cambio; sin apuro por alcanzar una meta, inicio una aventura hacia un inmenso futuro.

Estas experiencias son las de contacto con la profundidad o el “sí mismo”, logran el reconocimiento de la unidad de todo lo existente. Este fenómeno sucede al internalizar una mirada que se desliza hacia los espacios de silencio de la mente. Si bien algunas técnicas espirituales o procedimientos místicos facilitan aquello, es la acción válida o moral la que graba la huella del mirar interior y la comunicación con la experiencia de sentido. Es decir, el cambio no sucede por la revelación de sentido, sino gracias a las acciones que esas experiencias inspiran. Esta primacía de la acción tiene justificación teórica, ya que es gracias a la reflexión sobre sí que produce la acción, lo que graba con valor de “realidad” la huella dejada por la irrupción de la totalidad¹.

El gran cambio es despertar de la pesadilla del sufrimiento y de la violencia que está en mí y alrededor mío. Es generar condiciones sociales de libertad, justicia y

¹ La acción, como reflexión de la conciencia, fue tratado en el capítulo “La acción”, de la primera parte.

equidad para que todos podamos despegarnos del penoso estado actual. Es convivir con una mirada más interna al yo habitual que, mientras este actúa, permanece en contacto con un centro interno sin perderse de sí. Es reconocer esa misma posibilidad en ti y tratarte en consecuencia.

Buscándome a “mí mismo”

En la memoria están guardadas estas experiencias. Si recuerdo los momentos más difíciles de mi vida a punto de perderla, o al sufrir accidentes psíquicos al borde de extraviar la razón, o rememoro situaciones tan graves que pudieron desviar mi destino; si reviso de cerca el modo en que salí de esos episodios, reconoceré allí algo sorprendente a lo cual no di importancia. Quizás consideré que eran efectos del mismo accidente. Esas ocasiones siempre fueron acompañadas por algo muy especial que me pareció fortuito, propio del mundo psicológico y sin relación con lo que sucedía. Era salvado por una “casualidad”. También podría pesquisarlas si reviso ocasiones en las que realicé una tarea que a todas luces era imposible de ser hecha, o si alguna vez tomé una decisión con una resolución tan enorme que me rescató del sinsentido o la locura, o cuando peligró mi vida por un choque, una caída, o una situación violenta, sentí al tiempo transcurrir muy lentamente y pude hacer los movimientos precisos, decir las palabras justas que me salvaron. Los recuerdos están llenos de sucesos extraordinarios. Puedo reinterpretar toda mi vida poniendo como eje la manifestación de estados de conciencia anormales, y comprender que gracias a ellos salvé ileso o cambié el rumbo destructivo que llevaba.

El efecto de las anomalías de la conciencia en momentos límites cercanos a la pérdida de la vida o de la cordura, es una interpretación muy subjetiva, pero al mismo tiempo es muy sugerente ver ese común denominador en la mayoría de esos casos. Desde esta perspectiva, puedo ver en ellos una gran fuerza en mi interior que movilizó a todo mi ser en esos momentos, cambió el rumbo de la vida y me reunió con las personas que hasta hoy me acompañan.

En el interior de cada uno, donde todo se aquieta, llegamos a zonas muy quedas. Si nos adentramos más allá de la calma, brotan emociones conmovedoras. Guiados por el silencio del camino interior surgen comprensiones o, tal vez, confusiones. Sin darles importancia, sostengo la quietud. Allí, en esa profundidad, en el límite de los sonidos y de las sensaciones, nace la experiencia que fundamenta la vida. Absorbiéndome en el vacío, algo toma contacto conmigo, su presencia inasible me impacta sin palabras y, de ahí en más, mi vida se orienta a repetir ese encuentro. Esa experiencia me llena de tal manera que mis dudas por el sentido, durante ese momento y durante un tiempo después, no necesitan ya respuestas. Como si preguntara encerrado en una caverna cómo es el sol, pero al salir al día y sentir la luz dañando mis ojos, la evidencia de la respuesta hiciera que la pregunta no llegara siquiera a formularse².

Esta experiencia vive en mi interior y no es posible nombrarla, cada nombre describe solo un aspecto de ella y no puedo abarcarla. En muchos relatos de místicos, religiosos, filósofos, poetas, la mencionan con otros lenguajes. Algunos hablan de Dios, de ángeles o de guías para referirse a ella. Al personificar con imágenes esa comunicación con lo profundo, muchas veces la pierdo por confundir lo vivido con el nombre que se le otorgó. Otros, la definen con un concepto, por ejemplo, “el ser”; de igual modo la externalizo y, con ello, alejo esa idea de la vivencia que la originó. Al intentar atraparla en un nombre, una imagen o un concepto, no recreo la experiencia y tiendo a perder su significado.

La dirección del cambio

Los contactos ocasionales con otro tipo de estructuración de lo real ponen en jaque la afirmación de la razón, que si bien no ha podido resolver el dilema del existir, nos provee de argumentos con una seguridad tal, como si lo hubiera efectivamente

² “Pero si alguien tiene sentido común, recuerda que los ojos pueden ver confusamente por dos tipos de perturbaciones: uno, al trasladarse de la luz a la tiniebla y, otro, de la tiniebla a la luz; y al considerar que esto es lo que le sucede al alma, en lugar de reírse irracionalmente cuando la ve perturbada e incapacitada de mirar algo, habrá que examinar cuál de los dos casos es: si es que al salir de una vida luminosa ve confusamente por falta de hábito, o si viniendo de una mayor ignorancia hacia lo más luminoso, es obnubilada por el resplandor”. Véase Platón, “Alegoría de la caverna”, en *La República*, Madrid: Editorial Gredos, 2008.

logrado. En el instante que dura la visión, no existe la muerte ni como posibilidad; más bien sucede un acercamiento a lo que en todo momento hemos sido parte, pero recién allí se nos devela. La razón considera la finitud como un “todavía no llegará”, así la oculta de la certitud futura.

Las experiencias de sentido nos abren a una realidad conmovedora, que nos dice: “las cosas no son como piensas, hay otra forma de vivir, más libre, más inspirada, con más sentido”. Pero si ella no transforma la orientación de mis acciones, quedará en el recuerdo como algo irrelevante. Si la acción no se dirige hacia lo que la experiencia reveló como valioso, toda la vivencia de conmoción y aproximación a la totalidad, quedará reducida a algo parecido a un sueño y no tendrá mayor significado para la vida.

La acción fija la dirección de la conciencia. El surco de memoria producido por lo que se hace en el mundo es lo que marca hacia dónde tenderá a ir la vida. Si una experiencia reveladora me muestra lo esencial y mi acción se dirige hacia lo superfluo, pronto la olvidaré, por muy intensa que haya sido. Inversamente, si mis acciones siguen sus pautas, las sensaciones de unidad se graban en la memoria asociadas a la intensidad del mundo perceptual. Así, la experiencia de lo trascendente va girando la dirección de la vida hasta convertir el sentido de la acción.

Vimos en la primera parte del ensayo que en situaciones de fracaso la conciencia queda disponible para acercarse a este tipo de experiencias de cambio. Ese fracaso ocurría cuando no podíamos concretar nuestros ensueños, y esto podía pasar tanto por una situación personal o porque la misma época impide ya realizarlos. Pueden, por tanto, ocurrir coyunturas psicosociales que faciliten la proximidad de una experiencia de cambio, condiciones históricas en que la conciencia, la de cada uno en millones de personas, al sentir el futuro cerrado, sin nadie en quien confiar ni alguien a quien culpar, se encuentre en una situación de vacío interno, sin esperanzas, así, la conciencia puede quedar disponible para que “algo”, desde su propia profundidad, se presente en ella. Esa experiencia puede reorientar y vivificar la acción.

¿Pero cómo hacer para que la fuerza obtenida de estos fenómenos progrese hacia la lucidez y hacia la superación de la violencia? No es suficiente la experiencia de

lo trascendente. En el siloismo fuimos advertidos desde el principio que alterar la conciencia es bastante sencillo; se logra con drogas, con prácticas de trance, a través de danzas, de cánticos, hay muchas maneras. Por lo general, conducen a estados crepusculares donde la conciencia es tomada por una emoción, por una obsesión, o por una fuerza que la interpreto como ajena a mí, como espíritus o recuerdos lejanos; la conciencia queda prisionera de sus propios contenidos y los interpreta como fenómenos externos y extraños a ella.

El interés es lograr una conciencia despierta y lúcida, capaz de experimentarse a sí misma y disponer de sus mecanismos mentales, que no está absorta por sus ensueños, pero reconoce cómo ellos la movilizan. Capaz de emprender una acción de encuentro con el ser humano, de tareas comunes que superen la violencia entre la gente.

Las experiencias de cambio, o de sentido, o de contacto con lo profundo, distintos nombres para referirnos al mismo tipo de vivencia, internalizan la mirada y tocan espacios muy hondos de uno mismo, tienen la capacidad para revelar el sentido y alcanzar una gran comprensión. Pero también su enorme energía amplifica las contradicciones y resentimientos pendientes. El sentimiento religioso, propio del contacto con la profundidad del ser, está vivo en el ser humano y puede hacer erupción cuando han fracasado todas las esperanzas razonables. Esta es la fuerza que cambia las eras. Si nos acercamos a este vórtice del tiempo, es muy importante ponernos en la senda de la reconciliación de contradicciones arrastradas quizás desde un pasado inmemorial, como personas, pero también como sociedades.

Una gran posibilidad tiene sus riesgos. El cambio no puede ser brusco. Un tren a gran velocidad no puede girar en ciento ochenta grados sin volcarse. Basta un pequeño ángulo para que doble sin problemas. Tampoco puede permanecer en dirección al abismo. Con ayuda de este tipo de experiencias, quizás es posible un leve desvío que conduzca al destino querido.

Un leve desplazamiento de las creencias

La aparición de “algo” al interior de uno, pero no “mío”, modifica creencias muy arraigadas, en particular la creencia en la muerte. Por alguna razón, ese algo al interior, no parece propio del cuerpo y no puedo asegurar que muera con él. Tampoco puedo asegurar lo contrario, pero se han invertido las cargas: ahora comienzo a dudar de la muerte y no de la trascendencia, como era lo habitual. La vida la consideraba un concepto puramente biológico, y ahora siento algo verdaderamente vivo que está en el cuerpo, pero no estoy seguro de que sea parte de él. Ese algo inasible me parece una “unidad” que lo anima y le da sentido. La muerte comienza a perder su poder opresor, y no me resulta tan claro que paralice al “ser” que siento en mí. Las creencias de toda mi vida, las razones y mi sustento ideológico se descascaran y surgen nuevas interpretaciones de la realidad. La experiencia insinúa lo que “verdaderamente soy”.

La respuesta a la pregunta por el sentido es una experiencia. Luego vienen las explicaciones, pero tienen por fundamento algo que me ha sucedido: lo he vivido. Esas explicaciones varían, y lo frecuente es que las palabras usadas para describirla, al pasar el tiempo, vayan perdiendo su valor de verdad conmovedora, se vacíen y no den cuenta de la proximidad alcanzada en el origen.

Para recuperar ese contacto es necesaria la movilización de la energía psicofísica, para llevar la mirada hacia la interioridad y comprender que las imágenes asociadas pueden ser apoyos psicológicos importantes, pero no tienen existencia fuera de la mente humana.³

Diversas escuelas espirituales en las distintas culturas han sistematizado procedimientos y construido lugares para facilitar este tipo de contacto con eso que da sentido a la vida. Solemos encontrarlas en el inicio de las grandes civilizaciones. Sin embargo, en su desarrollo, las culturas van externalizando esa “presencia interior” y terminan refiriéndose a ella como a entidades, espirituales o no, ubicadas fuera de la

³ Los procedimientos para movilizar la Fuerza (energía psicofísica) están detallados en *El mensaje de Silo*, como experiencias, ceremonias, agradecimientos y pedidos. Véase Rodríguez, M. (Silo), *El Mensaje de Silo*, Madrid: Ediciones EDAF, 2008.

mente. Así, van alejando el contacto con la interioridad donde está guardado el fundamento de la existencia. Pienso que es posible, desde este momento cultural en que los dioses se han alejado del ser humano, volver a ellos si se reorienta la mirada; bastaría considerar que el hogar de todos los seres absolutos a los que quisiéramos acudir están en el fondo del corazón, y a esa profundidad debo dirigir mi llamado. Desde allí responden las fuerzas a las que estamos apelando, desde el interior de uno mismo.

Si bien se trata de experiencias personales, su práctica colectiva puede facilitar el acceso a la profundidad interna. Aceptamos con facilidad que los temores y las histerias pueden expandirse causando pánico o desbordes sociales, pero somos reacios a aceptar que las experiencias trascendentales pudieran tener la misma aptitud. Sin embargo, estas experiencias, al realizarlas colectivamente, se facilitan por el fenómeno de contagio que produce la estructura de conciencia inspirada⁴.

Si la pérdida de sentido no es solo personal o de unos pocos individuos, y percibo en mí la disposición para aceptar algo fundamental en la propia intimidad, podría estar captando el anuncio del cambio que se aproxima.

⁴ “Platón alegoriza al estado inspirado con la imagen de ‘la piedra que Eurípides ha llamado magnética’, es decir, el imán. Y así como el imán ‘no solo atrae los anillos de hierro’, acercándolos irresistiblemente a la ubicación de la piedra magnética, ‘sino que les comunica la virtud de producir el mismo efecto y de atraer otros anillos’, en otros términos, imantando a su vez a las piezas con las que entra en contacto, que pasan a ser capaces de atraer, cual otros imanes, a nuevos anillos diferentes con los que ya la piedra magnética no está en directa relación, ‘de suerte que se ve algunas veces una larga cadena de trozos de hierro y de anillos suspendidos los unos de los otros, y todos estos anillos sacan su virtud de esta piedra’. Esta referencia tan explícita a la capacidad del estado inspirado de atraer y establecer sintonía con otras conciencias, que no necesariamente han accedido a experiencias excepcionales, pero que igualmente pueden colocarse en situación de inspiración e incluso pueden a su vez comunicarla a otros, es un indicador de mucho interés porque nos permite llegar a inferir que es posible la comunicación entre el espacio de representación de unos y de otros, que puede darse la comunicación entre distintos espacios”. Véase Figueroa, P., “Referencia a los estados de conciencia inspirada en Platón”, en *La conciencia inspirada*, Editorial Hypatia, 2013.

Capítulo III

La conciencia de la unidad

La fuerza de la necesidad. El reconocimiento de la unidad. La unidad es el sentido.

La fuerza de la necesidad

El esfuerzo que requiere un cambio personal, particularmente la ampliación de la conciencia, es intencional y no responde a un tipo de mecánica. Esta voluntad la realizaré solo si lo siento imprescindible. Únicamente una necesidad vital, de vida o muerte, podría concentrar la fuerza para producirlo.

Esta necesidad existe puesto que voy a morir, pero está tapada por los ensueños que persigo. De algún modo estoy distraído. En lugar de responder a ella, lo que hago me aleja de su señal y la eludo. Cuando estoy de vacaciones me olvido de los problemas, pero éstos no desaparecen, simplemente postergo enfrentarlos. Si decido vivir toda mi vida de vacaciones, seguramente los evitaré para siempre. El problema es que no cuento con un “para siempre”. Los ensueños son esas vacaciones y me distraen de la muerte. Voy detrás de algo que, aun alcanzándolo, no resuelve el verdadero problema. Busco algo que no encuentro, y en cada fracaso conecto con lo que realmente importa: superar el sufrimiento, despertar del ensueño y trascender la muerte. Estas preocupaciones no se resuelven por los medios habituales, requieren de otra energía que se obtiene en los estados de conciencia inspirada. Gracias a la inspiración el ser humano ha producido grandes obras artísticas, resuelto complejos problemas científicos, y cualquiera de nosotros ha encontrado soluciones a sus problemas⁵. Esta necesidad surge ante el peligro de perder la vida, pero la reflexión puede hacernos llegar a la conclusión de que ya estamos ante ese peligro y siempre lo hemos estado.

⁵ Rodríguez, M. (Silo), “Estructura de la conciencia inspirada”, en *Apuntes de Psicología*, Rosario: Ulrica Ediciones, 2010, Cap. Psicología IV.

Esta necesidad, surgida al tomar conciencia del morir, no es permanente y tiene ciclos. Esa espiral puede configurar un ensueño de otro tipo que, si arraiga en los espacios más internos de la conciencia, le dará un sentido hasta ahora no formulado: un cambio de ella misma.

El reconocimiento de la unidad

Cuando en vigilia la mirada se internaliza, puedo observar cómo los ensueños me movilizan, pero no los confundo con el sentido. Además, siento la copresencia de mi tiempo finito y, de algún modo, sé que voy a morir. Esta conciencia más despierta de los ensueños reconoce un centro interno, una unidad que le da cohesión y le da sentido.

A esta descripción que llamo “conciencia de la unidad”, podría llamarla también “conciencia de sí”, o “conciencia del otro”, o “conciencia de la mirada”, podría darle diferentes nombres acentuando alguno de sus atributos. Cuando digo “el nivel de despierto”, ignoro si es el mismo “despertar” al que se refería Buda. Si lo llamo “conciencia de sí”, tampoco sé si es lo que Silo llamaba “el nivel atencional de conciencia de sí”. Podría simplemente referirme a ella como una vigilia más lúcida, pero la particularidad de la vigilia son los ensueños y no la lucidez. Lo importante es describir lo que sucede en ese particular estado de conciencia para poder reconocer la experiencia de ese modo de estar.

Llamo “conciencia de la unidad” cuando, al interactuar con el mundo de los otros, la mirada interna se separa del yo cotidiano, reconoce los ensueños y siente la copresencia de la finitud. Cuando esto sucede, tomo contacto con una “unidad” interna. La experimento como algo distinto al yo, pero como lo que verdaderamente soy. Nace la confianza de que esa unidad tiene continuidad independiente de la muerte. En ese estado, siento una calma desde donde miro al yo y al mundo. Me encuentro en consonancia con los sucesos aparentemente externos, todo parece confluir para facilitar lo que tengo que hacer. “Lo que tengo que hacer” cobra la fuerza

de un propósito que se va completando en el mundo con facilidad, casi como un trámite a realizar.

Esa suerte de independencia que tiene la experiencia de unidad va produciendo un cambio en las creencias. Modifica aquello que tenía por verdad indubitable. Noto sobre todo un cambio en la relación con la muerte. La voy teniendo cada vez más presente pero, al mismo tiempo, cada vez creo menos en ella.

Empiezo a conectar con esta conciencia de la unidad cuando la mirada interna se separa del yo. El yo sigue pegado a la piel, relacionando al psiquismo con el mundo, pero una mirada se desprende y se emplaza en un espacio de mayor profundidad, en la interioridad. Los ensueños siguen operando, movilizan al yo, pero no son el centro de la vida; “lo que tengo que hacer” se abre paso a través de ellos, mis deseos no desvían la acción, y todo se concatena armoniosamente para que lo que quiero hacer (lo que debo hacer) se realice. Salgo de este estado por la sorpresa de lo bien que sale todo. Cuando la mirada se distrae y vuelve a identificarse con el yo, es atrapada nuevamente por la mecánica del ansia y frustración de la vigilia ordinaria.

La unidad es el sentido

Desplazo la mirada más adentro de mi yo, un poco más adentro encuentro la calma donde se posa. Busco lo que está unido, el silencio aumenta, el centro se acerca, no es el yo de todos los días y sin embargo es lo que soy.

Al reconocer la unidad dentro de mí, la vida experimenta un cambio de sentido. Esa unidad es la que reclama mi atención, requiere mi disposición y precisa que la exprese en el mundo, es decir, que la exprese hacia otros.

¿Qué hago ahora con este descubrimiento? Esa unidad está adentro y puedo tomar contacto con ella. Eso me da sentido porque sé, con un saber que no es de la cabeza ni de la fe, que ella tiene una vida distinta a la vida del cuerpo. No sé de qué manera, pero tiene continuidad, y si no es continuidad la palabra precisa, esa unidad tiene existencia en sí misma.

En este estado los otros seres humanos me resultan impenetrables, ya no los puedo utilizar para realizar mi ensueño. Los otros aparecen como una realidad existencial total, son totalmente otros y para sí. Nos encontramos en experiencias comunes. Nos comunicamos cuando reconocemos esas experiencias. Pero hay algo que está fuera de mí y que no puedo apresar, ni controlar, ni manipular: eres tú. Esto es sorprendente. A los otros los siento cada vez más ajenos, como si reconociera en la imposibilidad de apropiarme de ellos su libertad. No me pertenecen y no puedo hacerlos instrumento de mis quereres. Puedo amarlos o protegerme de sus afanes hacia mí, pero no son parte de mí.

Esta distancia del otro puede ser inesperada. Cuando la mirada está identificada con el ensueño, creo conocerte, entenderte, y cuando tomo conciencia de mi centro, no siento que aumente mi comprensión de ti, siento que te comprendo menos. Cobras una independencia y una libertad a la que no estaba acostumbrado.

Cuando logro por momentos despertar del ensueño, siento la importancia de fortalecer ese centro interno del que empiezo a tomar conciencia, de hacerlo crecer y abandonar el sufrimiento que me imponen los deseos. También siento la necesidad de encontrarme con los otros, con estos nuevos otros que ya no son parte de mí, sino totalmente otros.

Una vez que he tomado contacto con ese centro de unidad, quisiera estar siempre en su presencia. Ese encuentro se ha convertido en el sentido de mi vida: volver al centro que reconozco como el lugar donde pertenezco, o lo que soy verdaderamente. ¿Pero cómo lo hago? Al parecer hay un solo modo y es encontrarlo en los otros. Esto me conmociona y comprendo por qué te escribo.

Capítulo IV

La unidad en los otros

La acción es la llave de la comunicación. El crecimiento de la unidad interna. Lo humano es un proceso de liberación.

La acción es la llave de la comunicación

Quisiera que en estos párrafos reconozcas la experiencia de la unidad. Lo extraordinario es difícil de admitir mientras sucede. Su carácter de “fuera de lo ordinario” lo descubro recién en el cotejo posterior. Incluso, en esa comparación, las palabras no alcanzan para dar cuenta del evento vivido, y tengo que acudir a la poesía para transmitirlo. El interlocutor desprevenido podría creer que cuando hablo de “unidad”, por ejemplo, estoy hablando de realidades físicas y no de representaciones que tratan de insinuar una experiencia interna.

Si he encontrado la unidad en mí, puedo suponer que también está en cada persona. Pero este supuesto se convierte en una vivencia solo mediante la acción. Por medio de ella reconoceré o desconoceré la presencia de la unidad. No porque la perciba en el otro, eso no es posible, sino porque la acción en su retroalimentación puede conectar con “mí mismo”, con la unidad en mí. No es cualquier acción la que logra esto, algunas bloquean todo contacto con la intimidad del ser. En cambio, por medio de otras, soy capaz de reconocer en los demás su humanidad. Esto es posible porque están dirigidas al “ser humano”, es decir, a lo humano en el otro, a su libertad, y no a su objetivación. Ese modo de actuar me comunica con mi propia humanidad. La retroalimentación de la propia acción, al reconocer lo esencial en el otro, produce la conexión con el espacio de mí mismo donde se encuentra la unidad.

La importancia de la acción en la comunicación no es obvia. Las creencias de arrastre de otras épocas privilegian los sentimientos. Puedo admirar a una persona, amarla, pero si cometo con ella una torpeza eso es lo que cuenta. La acción ordena mi caótico mundo interno y saca de mí lo que comunico a los demás. Eso marca la vida.

Inversamente, puedo odiar a alguien, desearle los peores males, pero si finalmente lo que hago tiene nobleza, eso dará dirección a la relación.

La acción me retroalimenta, es decir, tengo sensación de lo que hago mientras la efectúo. Esas sensaciones se emplazan en distintas profundidades de mi espacio de representación, conectando zonas más periféricas o más internas. La acción no solo me comunica con los demás, sino que en el mismo instante me comunica conmigo mismo. Puede conducir la mirada hacia la unidad interna, pero también alejarla, huir de mí mismo cuando experimento desintegración. Esta huida se produce apartando la mirada de esa interioridad, identificándola con el yo pegado a la piel y adherido a las cosas¹.

La retroalimentación de la acción me liga indisolublemente a los otros. Lo que te hago a ti, a mí me lo hago. Si te provoco dolor físico, dirás que es mentira que yo también lo sienta; pero, para no sentirlo, tengo que “salir de mí”. Ese alejamiento externaliza la mirada aceptando el sinsentido y perdiéndome cada vez más en las cosas. Para no sentir lo que me pasa debo anestesiar el sufrimiento que me provoca lo que hago. Esto adormece la mirada interna y me alejo de lo que soy, me deshumanizo. Si mi acción reconoce tu libertad, o la unidad que vive adentro tuyo, esa esencia que te hace ser humano, también sucede eso en mí; crece en esa acción mi unidad, al tiempo que la mirada se hace interna.

El crecimiento de la unidad interna

Reconocer al otro no es habitual. Por lo general, suelo considerarlo un medio para realizar mis ensueños. Así como yo puedo ser para él un instrumento para sus objetivos, él es un recurso para satisfacer mis deseos. El otro, entonces, no es “otro”, no es un fin en sí mismo, sino un medio para mis fines².

¹ Esta descripción existencial del “huir de sí mismo” se corresponde con “la conciencia desdichada” descrita por Hegel, o también con el modo impropio de “ser vuelto a la muerte” de Heidegger.

² “Los seres cuya existencia no descansa en nuestra voluntad, sino en la naturaleza, tienen, empero, si son seres irracionales, un valor meramente relativo, como medios, y por eso se llaman cosas; en cambio, los seres racionales, llámense *personas*, porque su naturaleza los distingue ya como fines en sí mismos, esto es, como algo que no puede ser usado meramente como medio, y, por tanto, limita en ese sentido todo capricho (y es un

Para la conciencia diaria, ilusionada por el ensueño, el otro es útil para realizarlos. Esa instrumentalización niega la libertad y, por tanto, estoy ejerciendo violencia sobre él, aunque sea de modo sutil, aunque pida por favor, aunque pague un sueldo a cambio. Lo que engendra la violencia es la degradación del otro al considerarlo un medio para realizar un objetivo. El acto mental que niega el “ser libertad pura”, es violencia. Mucho antes de dañar su cuerpo, o despojarlo de sus bienes, o del sustento, mucho antes de quitarle sus derechos, he tachado su humanidad, convirtiéndolo en una herramienta para mis intenciones, o incluso en algo inútil, desechable, contaminante o perjudicial para mi intención.

La violencia es posible de ejercerse al desconocer lo esencial del otro, y eso me permite usarlo, degradarlo o destruirlo. Este proceso de negación del otro como libertad, completamente libre de mí, fuera de todo lo que me pertenece, este acto mental de negación de lo humano, lo deshumaniza al tiempo que niego también en mí la libertad y la humanidad. Pero puedo humanizarlo si mis actos se dirigen a reconstituir su libertad, a considerarlo como fin en sí mismo, a restaurar su dignidad. Es la acción, el gesto hacia el otro, lo que me permitirá constituirlo en mí como ser humano, como finalidad en sí mismo, como libertad.

En los otros está la clave del reconocimiento y del crecimiento de la unidad interna; llego a ellos a través del actuar. El otro no es simplemente la persona frente a mí, sino la esencia de libertad y de unidad que se abre paso a través de ella. La acción que reconoce esa esencia me comunica con la propia unidad. No es una acción aislada, sino una dirección que retroalimenta la conciencia y la “compromete” progresivamente. Cuando mi acción reconoce tu libertad, reconozco al mismo tiempo la mía. Esa interacción amplía la conciencia a lo largo de la vida. No es una acción puntual, sino procesal, que se perfecciona en el tiempo, depurando los ensueños, aumentando el compromiso con el ser humano. Se trata de un cambio progresivo a medida que aumenta la unidad interna.

objeto del respeto)... El fundamento de este principio es: *la naturaleza racional existe como fin en sí mismo*”. Véase Kant, I., *Fundamentación para una de la metafísica de las costumbres*, Madrid: Alianza Editorial, 2008.

En otras palabras, la acción válida, además de permitir el recuerdo y la acumulación de unidad, despierta la mirada interna. Esto se produce por el esfuerzo de reconocer al otro más allá de mi ensueño y por comprometer mi acción por su libertad y felicidad. Este acto que nos permite tomar conciencia del otro es el acto moral, pero no en el sentido del deber, sino en el sentido de la restauración de la libertad, al reconocerla en el otro a través de mi acción³.

Un acto moral no es simplemente un acto de caridad o de solidaridad, porque estos pueden no constituir necesariamente un reconocimiento del otro. Muchas veces pueden significar sumergirlo en un determinismo social, o considerarlo un medio para satisfacer el ensueño personal de la propia generosidad. En cualquier caso, la identificación con el sufrimiento de los demás es un punto de partida de la acción válida, pero no quedará allí: me involucraré e iré creciendo en comprensión, en unidad y en la calidad y complejidad de las tareas hacia el mundo.

La acción moral no tiene como destino colaborar con los ensueños del otro. Se trata de una forma de actuar en que de algún modo se desplaza mi yo, deja de ser lo importante en la relación. Este tipo de acciones muchas veces no se sienten propias, ni

³ Encontramos esos momentos de libertad en la conciencia del otro, en los momentos en que tomo conciencia del otro como otro. El otro me provoca una desestabilización, y no es una respuesta mecánica la que logra mi equilibrio. Es la libertad del otro la que se ha introducido en mí y provoca el momento de libertad. El otro es mi blanco de libertad y, en la medida que lo humanizo, lanzo actos hacia él, actos de liberación, también me libero. El otro en mí no es una representación más de tantas que la conciencia genera para movilizar el cuerpo hacia el mundo. Es una representación desequilibrante, está envuelta en la sustancia de libertad y su dinámica es de algún modo impredecible. La naturalización de esa representación del otro es un truco que hace la conciencia, pero en cuanto el otro expresa su imprevisibilidad, su libertad, el intento de naturalizar al otro fracasa. El otro me habla, me pide cosas, me exige, entra en mí, su presencia irrumpe en mi representación, pero no pasivamente, sino que la altera, la mueve. Al entrar en mi espacio de representación, mueve las cargas y obliga a respuestas, mueve en mí todo tipo de contenidos desequilibrantes, de algún modo soy invadido, alterado por su particularidad del representar que modifica mi particularidad. Al intentar fijar la representación del otro, esta se mueve con imprevisibilidad generándonos un momento de libertad. Esto es muy importante ya que, entonces, son los otros los que nos proveen del momento de libertad. Si bien anteriormente rescatamos el momento de libertad por presiones máximas de contenidos que se anulan y por el fracaso de las ilusiones, son los otros los que están constantemente dentro de mí provocando el momento de libertad. Entonces, el reconocimiento del otro como otro, como libertad, independiente de mí, provoca un momento de libertad. Pero, a su vez, el otro tiene de mí una representación, representación que tampoco podrá fijar en su conciencia porque se moverá con imprevisibilidad, pudiendo también yo ser para el otro constituyente de su momento de libertad. Descubrimos así al otro como un constituyente fundamental de la existencia y, en ese otro, la posibilidad del acto moral desde la libertad y hacia la libertad. Ergas, D., *Investigación sobre la conciencia moral*, Centro de Estudios Parque Punta de Vacas, diciembre 2010. Véase la versión electrónica en http://200.55.58.50/Producciones/Dario_Ergas/Investigacion_sobre_la_conciencia_moral.pdf

sus efectos como causados por uno. Esto las hace difíciles de rescatar desde la memoria. Si me pregunto por mis acciones válidas, el esfuerzo por reconocer alguna es notorio y, cuando creo haberla encontrado, quedo con la duda de cuánta fue su valía. Se trata de gestos o acciones que desbloquean el fluir del sentido interrumpido por el devenir. A veces, la desconfianza merma el afecto; a veces, querer controlar raspa la dignidad del otro; a veces, al obrar desconozco la igualdad de lo diferente; entonces la violencia surge en mí, al principio de modo sutil, luego como discriminación, tal vez como autoridad o un tipo de superioridad, y finalmente, lo constituyo como enemigo. La acción válida, el correcto obrar, restituye las valoraciones humanas distorsionadas por las presiones diarias. El gesto o la acción tienden al restablecimiento de la unidad perdida en uno y abren posibilidades al otro, sin generar deudas, ni condiciones, ni dependencia.

Lo humano es un proceso de liberación

En lo cotidiano, el yo está pegado a la piel, siento a mi existencia como una individualidad, y los otros son una casualidad con la que convivo. Los ensueños se me imponen y, para alcanzarlos, aumenta mi contradicción. Al tomar conciencia del otro como “otro”, la mirada se internaliza, la acción toma el camino de un compromiso con su liberación, y esa acción hace crecer la unidad interna. El acto moral no solo modifica al medio, sino que me cambia a mí mismo; en el crecimiento de la unidad se amplía la conciencia, y se insinúa el ser humano del futuro trayéndolo al hoy de la humanidad.

Al internalizar la mirada, cuando me ubico en estos lugares esenciales de la mente, en la experiencia de la unidad que habita en mí, me encuentro con zonas de la conciencia que se expresan a través del silencio, la quietud, de una calma muy grande. Pero, al dirigirla en dirección opuesta, hacia afuera, hacia el mundo externo, ese mundo que identifico como el “mundo de los otros”, allí todo está en movimiento, cambiando, nada está quieto, nada es igual y todo es diverso y multiplicativo.

Entre la unidad y la diversidad, entre lo uno y lo múltiple, entre la quietud y el movimiento, está la dirección de la mirada que se dirige hacia la interioridad o hacia la exterioridad. He aquí una paradoja: la “exterioridad” es el mundo donde se expresa la interioridad de los otros. No es un mundo natural, es esencialmente subjetivo, es la expresión de la interioridad humana, es un mundo creado y, por sobre todo, humano.

Estamos tratando con una sustancia inasible, es en sí, pero es impulso hacia fuera de sí. Lo humano es la unidad, pero también el proceso hacia la unidad; es libertad, pero también el camino hacia la libertad; es lo que es, y también el sentido para llegar a ser. Lo humano es el puente entre el ser y el sentido, el ser y el impulso hacia el ser.

Cualquier definición quedará chica para comprender lo que realmente somos. Si trato de enmarcarte dentro de una categoría, te escaparás de ella. Si te fuerzo para mantenerte en mi esquema, dirás que te violento. El ser humano es el ser que busca ser consciente de lo que es, se busca a sí mismo y está siempre en cambio hacia sí. Un ser siempre en cambio, en busca de sí mismo, es muy difícil de apresar, superará todo concepto que lo quiera envolver.

Esta paradoja del ser humano, que al comprenderlo en su interioridad se expresa como eternidad, y al dirigir la mirada hacia el mundo lo experimento como temporalidad, lo constituye como proceso, una realización en el tiempo: historia humana.

El impulso de la historia es el mismo impulso humano hacia la libertad y la unidad, hacia la realización de la sociedad plenamente humana. La historia es un proceso de humanización, de liberación y de encuentro de lo humano consigo mismo.

Tercera Parte

EL PROYECTO HUMANO

En este gran fracaso de la humanidad, la época llega a su fin. El ser humano, el verdadero, el que cabalga en lomos de la libertad, se agita en el interior. Una fuerza y un susurro anuncian su galope en la quietud de la mente. Es el canto del tiempo que está por venir, el corazón se abre para recibirlo.

El jinete ha levantado vuelo en su caballo alado y va en busca de sí mismo. Se enfrentó a sus amos y supo que no tenía amarras. Siempre construyó su historia y hoy, en el encuentro de todas ellas, por primera vez lo sabe.

Tiene a la mano todo el conocimiento de sus antiguos dioses, y como ellos, para crear y para destruir. Está tomando contacto con el fuego sagrado y muy pronto verá el fénix renacer.

¿Qué depara este amanecer del sentido?

¿Podrá su luz disipar la sombra?

El futuro nos está encontrando. Toma la forma del más osado proyecto.

La chispa de la existencia alumbra el camino hacia la sociedad universal, de todos y para todos, diversa y convergente.

Capítulo I

La acción revolucionaria

La caída de las civilizaciones. Lo humano como expresión de la libertad. La intervención intencional en la historia. La acción revolucionaria es simultánea.

La caída de las civilizaciones

La historia que me interesa es la evolución del ser humano, el desarrollo de la conciencia que vence sus condicionamientos para conquistar la libertad. Siento cualquier restricción como dolor físico y sufrimiento mental. No solo nos tenemos que enfrentar a las necesidades materiales de sobrevivencia, sino a las espirituales que nos impone la propia muerte al cerrarnos el futuro. Esa lucha por superar el sufrimiento y la muerte, por saltar sobre todo límite espacial y temporal, va constituyendo lo humano.

Para responder a estas necesidades, los seres humanos se han agrupado en tribus, pueblos, ciudades y, finalmente, en civilizaciones. Estas últimas se gestaron, desarrollaron, llegaron a su etapa imperial y luego decayeron, dando paso a otras que también hicieron su ensayo para alcanzar la felicidad y plenitud.

En el origen de una civilización reconocemos la manifestación de una experiencia fundamental que inspira a algún pueblo, y desde él surge el proceso civilizatorio. Las figuras de Zoroastro, Lao-Tsé, Sócrates, Buda, Moisés, Viracocha, Jesús, Mahoma y otras más no son una casualidad, es en quienes se manifiesta una experiencia trascendente que inicia una nueva etapa. Esa experiencia inspira el arte, la ciencia, la economía, la religión y la organización política, probando respuestas que liberen al ser humano del sufrimiento y la muerte⁴.

⁴ La hipótesis que comparto es que los fundamentos de una civilización no son su modo de producción, sus instituciones, su arte o su técnica, ni siquiera su religión, sino la estructura de un sistema de creencias que se forja durante la disolución de las certezas de la cultura predecesora. En otras palabras, al morir un mundo (un sistema de creencias), deja el espacio para el nacimiento de otro. Pero un sistema de creencias no se moldea

Cuando la civilización alcanza su máxima capacidad de humanización inicia su decadencia, en un proceso de concentración de poder y desestructuración social hasta su desintegración, dando espacio para el surgimiento de nuevos y diferentes intentos.

La situación actual es la decadencia de todas las civilizaciones que ocupan el centro social. Trátese de Occidente, de Oriente, del Islam o el hinduismo, todas ellas parecen agotadas, en proceso de concentración de poder, corrompidas por el dinero, alejadas de una experiencia trascendente, con sus creencias externalizadas y manipuladas por los aparatos de poder. El ser humano ha sido degradado a su capacidad de consumo y cualquier necesidad es transformada en un negocio. Se trata de la deshumanización creciente y mundial propia del fin de una era.

La tecnología nuclear supone la imposibilidad de cualquier confrontación seria entre ellas, ya que se arriesga la humanidad completa. Los poderes que dominan el escenario no parecen estar conscientes del peligro y sus respuestas continúan siendo el armamentismo, la represión, la matonería, la manipulación psicológica y, en general, la restricción de la libertad y los derechos.

Mientras el poder se concentra, los vínculos en la base social se desintegran, se desvaloran las relaciones humanas, distintos grupos sociales desbordan con violencia, y en el individuo aumenta el nihilismo o la desesperación.

La organización mundial se conforma en comités de países poderosos que deciden el destino de los demás, y entre ellos se muestran los dientes para empatar y conservar su situación.

Si bien Occidente no ha alcanzado a conformar un imperio mundial, de todas maneras su ideología del dinero ha penetrado las otras culturas uniformando o

desde la razón, sino desde una experiencia totalizadora, desde la revelación de una verdad que renueva el espíritu y la razón. Una revelación de tal envergadura impulsa el intento y la creatividad humana durante las siguientes centurias. Es durante la edad del “alma desilusionada”, como la llamara Ortega y Gasset (1930), en que se deja de creer en lo que se creía, y la conciencia pierde referencias disponiéndose a que algo emerja de ella. Las civilizaciones, cuando detienen su crecimiento, conforman un Estado universal, como nos enseña Arnold Toynbee (1955). Ese nuevo orden imperial le da un tiempo de sobrevida extra, pero denota de todos modos su detenimiento: la creatividad de las minorías dinámicas se pierde, y estas se convierten en minorías dominantes. En ese estado del alma crece la superstición, la magia, se hacen presentes numerosas corrientes místicas, y muchas personalidades son cargadas de atributos especiales, capaces de dotar de sentido al individuo perdido de sí mismo, prisionero del miedo a vivir y a morir. Este magma religioso es el ambiente en que surgen estos genios espirituales, capaces de sintetizar su época y proveer el camino para una nueva revelación del ser.

corrompiendo sus creencias y sus instituciones. Independientemente de la religión o la ideología de las civilizaciones que ocupan hoy el escenario mundial, sin importar si su ventaja respecto a las otras se debe al poder económico o político o al poder militar o religioso, todas ellas restringen del mismo modo la libertad y ejercen violencia contra el ser humano deshumanizándolo⁵.

Lo humano como expresión de la libertad

A uno le pareciera que los cambios son producidos por los poderosos, o por fuerzas mecánicas, o producto de la caída de asteroides, y para responder a esos estímulos, el ser humano se organiza por respuesta refleja. La acción y reacción no parece ser un argumento convincente para llegar a la luna y cruzar las galaxias. Se suele pensar que por “accidente” hacemos descubrimientos tecnológicos que nos permiten avanzar sobre la naturaleza. Es difícil imaginarnos como seres intencionales, que hacemos las cosas porque sí, porque nos gusta, porque tenemos algo adentro y lo queremos sacar de nosotros para compartirlo, para que lo aprecien otros⁶.

Contamos con una intención arraigada en la interioridad que se expresa hacia el mundo a través de la conciencia y del cuerpo. Gracias al cuerpo la intención se abre paso hacia el mundo, pero este al mismo tiempo limita sus posibilidades, quedando , prisionera en los determinismos espaciales y temporales propios del mundo físico. La intención humana estira las limitaciones a las que está sometida, inventando instrumentos que amplíen las posibilidades corporales aumentando sus capacidades. prolongando los años de vida, ganando terreno sobre lo natural.

⁵ Daría para un completo ensayo descubrir cuál es la creencia esencial en Occidente que fundamenta su civilización. Quizás no se trata de su religión, como podríamos suponer, sino justamente de su materialismo. La resurrección de los cuerpos en el final de los tiempos es una muestra más del privilegio de lo concreto. Esa desacralización, si bien nos ha condenado al sinsentido, por otra parte nos ha hecho conquistar lo natural como no hubiéramos imaginado nunca. Esa materialización del espíritu ha penetrado el resto de las civilizaciones vivas, quizás sincronizando a todas en la mundialización del sinsentido.

⁶ Ortega y Gasset discute la tesis de Toynbee del origen de las civilizaciones como respuesta a un desafío del entorno. Analizando el concepto de “reto y respuesta” dice: “Toynbee debió llevarle a construir una nueva categoría según la cual un pueblo se fija un determinado terruño no porque le rete, sino porque le gusta... No determina el terruño propiamente la historia. Hay un factor que podríamos llamar ‘la inspiración histórica del pueblo’, que no puede explicarse zoológicamente... Hay que acabar por reconocer una afinidad entre el alma de un pueblo y el estilo de su paisaje. Por eso, se fija él en este: porque le gusta”. Véase Ortega y Gasset, J., *Una interpretación de la Historia Universal* (Ortega y Gasset, Alianza Editorial, 1989)

No es comer o sobrevivir lo que le interesa al ser humano, sino que nada pueda detenerlo, ni siquiera la muerte. El modo de ganar en libertad es saliendo de sí mismo hacia el mundo. Para ello, externalizó el lenguaje y aumentó sus posibilidades como sociedad. La memoria se expresó en pintura, escultura, escritura, arquitectura y se convirtió en historia; así fue más allá de su tiempo vital proyectándose en sucesivas generaciones. Ningún animal hace esto. No vale la teoría de la evolución de las especies para este ser que traslada su ser afuera de su mundo, mejora sus sentidos, eterniza su memoria⁷ y perfecciona el propio psiquismo, como lo vemos en los avances de la filosofía, la psicología y las místicas. Este impulso no parece producto de una mecánica evolutiva.

Lo humano es una intención lanzada hacia el futuro y todo el transcurrir es grabado en la memoria que es el tiempo pretérito. Todo es futuro, querido o incierto, abierto hasta el infinito o cerrado por el rigor de la muerte. La memoria es un acumulador del tiempo y el impulso humano la exteriorizó. Por medio de códigos, signos y símbolos logró sacarla de la interioridad para convertirla en memoria social y memoria histórica. La historia no es un libro, es más que el relato de los hechos, está codificada en cualquier objeto presente. El conocimiento de cómo se produce el lápiz, la taza o la ventana, nos remonta a los orígenes mismos del ser humano.

Un ser que traslada contenidos internos al mundo externo, que lo modifica y se modifica a sí mismo, acumulando experiencia a través de generaciones, ¡no es puramente un sistema químico o biológico! Lo humano no es simple desarrollo de la vida, no es un mono mejorado. Nunca nos asombramos lo suficiente de comprender este principio inusual de lo existente. En muchas concepciones se considera que está constituido de materia y de un soplo divino, es decir, de un soplo de libertad pura, empujando lo orgánico como el viento a un navío.

⁷ Plasma su conocimiento para futuras generaciones, desde las tablillas de barro cocido hasta los terabytes de la nanotecnología.

Lo humano no es el cuerpo en que habita, más bien utiliza ese cuerpo para su propósito⁸. No son las condiciones de la vida lo que impulsa lo humano. Inversamente, esta potencia requiere a la vida para manifestarse. El mundo le impone condiciones que va superando para hacer crecer sus posibilidades infinitas, para ser en el mundo con plenitud⁹.

Este impulso hacia el mundo, saltando por sobre los condicionamientos de la objetividad, es la intencionalidad, virtud exclusiva del ser humano. La intencionalidad es una dirección que utiliza al cuerpo, amplía sus facultades para salir fuera de él y completarse en el tiempo y el espacio.

El proceso histórico es la superación de las limitaciones temporales y espaciales que se experimentan en el cuerpo como dolor y sufrimiento y se expresan como violencia¹⁰. En este proceso, grupos humanos han acumulado poder para dominar al resto, creyendo con ello lograr la felicidad. Este conflicto ha enfrentado al ser humano que, habiendo dominado la naturaleza, no ha podido dominarse a sí mismo, y necesita encontrar un sistema social que lo dignifique y le permita continuar su crecimiento.

Los grupos que se han apropiado del poder, es decir, de la voluntad de los conjuntos, no son los agentes de cambio. Ellos modifican el mundo solo para aumentar su poder, o sea, disminuir la libertad de otros y aumentar la propia. Cuando un poder lucha con otro tampoco es síntoma de transformaciones, simplemente es el reemplazo de una forma de dominación y no la distribución equitativa del poder para todo ser humano. Todo poder se concentra y a través de la violencia controla la libertad humana.

Desde hace siglos, algunos han querido producir revoluciones que modifiquen las condiciones de sufrimiento social. A pesar de los fracasos sucesivos, incluso de las monstruosidades que han surgido a raíz de esos intentos, continúa el esfuerzo para

⁸ En la primera y segunda parte de este estudio, se deja entrever al propósito como una dirección lanzada desde la profundidad humana hacia la realización de la trascendencia y la libertad. Una dirección lanzada hacia el mundo externo en busca de sí misma. El propósito es un impulso hacia la inmortalidad que lo lleva fuera de su mundo y, al mismo tiempo, hacia el interior cada vez más íntimo de sí mismo.

⁹ Estoy invirtiendo el punto de vista racional en que lo humano es producto de la evolución de la vida, y expresando que la vida es una necesidad de ese impulso para expresarse fuera de sí.

¹⁰ Sobre la dirección del proceso histórico véase Rodríguez, M. (Silo), "Discusiones historiográficas", en *Contribuciones al Pensamiento*, México: Editorial Plaza y Valdés, 1990.

avanzar hacia lo indeterminado. Los ensayos fallidos están ligados a concepciones insuficientes de lo humano, a nuestra creencia de que la historia está sujeta a un tipo de ley maquinal o divina, o de vernos como un reflejo del mundo objetivo o, por último, por considerarnos como seres ya completados, que pueden estudiarse desde un trasfondo zoológico.

Creo que hemos buscado una revolución desde premisas incorrectas: quisimos revoluciones humanistas desde concepciones mecanicistas. Quisimos apresar lo humano por la razón, y este se escapó en el irracionalismo; quisimos empequeñecerlo acusándolo de ser manejado por sus instintos, y ahora se libera hacia un sentido que lo trascienda. Somos lo que somos, seres que se alejaron de la mecánica de lo natural para convertirse en intencionales e históricos, que se trasforman a sí mismos y al mundo por propia decisión.

La intervención intencional en la historia

¿Qué tipo de revolución necesitamos? ¿Sería posible elaborar un plan para llevarla a cabo? Porque los poderes se debilitan, chocan entre ellos, las cosas no son estáticas, podría haber oportunidad si una conciencia lúcida diseñara un plan para un cambio humano y social de envergadura. Si se trata, como creo, del fin de una época, también las creencias se debilitarán y otras tomarán su lugar. La peligrosidad del mundo actual acicatea la inventiva para encontrar una salida. Este ser impulsado a completarse fuera de sí, que necesita elevarse sobre su sufrimiento y su violencia actual, ¿será capaz de diseñar una salida si se le cerraran todos sus caminos? Si lo que sucede no solo es el fin de una época, sino el detenimiento definitivo de las civilizaciones que alcanzaron este momento histórico, ¿será posible pensar en las condiciones de origen de una cultura mundial que proyecte al ser humano más allá del que hasta ahora ha sido?

Si fuera cierta la tesis del fin de las civilizaciones vivientes, tendría que surgir un proyecto con la potencia suficiente como para enraizar en las generaciones venideras. Un proyecto que requiera la participación de todos y permita el cambio personal

mientras se construye el mundo por venir. Ese proyecto tendría que sentirse necesario, factible y con sentido. Ser capaz de avivar la energía interior para vencer todas las dificultades. Un proyecto trascendente que responda a su vez a la propia búsqueda de trascendencia.

Proyectar un gran cambio tiene la dificultad de que pocos logran imaginarlo. Cualquier éxito parcial se confunde con el objetivo y, tratando de conservar ese triunfo, se regresa a la situación anterior¹¹. La otra dificultad es cuando lo que se proyecta no es querido por los conjuntos; no experimentan la urgencia de cambios tan importantes y les basta una mejora coyuntural. Es decir, planificamos una transformación que no interesa a la gente ni a la época¹². Estos comportamientos hacen pensar que una revolución de envergadura no podría ser súbita, sino concebida como proceso en espiral ascendente.

Quizás se pueda introducir un elemento intencional en la dirección de la historia a partir de pequeños grupos humanos capaces de producir en ellos mismos un cambio cualitativo, es decir, lograr una conciencia lúcida, apta para reconocer la unidad interior y proyectar un trato humanizado entre las personas. Esas comunidades podrían influir para iniciar un mejoramiento social, desde un comportamiento moral ejemplar. Si existieran dichas comunidades, y concibieran un proyecto de este tenor, tendrían que aportar los conocimientos de su esfuerzo, tal vez traducidos como procedimientos útiles para el encuentro entre las culturas, entre la gente y de cada cual consigo mismo¹³.

¹¹ El mareo que produce el éxito, llamado “virus de altura”, es comprobable no solo a nivel individual, sino también en el conjunto social. Véase Chambeaux, J., *El virus de altura. Ideas y pensamientos de Laura Rodríguez*, Santiago: Editorial CESOC, 1993.

¹² Esta dificultad ha llevado a las minorías revolucionarias a acelerar los cambios forzando situaciones. Esto aborta la posibilidad de transformación social, pero también a nivel personal se retrocede y prima el dominio de unos seres humanos sobre otros.

¹³ Planificar un cambio intencional, desafiando toda mecánica histórica, convierte al propio ser humano en el dueño de su destino. Si en el desarrollo del plan surgiera una conciencia despierta y no violenta, además de ser un indicador de que se va por buen camino, tendría que ingeniárselas para no ser detectada y aplastada de un pisotón por la conciencia violenta, encarnada en grupos de poder que temerán por su extinción. Al mismo tiempo, habría que dejar referencias de su existencia en el paisaje social, para ser reconocida en momentos de gran necesidad en el futuro. Esas señales insinuando la posibilidad de otro tipo de ser humano tendrían que trascender a las siguientes generaciones para dar continuidad al plan diseñado.

Si es posible un gran cambio, requiere ser acompañado de una ampliación de la conciencia, del despertar de la mirada interna al tomar contacto con un centro diferente al yo, alejando la ilusión de la muerte.

Esta aproximación al cambio, tanto en lo personal como en la organización social, es el germen de una creencia que podría dar orientación en una época de peligroso conflicto y desesperanza. Si llegó el momento de la caída de las civilizaciones modernas, hijas de las antiguas, no podremos apelar a una deidad externa que ya cumplió su tiempo, ni a una elite poderosa que ordena el mundo por medio de la violencia. El cambio simultáneo en la conciencia y en la configuración social se yergue como creencia constructora del futuro.

La acción revolucionaria es simultánea

El cambio humano y social siempre ha succionado las búsquedas de muchos. Una rebeldía acompaña la vida y no se acomoda ante la violencia y la injusticia. Alguna vez creí que bastaba con renovar las estructuras sociopolíticas, pero observé cómo las nuevas formas organizativas se volvían contra el principio que las puso en pie. Tal vez la debilidad moral de los ocupantes de esos centros de poder hacía que las cosas fallaran. Pero aun si llegaban allí personas de probada consecuencia, esas estructuras siempre se ponían por sobre la gente a la que debían servir. Era necesario un cambio interno pero, si me abocaba a ello, postergaba la transformación de las condiciones sociales de sufrimiento. Silo nos propuso una revolución total, la transformación de nosotros mismos a medida que construíamos el nuevo modelo de relaciones.

La creencia de que bastaba una modificación en el medio externo, en el mundo objetivo, para que esa circunstancia modificara el medio interno, me hizo perder bastante tiempo. Aunque no lo formulara de ese modo tan brusco, en el trasfondo de mi acción revolucionaria estaba operando ese supuesto, arrastrado desde los movimientos izquierdistas de mi paisaje de formación. La idea de que la conciencia es reflejo de condiciones objetivas, y que al modificarse cambian también los individuos, fracasó hace mucho, pero su inercia operó en mí bastante tiempo después.

El proyecto revolucionario debía basarse en una acción tal que mientras transformaba al mundo, al mismo tiempo tuviera la aptitud de transformarme a mí mismo. Dicha acción tampoco debía poner en contradicción la meta a alcanzar con la situación de vida personal, y cada paso tendría que estar en congruencia con el objetivo deseado. Es decir la acción revolucionaria tendría que mudar la propia situación personal al tiempo que intentaba la modificación de estructuras. No es posible realizar cambios verdaderos de cualquier manera. El cambio simultáneo del individuo y la sociedad es imposible desde la violencia. El tipo de acción para el cambio simultáneo es la no violencia activa¹⁴. La revolución total consiste en la renuncia a la violencia como método de lucha y el fortalecimiento de la acción transformadora simultánea; se trata de crear conciencia social y remover las raíces de lo que genera violencia en la sociedad y el individuo. De este modo, las minorías dinámicas que impulsan los cambios pueden entrar en resonancia con los grandes conjuntos para producirlos paso a paso pero en la dirección correcta. Si no son queridos por los pueblos, los cambios no llegarán; puede faltar tiempo de maduración a la población, o cualidad a los grupos que lo intentan. Los cambios los hace la gente cuando ellas así lo quieren. Si esto no se respeta se forzarán y quedaremos atrapados en el círculo de la violencia.

La lucha no violenta genera el ámbito adecuado para el aprendizaje de la acción válida que me transforma a mí mismo mientras actúo. Tiene la aptitud de hacer crecer la unidad interna a medida que amplío la influencia en el medio. La acción válida es una dirección que exige cada vez mayor convergencia, mayor compromiso y reflexión; configura un estilo de vida que privilegia la coherencia entre lo que se piensa, se dice y se hace, y en dar al otro el mismo trato que se quiere recibir ¡por sobre cualquier táctica política! Es la esencia de la revolución y su posibilidad de cambio real. El correlato personal de las acciones valiosas es el crecimiento de una libertad interna

¹⁴ Mucho se discute sobre la eficacia de la no violencia, o el derecho a la autodefensa frente a la agresión. Lo que quiero destacar es que, independientemente de la eficacia o el derecho a la autodefensa, la utilización de la violencia no genera cambios de fondo. Solo cambia el sujeto que la ejerce. Y no nos engañemos considerando a las democracias occidentales como una dirección hacia la paz. En ellas, la violencia económica no ha dado señales de disminuir, y en cualquier momento cambian de signo si un poder económico se siente amenazado.

que se acuña como el mayor tesoro: la cuido no solo en mí, también en quienes me rodean, y una paradójica dependencia al respeto por la autonomía ajena me une a mis semejantes. Si mi acción coloca lo personal, o la causa, o un principio “superior” por sobre las personas, no solo me alejo del cambio al que aspiro, además, mi comportamiento se vuelve agresivo, soberbio, y hago lo contrario de lo buscado. Esta reflexión sobre la propia acción me transforma.

La conciencia individual no está aislada ni puede desarrollarse con independencia del mundo circundante. No puedo abstraerme de la humanidad de la que formo parte, ni de la gente con la que convivo.

Mi imaginación está limitada por supuestos que impone la época y por la cultura en la que navego; estoy inmerso en una situación personal. A los que están conmigo les pasa lo mismo. Estamos enmarcados por antepredicativos del momento histórico. Vivo además una situación de discriminación o injusticia que me condiciona, sea porque la sufro, sea porque la aplico. No soy una cosa y la situación otra, soy una estructura con ella. Lo que me circunda, fundamentalmente, son los seres humanos. Se trata de una situación humana, soy una estructura con los otros. Tú y yo, lector y escritor.

No sólo lo social, tampoco la ampliación de la conciencia es un proyecto individual: a poco andar me doy cuenta de nuestra dependencia. Es en definitiva, es el reconocimiento de la humanidad del otro lo que produce la ampliación de la conciencia y el crecimiento personal; el proyecto de construir una sociedad libertaria y la ampliación de la conciencia humana, conduce al compromiso de superar el sufrimiento en mí, en quienes me rodean, en la sociedad y en la humanidad. Una revolución simultánea en lo humano y en lo social no puede realizarse si se lo plantea postergando uno de esos factores. De proponerlo así, el desarrollo del término que se elija —conciencia o mundo— avanzará un poco y luego retrocederá equilibrándose con el término que se deje postergado.

Hacia la gente está dirigida la intencionalidad y se encuentra con la libertad de otros. Puedo ampliar tu libertad o restringirla. Si la niego quedo encadenado a la

violencia. Dependemos unos de otros. Mi sufrimiento está ligado al conjunto que me rodea y mi propia liberación a la de los demás. La conciencia que se amplía se reconoce a sí misma y al otro, rompe su aislamiento y se comunica con el ser humano.

Sorpresivamente corriendo detrás de la libertad la encontramos dependiente de los otros. Estoy en una situación junto con los demás, y mis posibilidades se limitan como individuo y se potencian como conjunto. La conciencia requiere de las mejores condiciones sociales y humanas para continuar su evolución.

Este proyecto no puede surgir como reacción a un sistema. Viene del espíritu libertario que se abre paso como un volcán dormido durante milenios. Es la experiencia de la unidad, de todos, que lo devela; soy algo más que conciencia y situación. Este yo cotidiano es solo un modo de mí: convivo con un ser en mi interior que, al presentarse, enciende la vida. Una espiritualidad remece los viejos andamios, nutre mis sueños y me lanza al futuro.

Capítulo II

La primera civilización planetaria

El encuentro de las culturas. Un nuevo descubrimiento: El ser humano. La revolución del vacío. La nación humana universal.

El encuentro de las culturas

Millones de personas se trasladan a diario de un continente a otro. Todos los días ocurren migraciones masivas por motivos económicos o políticos. Una verdadera coctelera cultural está agitando la Tierra. Distintos grupos étnicos se encuentran y quieren mantener sus creencias, costumbres, vestimentas, su identidad. Los países ponen barreras que son traspasadas por cientos de miles de inmigrantes todos los días. Los recién llegados se comunican y envían dinero a los lugares de origen, habitan los mismos barrios que sus coterráneos, pero el encuentro y la mezcla avanza con velocidad.

Muchas culturas, aparentemente asimiladas por las nacionalidades mestizas, resurgen exigiendo sus derechos ancestrales. Pueblos invadidos y masacrados por otros, a siglos de distancia, reclaman justicia por los exterminios realizados contra ellos. Grupos independentistas quieren desprender sus naciones del Estado que las somete. El amor al propio pueblo, a las tradiciones, a la fe de los antepasados, parece revivir a medida que el mundo está más comunicado.

La conciencia de la multiculturalidad va cubriendo el planeta mientras, simultáneamente, crece el temor a la asimilación de la propia cultura. Los fundamentalismos reaccionan a la pérdida de identidad incitando a la violencia, a veces extrema, para aislar lo diferente. Las creencias de cada cultura sufren el embate de las otras, se enriquecen, se comparan, se relativizan.

En esta situación, parecen estar agotadas las respuestas a la necesidad de sentido. Regiones emergentes como América Latina pueden lograr fuerza económica y

militar en el juego de la concentración de poderes, pero ¿de dónde obtiene un sistema de creencias culturales con el vigor necesario para iniciar un ciclo civilizatorio?

La crisis de las culturas significa que sus verdades ya no dan respuestas a las necesidades que nos agobian en este momento de la historia. El mundo cambió, nos mundializamos, y nuestras antiguas certezas no son útiles para lo que está por venir. No son la tierra firme donde pisamos. Esta situación desestabiliza y desorienta. Todo cambio requiere de un remezón en las creencias para hacer temblar las instituciones; parecían entidades perennes, y ahora se vacían y se desmoronan junto a la fe que las sostiene. Basta pensar en los Estados, las Iglesias o los bancos y, a diferencia de hace pocos años atrás, ya no se cree que durarán para siempre.

Al tiempo que se afirma la identidad y lo diferente, en este magma cultural está revelándose, por contraste, lo común y lo universal. Ese algo común que va decantando en esta confusión de la historia puede convertirse en la verdad central de una futura civilización planetaria.

Lo común de cada cultura es el ser humano. En todas ellas ha habido momentos en que el desarrollo, la libertad, la tolerancia y la no violencia fueron valores primarios. El reconocimiento de esos momentos humanistas puede gestar una cultura universal. El reconocimiento de lo humano como significado común y como valor máximo es lo que puede proyectarse hacia una cultura mundial. Lo universal no es sinónimo de uniformidad, lo universal es un continente en que caben todas las diferencias, en que la propia identidad puede convivir con otras y converger en la libertad y los derechos humanos.

Esta universalización cultural está ya sucediendo en los vínculos de la misma gente que se reconoce en la diferencia. Las élites no pueden controlar eso y tratan de adaptarse a la nueva situación existencial y al paisaje multicolor en el que conviven los pueblos. En ese encuentro de civilizaciones, en el contacto directo de las actividades cotidianas, en ese intento de adquirir identidad acentuando las diferencias, está ocurriendo también la experiencia de lo común. Mientras te observo y acentúo las diferencias, tu dios tan distinto al mío, tu color de piel, tus costumbres que no podría

seguir jamás, va decantando aquello en lo que nos parecemos y aquello en lo que somos iguales.

El reconocimiento de lo humano es siempre conmovedor; no es una experiencia sensorial, es una experiencia profunda. El otro es como yo, tan distinto pero igual como yo. Lo humano contrasta en el fondo de las diferencias y, de pronto, sobresale y te descubro, la emoción me embarga y la comunicación nos acoge. El encuentro civilizatorio pasa en las calles, en el comercio, en la construcción, en los colegios, allí está sucediendo el reconocimiento de lo humano como lo común. En el diario vivir acontece la experiencia mística de la unidad.

Un nuevo descubrimiento: El ser humano

Las verdades que definen una época producen transformaciones en la sociedad y, en un segundo momento, esa sociedad transformada entra en choque con esas mismas premisas que impulsaron su cambio. Las certezas de la época provocan los cambios, pero luego quedan obsoletas en el mismo mundo que ellas levantaron. Allí comienza la crisis de las creencias o del sentido común: nos damos cuenta que lo evidente y obvio no era tal, era válido solo en ciertas circunstancias.

Estamos en la época de la mundialización, y las bases que la sustentan son comunes a todas las culturas. Ni Dios, ni el Estado, ni el dinero resuelven hoy la crisis existencial y de sentido. En otras épocas, grandes conjuntos se movían por uno de esos absolutos. La vida cobraba sentido detrás de ellos. Hoy han dejado de cumplir esa función, ha cambiado la época, está cambiando el mundo. La caída de estos viejos estandartes sucede primero en la conciencia, y luego se desarman las instituciones apoyadas en ellos.

Este desmoronamiento de las referencias de una época no es lineal, los viejos ídolos intentan renovarse y se presentan como propuestas remozadas (a veces enloquecidas) para recuperar la posición perdida. Quizás falten todavía etapas en que los ídolos del mundo que se va se nos impongan a sangre y fuego, pero eso no penetra el corazón humano, ni se posa en la profundidad mítica para impulsar el destino.

Algo está naciendo en el encuentro de la gente misma, como duda, como inquietud, como delicada e inconfesable certeza que se asienta cada vez más adentro, hasta lograr convertirse en la verdad del futuro.

El ser humano se ha ido descubriendo de a poco. Al principio, fue una cualidad muy preciada que solo poseían algunos y de la que otros carecían. Eso dio paso a la discriminación, que actúa hasta hoy negando los derechos del otro. Poco a poco se va aceptando que hay algo esencial en cada uno y lo tenemos que cuidar entre todos.¹⁵

Matamos millones de seres humanos en esta época que se va, demasiados millones para escribirlo sin vergüenza, y cada uno de los asesinados deja en nosotros la pesadumbre de haber dañado algo sagrado. La Declaración de los Derechos Humanos nace de allí, de la vergüenza de la humanidad por desconocer lo más importante: la vida humana y la libertad humana.

Quizás estén decantando los moldes del mundo que se avecina: lo humano por sobre todo otro valor. Ahora tenemos la máxima desde donde se puede hacer pie para iniciar un ciclo histórico inédito. La civilización mundial, por muy mundial que sea, comienza en la vida de cada cual, en la transformación concreta de las relaciones inmediatas, en el cambio de valores, aspiraciones e ideales, en la construcción de la vida impulsada por esta verdad.

¹⁵ “Pero luego del ‘descubrimiento’ de la ‘vida humana’ las cosas han cambiado... Y aquí debo disculparme por no desarrollar este punto, en razón de las limitaciones existentes para esta exposición. Sin embargo, quisiera mejorar un poco la sensación de extrañeza que se experimenta cuando se afirma que ‘la vida humana’ es de reciente descubrimiento y comprensión. En dos palabras: desde los primeros hombres hasta hoy, todos hemos sabido que vivimos y que somos humanos, todos hemos experimentado nuestra vida; sin embargo, es muy reciente en el campo de las ideas la comprensión de la *vida humana* con su estructura típica y sus características propias. Es como decir: los humanos siempre hemos vivido con códigos de ADN y ARN en nuestras células, pero hace muy poco tiempo que han sido descubiertos y comprendidos en su funcionamiento. Así las cosas, conceptos como intencionalidad, apertura, historicidad de la conciencia, intersubjetividad, horizonte, etc., son de reciente precisión en el campo de las ideas, y con ellos se ha dado cuenta de la estructura no de la vida en general, sino de la ‘vida humana’, resultando de todo esto una definición radicalmente diferente a la del ‘animal racional’. De este modo, por ejemplo, la vida animal, la vida natural, comienza en el momento de la concepción, pero ¿cuándo comienza la vida humana, si es por definición ‘ser en el mundo’, y este es apertura y medio social? O bien: ¿la conciencia es reflejo de condiciones naturales y ‘objetivas’ o es intencionalidad que configura y modifica a las condiciones dadas? O esto otro: ¿el ser humano está definitivamente terminado o es un ser capaz de modificarse y construirse a sí mismo no solamente en sentido histórico y social, sino en sentido biológico?”. Véase Rodríguez, M. (Silo), “El tema de Dios”, en *Habla Silo*, Santiago: Virtual Ediciones, 1996.

Para la violencia es muy fácil todavía apagar ese fuego que se enciende entre la gente. La discriminación es muy primitiva y le basta someter los cuerpos para enlentecer este avance espiritual. Pero la misma mundialización va aislando al discriminador, que no tendrá más que a él mismo para odiar.

El origen de una civilización mundial sucede en este instante, en este encuentro de la gente. No nace en un lugar geográfico, al amparo de una determinada creencia, sino en múltiples zonas, donde se concentran los pueblos y razas de toda la Tierra.

La revolución del vacío

La revolución francesa, rusa o americana, no son los modelos de la época que viene. Esas revoluciones, donde un grupo se apropia de un centro de poder y luego otros — nobles, burgueses, proletarios, burócratas o banqueros— lo desplazan, no son el modelo revolucionario de hoy. Hoy se comprende que el problema no es quién tenga el centro de poder, sino que exista un centro de poder. Por tanto, la lucha por ese botín, llámese Estado, sindicato, Iglesia, no tiene sentido. Tiene sentido la construcción de otro sistema de relaciones humanas, generador de nuevas instituciones que convivan con las viejas hasta que se vacíen definitivamente.

Precisar el momento histórico, y predecir más o menos el rumbo de los acontecimientos, puede ser importante para decidir las estrategias de acción. Aquí evalúo las posibilidades de un cambio humano, de orientarnos hacia un cambio en nuestra conciencia y en el sistema de relaciones sociales dejando atrás la violencia. Un cambio intencional, desde la libertad del individuo y hacia la ampliación de la libertad humana.

Hay muchos síntomas de estancamiento y decadencia en cada una de las civilizaciones que llegan hoy al escenario mundial. Todas ellas avanzan hacia un *statu quo*, ya que no podrá dominar una sobre las otras sin correr el riesgo de un retroceso

de todas. La mezcla cultural acelera una crisis de identidad que, a su vez, permite un reconocimiento de lo humano como elemento universal en cada una de ellas¹⁶.

Las revoluciones tradicionales suponen que los centros de poder deben ser ocupados por los grupos dinámicos de la sociedad para producir los cambios. Ello se lograría por el imperio de las mayorías o por la violencia. En rigor, siempre con ayuda de la violencia, ya que las mayorías utilizarían las mismas estructuras de poder vigentes, de por sí violentas. Este tipo de revoluciones siempre termina actuando en contra de los supuestos principios que la originan. Es decir, cambian a quien controla el poder, pero este sobrevive y se ejerce de un modo parecido.

Si vamos a ensayar una nueva sociedad, tendremos que intentar un tipo de revolución novedosa, y es claro que para ello se ha de renunciar a la utilización de la violencia. Eso implica la desconcentración y descentralización del poder en las propias bases de la organización revolucionaria. Este punto es conflictivo cuando se comienza a tener éxito y la dinámica de la acción lleva a los revolucionarios a acceder a las viejas estructuras de poder. Lo que suele suceder es que la generación que llega a los cargos del sistema considera que necesita permanecer en él para lograr lo que se había propuesto, y con ello desvía su lucha hacia la conservación del privilegio que adquirió.

La condición de origen del proceso revolucionario es muy importante. A esta altura de la experiencia histórica, quizás haya que reflexionar desde el comienzo en el segundo paso, lo que sucede cuando la dinámica de los hechos coloca a la generación en disputa en los mecanismos de decisión. Es por esto que el concepto de cambio personal simultáneo a las transformaciones sociales es relevante. La violencia no solo está en la estructura social, está también en la estructura mental y, si no se toma en cuenta esto, ese segundo paso no será posible. Si tenemos suerte no nos autodestruiremos, pero llegaremos a planetas a millones de años luz, del mismo modo que se conquistó África y América, esclavizando, asesinando y sometiendo.

¹⁶ De las cuatro civilizaciones vigentes que reconoce Toynbee —Occidente, Islam, Oriente, Hindú—, todas cuentan con tecnología militar nuclear, incluso el Islam, a través de Pakistán, suponiendo que Irán no la tenga aún. Este poder destructivo amenaza la humanidad como una espada de Damocles, dispuesta a cerrarnos el futuro en cualquier desliz de este peligroso momento. Sin embargo, apuesto al sentido de supervivencia ancestral que tienen las culturas que se disputan hoy el escenario histórico.

La revolución del vacío significa no perder el tiempo en revitalizar una institución moribunda, sino en establecer un sistema de relaciones que descentralice el poder. ¿Qué sentido tiene revitalizar algo en decadencia, o combatirlo para que caiga más rápido? Si estamos de acuerdo en que el escenario es un mundo en agonía, lo necesario es construir lo que ha de nacer. Al poner la mirada en esa construcción, tenderán a vaciarse los esquemas ya decadentes.

Hemos de construir el mundo querido en nuestro medio inmediato, en el centro donde estudiamos, en la empresa donde trabajamos, en el ambiente familiar en el que participamos, en el vecindario donde habitamos. Allí tienen que originarse las relaciones afectivas, laborales, comerciales, compañeras o de ayuda mutua. Desde allí puede nacer un modo de vida que no concentra y descentraliza. No confronta al sistema, pero poco a poco lo reemplaza. Lo que ha de suceder en este proceso es el crecimiento del valor de la vida humana y su libertad por sobre cualquier otra urgencia. Este modo revolucionario es probable que vaya reemplazando al sistema en decadencia, pero ¿qué pasará cuando tome conciencia de su éxito, cuando el viejo sistema no pueda controlar a una organización dispersa e inasible, cada vez más llena de gente? Es probable que la nueva forma organizativa vaya reemplazando la vieja institucionalidad en todas sus funciones.

Entonces, ¿convertirá esos centros de poder en múltiples coordinaciones descentralizadas, superando a los Estados nacionales en una forma mundial y federativa de diversidades? No lo creo. Por esta razón, veo necesario el surgimiento de una conciencia capaz de tomar contacto con su esencia trascendente, y que renueve no solo su organización social, sino también la comprensión de sí misma y de su espiritualidad.

La necesidad de cambio personal no puede quedar ajena de los grupos de base revolucionarios. Al tiempo que se organizan para crear un sistema de relaciones y dar respuestas a la inoperatividad del viejo esquema, han de reflexionar sobre la vida, la muerte, el sentido y su propio cambio. El enriquecimiento de este diálogo, gracias a la mezcla cultural que se está produciendo en las grandes ciudades, puede dar lugar a las

múltiples formas espirituales, incluso religiosas de la futura civilización planetaria, en el contexto de un respeto y valoración mutuos.

La nación humana universal

Es muy difícil imaginar un proyecto a favor del ser humano desde una situación de poder. El proyecto de un poder es siempre el mismo: concentrarse y aumentar. La experiencia de lo humano es incompatible con el deseo de poder, su fuerza es la fuerza de la libertad, de lo indomable, de lo imposible de apresar. El poder y lo humano son direcciones contrarias, uno crece a costa del otro. Requerimos alcanzar una configuración social en que el poder esté distribuido equitativamente. No se trata de que seamos iguales, se trata de que tengamos los mismos derechos, las mismas oportunidades, la posibilidad de actuar en total libertad, sin que ello signifique disminuir a otro ser humano, o ser coartado por otro. Avanzar hacia modelos flexibles, múltiples, individualistas o cooperativos, pero que su consecuencia sea el aumento de la libertad individual y el aumento del bienestar común.

La concentración colosal, sin freno, que está ocurriendo parece llevar a la marginación de enormes conjuntos, que frente a cualquier factor crítico percibirán la precariedad del sistema en que viven. No veo razón alguna para que la acumulación que está sucediendo se ponga un freno a sí misma. No veo cómo el sistema se autocorregirá para distribuir una cuota de libertad a las poblaciones previendo su propio peligro de subsistencia. Al poder de la globalización ya no le importa en qué lugar se asienta, ni tiene nostalgias con las ciudades capitales del mundo que deja atrás¹⁷. Hace pie en un porcentaje de la población dispuesta a gozar de los privilegios de los que las mayorías carecerán. Este cuadro humano cercano a ese poder mundial no habita en un lugar específico sino que está distribuido en cualquier lugar del planeta. Esta concentración no tiene otro destino que colapsar. No se sabe cuánto demorará este colapso, lo importante es cómo se construye lo que ha de nacer¹⁸.

¹⁷ La gente que duerme en las calles de París o Nueva York aumenta cada día.

¹⁸ Es curioso cómo Occidente, sin haber constituido un Estado universal, como lo hizo Roma con su Imperio, logra concentrar un poder mundial a través de su sistema financiero, que cruza transversalmente todas las

Una nación es un proyecto, una construcción que involucra varios pueblos y culturas. Una nación universal es un proyecto que involucra a todos los pueblos: son los seres humanos de la Tierra, asociados para vencer el dolor, el sufrimiento y la violencia, para manifestar la creatividad de individuos y conjuntos, haciendo crecer la decisión sobre su destino. Una nación de esta categoría se propone como respuesta a la posible encrucijada de un colapso mundial que puede arribar en los tiempos próximos.

La nación humana universal es una propuesta de humanización del mundo. Una intención trascendente que se proyecta hacia varias generaciones del porvenir, quienes construirán la próxima civilización planetaria. Esta proposición no puede ser una elaboración puramente intelectual, tiene que arraigar en las creencias de la época. Si esto sucede, es porque ese fermento ya está impulsando el espíritu y se comienza a traducir en ideas y sentimientos.

Es inútil levantar algo original desde cimientos envejecidos. Ya estamos viendo cómo se desarticulan las instituciones del mundo actual. El poder cada vez más concentrado les exige pleitesía, y debido precisamente a esa sumisión es que se vacían de gente; continúan operando por inercia pero se cree cada vez menos en ellas, no cuentan con la fe general. El último recurso del poder es la dictadura y correspondería a esta época una dictadura mundial. Si esto llega a ocurrir es porque la desestructuración social ha desbordado y está todo fuera de control. De todas maneras, aun en el peor de los escenarios, habrá que reconstruir el tejido social desde los lazos mismos de unas personas con otras, y a esas alturas será muy evidente en el corazón de muchos que ese vínculo es más importante que algún dios, el dinero o el Estado.

regiones. No sé si este gobierno mundial del dinero logre manifestarse en una organización mundial y someter, además, a los ejércitos a sus designios. En cualquier caso, mientras creíamos que Estados Unidos se constituía en un poder imperial, se gestaba un poder multinacional al que ya no se le puede reconocer nacionalidad. El cataclismo de ese poder económico monstruoso sobrevendrá simplemente porque no quedará más nada de que apropiarse.

Poco a poco podría revelarse algo que está en todas partes, como el aire que respiramos, como la tierra que pisamos, como el cielo que contemplamos. Lo común de las culturas, lo común de las diferencias, el sentido de la acción, lo que transforma al mundo, lo que se busca a sí mismo, es el ser humano. Lo que lo niega es el dolor, el sufrimiento y la violencia. El proyecto es la superación de lo que anula al ser humano: la humanización creciente. Generación tras generación podemos colaborar para construir esa nación de todos, diversa, múltiple, libertaria, humana.

Capítulo III

La revelación del ser

Una renovación espiritual. La externalización de la experiencia. Una interpretación evolutiva. El sentimiento religioso.

Una renovación espiritual

Estamos viviendo momentos cruciales, de grandes cambios, no solo en la organización mundial, sino en el modo de sentir la vida, sus valores y su sentido. Las creencias más antiguas, arrastradas por milenios, pueden ser cotejadas, y quizás modificadas, para preparar la humanidad a los tiempos que vienen. En la propia cultura hay elementos regresivos que cultivan el odio, la venganza y el resentimiento, y también códigos progresivos que impulsan hacia la unidad, la reconciliación, la valoración de lo humano y el cuidado de la libertad del otro. Las bases culturales están enraizadas en la identidad de los pueblos pero, en la reflexión de los grandes fracasos, pueden ser reformadas para destrabar el movimiento del futuro. Para decirlo fuerte y claro: la venganza, la culpa, el poder abusivo y el miedo a la muerte están fijados a lo que en épocas anteriores, y también hoy, aunque con fe más débil, se consideraba y considera sagrado. Cualquier clérigo de una religión está transmitiendo alguna enseñanza importante pero, junto a ella, en sus leyendas y en sus mitos, también está entregando errores psicológicos que frenan la reconciliación y dificultan el encuentro entre los seres humanos.¹

Desde el alumbramiento de la conciencia en los orígenes, lo humano se ha desplegado sin cesar conquistando la Tierra, expresándose en numerosas culturas y ya se proyecta hacia las estrellas. La conciencia va despejando su somnolencia, venciendo a la despiadada naturaleza, y ha gestado civilizaciones buscando la

¹ La gente misma, enriquecida por las mezclas poblacionales, comienza a reinterpretar los pasajes de sus mitos que le impiden la comunicación con lo diferente. La ortodoxia también está presente, pero hasta los propios ortodoxos se reconocen a sí mismos como tales, y su literalidad es sentida como imposición para muchísima gente.

eternidad. Ahora se apronta a un siguiente paso. Tenemos entre las manos el hilo del destino. ¿Podremos sobrepasar las debilidades, atrevernos a construir una civilización ya no para un dios, o para un monarca, o para una supuesta ley natural, sino finalmente para el ser humano?

Cada una de las culturas, además de su impulso hacia la libertad y hacia la unidad, tiene en su seno factores desintegradores. Cada una es hereditaria de una violencia inaudita, por medio de la cual somete a la población y concentra su poder utilizando la violencia como factor de cohesión. La violencia es inherente a la organización humana que hemos conocido, y no solo hacia lo distinto, también hacia lo semejante. Se trata del control de la libertad y su utilización para lo particular. Todas están hoy en jaque, enfrentadas al reto del encuentro de unas con otras.

El choque de las creencias milenarias en el fenómeno mundializador provoca un atrincheramiento cultural y se fortalecen tradiciones que parecían diluirse con el paso de la modernidad. Muchos Estados burlan la democracia y toman signos teocráticos, revirtiendo las tendencias de las revoluciones del siglo XIX y XX, no solo en el Islam, también en el judaísmo y el cristianismo, y en el lejano oriente la represión a las expresiones religiosas muestra, a su vez, un fervor que despierta y se abre paso.

Esta resistencia que oponen las tradiciones a la interculturalidad se asemeja al momento anterior a la muerte, en que los moribundos parecen sanarse y revivir pocos días antes del último suspiro. Si así fuera, estaríamos acercándonos a la cúspide del fin de una era. Hace diez mil años se asentaron los primeros poblados, se desarrolló la agricultura y comenzaron los pueblos el proceso de las civilizaciones. Podríamos estar completando esta etapa y caminando hacia una confederación mundial, distinta a todo lo conocido y más próxima al ser humano.

Si una nación humana universal estuviera proyectándose, es porque ese ideal ya existe en la interioridad. Se atisban sus primeras señales en la aceptación de la diversidad; el sincretismo se acelera en todos los campos y el interés por la comida, la medicina, la técnica, el arte o la mística de otras culturas, puede estar reflejando también esa dirección.

Hay síntomas de que una nueva espiritualidad está emergiendo desde las aguas volcánicas de la humanidad. El rumor de su burbujeo se escucha ya en la superficie. Es posible sentirlo en uno mismo, en los últimos descubrimientos de la ciencia, en la unión de galaxias danzarinas, en su centro de agujeros negros sin tiempo ni espacio, en la creación artificial de la vida. Cada vez que la comprensión de lo que nos rodea aumenta, nos inunda la belleza de lo incomprensible.

Por distintas circunstancias propias de la época, la conciencia, la de cada uno, se acomoda para ser inundada por un significado guardado en lo profundo de sí misma, y podría estar anunciando un cambio muy grande en el mundo. El encuentro de las culturas, el debilitamiento de las creencias, los nuevos descubrimientos, las crisis de las instituciones, la atmósfera general de sinsentido, muestran un mundo que muere pero, al mismo tiempo, al ser humano que se despercude de sus amos para recuperar su libertad.

Si una civilización está naciendo, además del sentimiento de inseguridad y desorientación por esquemas que ya no calzan con la situación actual, también se insinúa en el interior de cada uno algo diferente abriéndose paso. No se sabe bien qué es: una fuerza o una esperanza que llena de vida, empuja, quizás hacia dónde, revitaliza. No contar con parámetros fijos en un terremoto psicosocial mundial como el que vivimos puede marearnos, pero también ayudarnos a descubrir lo esencial: la presencia de lo humano. El encuentro con lo esencial, el reconocimiento de una verdad de ese tenor, es el fundamento de una cultura. Se trata de una experiencia inexplicable, en que se tardarán centurias o milenios para dar cuenta de ella; se multiplicarán las descripciones, las traducciones y corolarios de ese encuentro. Si en el horizonte divisamos la futura civilización, es porque el ser humano está disponiéndose a reconocer algo fundamental en su intimidad. Las interpretaciones de esta época a ese contacto seguramente corresponderán a la cultura universal en gestación².

² Ortega y Gasset dirá: “El hombre necesita una nueva revelación. Porque se pierde dentro de su arbitraria e ilimitada cabalística interior cuando no puede contrarrestar esta y disciplinarla en el choque con algo que sepa a inexorable y auténtica realidad. Esta es el único verdadero pedagogo y gobernante del hombre. Sin su presencia inexorable y patética, no hay en serio cultura, ni hay Estado, ni hay siquiera —y esto es lo más

“Una nueva revelación del ser”, nos dirá *El estudio de la Historia*. Un fundamento que no requiere de explicaciones, y entonces escribo “ser humano” y tú dices: “¡Ah! Si, ser humano”, pareciendo una obviedad recalcar su importancia, como si supiéramos que en el futuro nada se pondrá por sobre su existencia. No aceptas la imposición, y si alguien lo intenta, te haces a un lado para seguir tu camino. Desconfías de las verdades absolutas y, sin embargo, intuyes que algo muy grande convive en tu interioridad. La libertad es algo sagrado y la cuidas no solo en ti, también en otros. Si nos reconocemos en esta experiencia es porque la historia vuelve a girar, y lo que une a los seres humanos, su esencia y sentido, está impactando la conciencia.

Entonces, podrían estar gestándose las condiciones de un contacto del alma consigo misma para acceder a la fuente de la renovación espiritual y del sentido. Esta conmoción podría impulsar a la humanidad hacia su próximo paso: realizar una civilización planetaria basada en el crecimiento de la libertad humana.

La violencia es lo opuesto a esta dirección. La concentración de poder es el modo de restar libertad y es, por tanto, esencialmente violenta. Por otra parte, la muerte personal se experimenta como un cierre definitivo de la libertad. La violencia no es un aderezo de lo humano, sino su antítesis, aquello que lo restringe en su dirección libertaria. Su superación es el desafío de la humanidad venidera. No solo se genera por

terrible— realidad en la propia vida personal”. Véase Ortega y Gasset, J., *La Historia como sistema*, Madrid: Editorial Sarpe, 1984.

Toynbee, citando a Bergson en *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, dice: “Así han surgido almas privilegiadas, que se han sentido relacionadas con todas las almas, y que, en vez de permanecer dentro de los límites de su grupo y de conservar la estricta solidaridad que ha sido establecida por naturaleza, se han dirigido a la humanidad en general en un *élan* de amor. Para Bergson, los místicos son los creadores superhumanos *par excellence*, y encuentra la esencia del acto creador en el momento supremo de la experiencia mística”. Y sigue citando a Bergson: “El gran místico ha sentido la verdad fluir en él de su fuente como una fuerza de acción... Su deseo es completar, con la ayuda de Dios, la creación de la especie humana... La dirección del místico es la misma dirección del *élan* de la vida. Es este *élan* mismo comunicado en su integridad a los seres humanos privilegiados, cuyo deseo es poner el sello de él en toda la humanidad y —por una contradicción de la que son conscientes— convertir una especie, que es esencialmente una cosa creada, en un esfuerzo creador, hacer un movimiento de algo que por definición es una pausa”. Siguiendo a Bergson, agrega que el problema de lograr que la mayoría no creadora siga a la minoría creadora parece tener dos soluciones: una práctica y otra ideal, “la una es por el adiestramiento (*dressage*)... la otra es por el misticismo... El primer método inculca una moralidad consciente de hábitos impersonales; el segundo induce a la imitación de otra personalidad, y a una unión espiritual más o menos completa con ella”. Véase Toynbee, A., *Estudio de la Historia. Compendio I/IV*, Madrid: Alianza Editorial, 1994.

condiciones sociales de injusticia, sino por factores de la propia conciencia que, en su desarrollo, es necesario superar³.

Si estamos prontos a ser sacudidos por una conmoción propia de una revelación del ser, siendo una ocasión de relevancia histórica, por sí sola no necesariamente conducirá hacia la organización mundial que estamos aspirando.

La externalización de la experiencia

Al debilitarse las creencias que sustentan lo que considero “realidad”, la conciencia se desorienta, viviendo en la angustia y el vacío. En estas condiciones de la mente sin puntos de apoyo estoy más dispuesto a encontrar en mí mismo las respuestas que ya no ofrecen las religiones, las ideologías y los ensueños⁴. La interioridad se acerca y la unidad alojada en su profundidad toma contacto conmigo, algo se “revela” y comprendo lo que soy y el sentido. Una luz (interior) ilumina mis representaciones y todo se llena de esperanza y vida.

Esta experiencia se facilita durante el cambio de época por la crisis de las referencias del mundo que se va. Tenemos explicaciones de ellas solo por grandes místicos, pero el especial momento histórico al que hemos arribado podría hacerlas accesibles para cualquiera. Este encuentro con una sensación de unidad y totalizadora en el interior abre la mente y la vivifica. Pero necesito darle una explicación. Las diferentes interpretaciones tienen consecuencias determinantes. Algunos relatos del fenómeno pueden permitir profundizar esa experiencia hacia estados mentales superiores al cotidiano, e inspirar la acción hacia la coherencia y hacia el reconocimiento de los otros. También podría considerar a estas experiencias privilegiadas como una alucinación. Lo más habitual, sin embargo, es considerar a esta

³ La estructura conciencia-mundo de la fenomenología tiene que ser traducida como conciencia-sociedad en el análisis del fenómeno psíquico y social.

⁴ Entre las ideologías hay una que se presenta todavía en el 2013 como “realidad”, y es la ideología del mercado.

vivencia como algo no perteneciente a mi intimidad, sino proviniendo de seres que están objetivamente fuera de mí.

Los seres humanos contamos con una gran potencia guardada en el fondo del corazón; en ciertas circunstancias emerge y provee la fuerza para los grandes cambios. Este fenómeno se presenta por el crecimiento del ser humano, al dejar atrás creencias que ya no le sirven para seguir su camino ascendente. Esa fuerza, que es de una categoría espiritual, lo ayudará a hacer lo que quiere hacer, tomará el rumbo de la intención, y esta podría errar. Uno de esos errores es la externalización de dicho contacto.

Al atribuir esas experiencias a entidades externas, creeré que para repetirlas debo congraciarme con ellas y rendirles pleitesía, a fin de que introduzcan en mí ese don que ellas poseen y yo deseo. Siguiendo esta equivocación, seguramente extremaré mi culto con procedimientos cada vez más extraños. De este modo he confundido imágenes internas con una realidad objetiva, y les he transferido la capacidad de proveer el contacto con lo conmovedor. Este error irá alejando la experiencia trascendente y oscureciendo la conciencia. Además, daré poder a ciertas castas que se arrogarán la capacidad de intermediar con aquellas “entidades externas”, a las que yo mismo les transferí la cualidad divina alojada en mi interior.

Externalizar la experiencia es interpretar que fue producida por algo fuera de mí. Niego que se haya tratado de un contacto conmigo, sino con algo ajeno a mi mundo mental. Esta interpretación es bastante usual, porque la intimidad con el “sí mismo” se experimenta como un “no yo”, o la proximidad de algo que no soy yo: soy, pero no yo. Entonces, me refiero a eso como “tú”. No es un “tú” externo, es un “tú” que, en realidad, es un “no yo” en mi interioridad. Pero, al perder contacto con esa experiencia dadora de sentido, ese “tú” se va exteriorizando, los procedimientos para comunicarme con ese “tú” se van ritualizando, sin lograr, por medio de ellos, repetir esa experiencia de la que cada vez tendré mayor nostalgia mientras se esfuma como un sueño. Entonces, el rito se convierte en el recuerdo del momento en que se tocó ese tiempo eterno, pero no revive la experiencia de sentido.

Ese ritual que recuerda el momento sagrado, pero no logra la vivencia de ese instante, es un ritual muerto. Su procedimiento se ha externalizado a tal punto que no me permite encontrar el camino hacia la interioridad. Un ritual vivo es el que facilita ese acceso. En el ritual vivo su literalidad es secundaria, y su capacidad para tomar contacto con la profundidad es lo que importa. El ritual está activo cuando sirve de punto de apoyo para la experiencia y no se ha convertido él mismo en una experiencia.

Lo que mata un ritual es la externalización de la experiencia, al creer que proviene de seres fuera de la conciencia. Sin embargo, ese ritual podría resucitar si se invierte la dirección de la mirada y se usan sus procedimientos para llegar hacia los espacios profundos del “sí mismo”⁵. En este intento de evolución de la propia conciencia, no basta con acceder a experiencias poderosas. Una incorrecta interpretación de ellas impulsará acciones que bloquean su encuentro, quedará cada vez más lejos en el recuerdo y solo aumentará el ansia por recuperarla.

Una interpretación evolutiva

En esta época, la conciencia pierde referencias y se desestabiliza. Al fallar todos sus pilares externos busca en sí misma, y eso facilita que se aproxime desde la interioridad la experiencia de sentido. De algún modo, podemos decir que el plano de lo trascendente se acerca al ser humano. Sin embargo, esta posibilidad que se abre en el horizonte gracias a la crisis actual no es suficiente para asegurar el desarrollo humano.

El origen de cualquier conocimiento proviene de la experiencia, pero las interpretaciones de esas experiencias conducen a conclusiones muy distintas. Una visión de una luz celestial podría ser un cometa, un aparato extraterrestre, un dios o una estrella. La interpretación me conduce por caminos diferentes: algunas me llevarán lejos y otras me estrellarán contra laberintos insalvables.

⁵ Si es posible que un ritual muerto, gracias a una experiencia privilegiada, logre conducir la mirada hacia la interioridad aproximando el contacto, significaría que en la era planetaria no necesariamente desaparecerán las culturas precedentes, pero tendrían que ser nutridas por una nueva espiritualidad que busca la luz en lo interno del ser humano.

Es necesario “saber” eso que me está pasando. Necesito una explicación adecuada para que me lleve a donde quiero ir. Una interpretación y una dirección hacia la evolución. No es suficiente el acercamiento a la profundidad. Es muy probable que ese contacto se esté produciendo, ya que la pérdida de parámetros absorbe a la conciencia hacia su interioridad, pero lo central es cómo lo interpreto y qué dirección le doy a esta fuerza vital que me anima.

Si me encuentro un poco desequilibrado y mis interpretaciones están enrarecidas, esa fuerza interior podría aumentar el desequilibrio y traducir las tensiones y mi propia violencia como “vocecitas” que me obligan a hacer cosas que no quiero⁶. Es un problema. No da lo mismo cómo interpreto lo que pasa dentro mío, especialmente en esta desestabilización mundial. No da lo mismo el tipo de referencias que tengo para decidir mi acción. El marco interpretativo lo pone el contexto cultural del que participo, el ambiente familiar, el grupo que frecuento, las consignas de los medios de comunicación, o los formadores de opinión a la moda. Finalmente elegiré un camino de acción, pero esa elección puede tomar vías más evolutivas de acuerdo a las explicaciones que obtenga de lo que me está sucediendo. El fenómeno de la mundialización, a pesar de los esfuerzos uniformadores de los poderes globales, aumenta la comparación y el cotejo de diversos modos de ver. Esto puede facilitar el corrimiento de códigos culturales muy arraigados y que retrasan la superación de la violencia en el desarrollo de la conciencia.

Este encuentro con la interioridad o este acercamiento de lo profundo, como queramos verlo, remece al psiquismo y tiene la cualidad de dar sentido. No se queda simplemente en la contemplación o en la extasía, modifica mi representación y orienta mi acción.

La experiencia del “sí mismo”, de la unidad de todo, no es representable, y cada uno la traducirá de un modo particular. Incluso, cuando digo “la unidad”, es un modo de referirme a ella y no es la experiencia en sí. Cada uno va a llamarla a su manera. Esas traducciones son múltiples y, aunque una cultura completa la designe de un

⁶ Nos habituamos a leer en los periódicos sobre muchachos que asesinan a mansalva a otros niños en los colegios, impulsados por voces que los empujan. Este síntoma no ha sido interpretado adecuadamente y anuncia monstruosos desbordes de la conciencia.

mismo modo, para cada individuo tendrá su particular expresión y significado. La experiencia de algo totalizador no se puede expresar sino a través de la diversidad, la multiplicidad, las infinitas formas de ser.

Una serie de supuestos son los que constituyen mi marco interpretativo de esto que me está pasando y que, además, pasa mundialmente. Yo supongo una dirección del proceso humano hacia la superación del sufrimiento y una necesidad de evolución de la conciencia. Yo supongo que estamos ante una oportunidad única en miles de años por el encuentro de las culturas y el cotejo que podemos hacer de nuestras creencias, descubriendo lo común de la diversidad. Yo supongo que en esa similaridad de la diversidad aparecerá el ser humano como un centro sagrado, en donde convergerán todos los caminos, no importando en qué cultura me haya formado. Supongo que la necesidad de la convergencia nos llevará hacia el proyecto civilizatorio de la nación humana universal. Supongo todas esas cosas, son mis creencias y no tengo realmente una justificación, son creencias anidadas con el tiempo en mi formación y constituyen el piso desde donde estoy desarrollando este pensamiento. Con este enmarque explicativo traduzco las señales que me llegan desde mi centro más interno.

El sentimiento religioso

En cada uno está el viento que aviva el fuego de lo trascendente. Esa fuerza interior llena de sentido eleva la conciencia, y algo que se cohesiona parece no ser afectado por la muerte. Esto está en cada uno y todos queremos vivirlo, acceder por experiencia directa a una verdad transformadora que aleje el temor y nos llene de alegría. Este acercamiento a la trascendencia es el campo de lo sagrado, algo que no quisiéramos manchar con las palabras y simplemente dejarnos bañar por su aliento de luz y silencio.

Esta vivencia, propia de la conciencia inspirada, provocada por desplazamientos del yo⁷, nos asalta con su conmoción. Es tal su potencia y tan fuera de lo cotidiano que pareciera como si algo se introdujera en uno. Es una interpretación incorrecta, pero habitual. Cuando se realizan procedimientos rituales con devoción, estos pueden facilitar la manifestación de la experiencia trascendente y permitir que cada participante, o muchos de ellos, tome contacto con ese mundo. También en este caso tiendo atribuir el fenómeno a seres externos, y si lo sucedido tiene algún impacto, reforzará el prejuicio de que lo ocurrido provino desde fuera de mí⁸.

Como los seres humanos estamos predispuestos a trasladar fuera de nosotros las representaciones, también lo hacemos con los atributos de lo sagrado. Al sumergirnos en los espacios profundos e irrepresentables, la conciencia convierte esa experiencia en figuras. Esta traducción toma la forma de poema, de danza, de ritos o cualquier otro tipo de producción que refleje la intensidad de lo vivido.

Si al pasar el tiempo queremos revivir esa experiencia, recurrimos a esas creaciones provenientes de los momentos de inspiración. Al repetir el poema, la danza o el icono producido cuando tuvimos el contacto, esperamos colocarnos en el mismo estado mental que lo originó. Un cierto ritual me puede disponer para que las zonas interiores desde donde fueron generados se aproximen.

Un lugar o un objeto pueden estar “cargados” de significado, porque allí se suele producir el contacto sacro y, a siglos de distancia, puedo sentir “la carga” que transmiten; pero esto no ocurre porque esos objetos o lugares tengan en sí algo particular. Puedo sentir su poder porque, al relacionarme con ellos, movilizo imágenes que se ubican en una profundidad tal del espacio de representación que pueden facilitar la irrupción de la experiencia trascendente. Las representaciones se ubican en distintas profundidades. Así como a la cuchara de una taza de café la imagino más periféricamente que el recuerdo de mi padre ya muerto, del mismo modo, a un guía o

⁷ Las estructuras de conciencia por desplazamientos del yo en el espacio de representación, y la particular estructura de conciencia inspirada, la estudia Silo en *Apuntes de Psicología* (Rosario: Ulrica Ediciones, 2010, Cap. Psicología IV).

⁸ Este tema fue ya tratado más arriba. El error de interpretación de las experiencias de sentido promueven la creencia de que ellas son provocadas por entidades ajenas a uno. Atribuyo lo extraordinario a algún tipo de divinidad o espíritu que, desde fuera, inyecta su energía en mi interior.

dios lo imagino en una profundidad mayor que la cuchara. Pero, si esa cuchará perteneció a mi padre, su ubicación en el espacio de representación se internaliza hacia la profundidad de la rememoración del padre. Así sucede con un lugar sacralizado. Al entrar en él, las imágenes de mi conciencia se emplazan en una profundidad no habitual y eso aproxima experiencias no habituales. Entonces, el contacto con lo trascendente está produciéndose al interior de uno, por algo que hay adentro de uno y no por la magia de las cosas. El error interpretativo de esta experiencia lleva primero a su externalización, atribuyéndola a causas extrahumanas, y luego a su desvío, hacia estados de conciencia crepusculares, y finalmente al alejamiento de su significado.

Para comunicarme con los dioses, es decir, para hablar con mi alma, para que aquello que es en sí mismo y para sí mismo se exprese e inunde todo mi yo, necesito estar disponible a ese contacto. Puedo facilitar esa predisposición al visitar algún lugar especial, o por una lectura, una conversación inspirada o al realizar ciertos procedimientos, pero lo que estoy haciendo es sumergir la mirada interna para que sea absorbida por aquello que busco.

La externalización ha traído varios problemas. Desde la manipulación de jerarquías que se han puesto como intermediarias entre los dioses y la gente, hasta desvirtuar técnicas que pudieron en algún momento haber prestado utilidad al creyente para su meditación. La confusión entre la experiencia trascendente con su posterior traducción, o enredar las producciones artísticas o religiosas que de allí emanan con la emoción y la claridad profunda con la que toma contacto cada cual consigo mismo, ha impedido al sentimiento religioso progresar en el practicante. Este error bloquea la recreación de la experiencia religiosa y detiene el avance del desarrollo mental y espiritual.

Sin embargo, esta distorsión podría estar invitando a la reconversión de las religiones hacia una religiosidad interna. Las distintas religiones, al concebir lo divino y lo inmortal afuera de la mente, parecen oponerse entre ellas y las creencias se vuelven refractarias, como al juntar piedras imantadas con la misma polaridad. En esta crisis mundial que pone en juego la existencia y la evolución, podría llegarse a la

conclusión de que es necesario transformarnos en un tipo superior de ser humano. En ese caso, todas ellas podrían colaborar para crear las condiciones de un salto evolutivo de la humanidad. Convertirse en una religiosidad interna implica un cambio en la dirección de la mirada, buscando a Dios en la profundidad de sí mismo y en la interioridad del otro ser humano⁹.

Este tipo de religiosidad no cuestiona las formas externas que asumen las religiones. Comprende las distintas expresiones y procedimientos como traducciones de algo inmortal alojado en la propia conciencia. Cada cultura ama sus producciones emergidas del contacto con lo trascendente y que son distintas a las de otra. Pero, si sus religiones se han internalizado, comprenderán que las diversas representaciones provienen de una misma búsqueda, de una misma necesidad y de la misma fuente vital que se halla en el ser humano. La transformación de las religiones, y su adaptación a las nuevas necesidades, es frecuente en las crisis civilizatorias. Los pueblos antiguos, cuando se toparon en sus encrucijadas históricas, supieron dar respuestas corrigiendo y transformado esencialmente su sistema de creencias. Aun conservando sus símbolos, los conceptos de su religiosidad variaron sustancialmente, buscando la supervivencia y continuidad cultural¹⁰.

⁹ “Cuando hablo de ‘religión externa’ no me estoy refiriendo a las imágenes psicológicas proyectadas en íconos, pinturas, estatuas, construcciones, reliquias (propias de la percepción visual). Tampoco menciono la proyección en cánticos, oraciones (propias de la percepción auditiva), y la proyección en gestos, posturas y orientaciones del cuerpo en determinadas direcciones (propias de la percepción kinestésica y cenestésica). Por último, tampoco digo que una religión sea externa porque cuente con sus libros sagrados, o con sacramentos, etc. Ni siquiera señalo a una religión como externa porque a su liturgia agregue una iglesia, una organización, unas fechas de culto, un estado físico o una edad de los creyentes para efectuar determinadas operaciones. No, esa forma en que los partidarios de una u otra religión luchan mundanamente entre sí, atribuyendo al otro bando diverso grado de idolatría por el tipo de imagen preferencial con la que unos y otros trabajan, no hace a la sustancia del asunto (aparte de mostrar la total ignorancia psicológica de los contendientes)... Llamo ‘religión externa’ a toda religión que pretende decir sobre Dios y la voluntad de Dios en lugar de decir sobre lo religioso y sobre el íntimo registro del ser humano. Y aún el apoyo en un culto externalizado tendría sentido si con tales prácticas los creyentes despertaran en sí mismos (mostrarán) la presencia de Dios”. Véase Rodríguez, M. (Silo), *Humanizar la Tierra*, Buenos Aires: Editorial Leviatán, 2011.

¹⁰ El caso del judaísmo es emblemático. Los asirios y babilónicos en dos oportunidades esclavizaron a los israelitas, trasladando su élite, en cifras de decenas de miles, a Babilonia (597 y 586 a.C.) y destruyendo el Templo de Salomón en esa segunda incursión. En el 539 a.C., el rey de Persia, Ciro el Grande, entra en Babel y libera a todos los pueblos prisioneros. José Ricciotti, en su *Historia de Israel* (Buenos Aires: Editorial Excelsa), relata: “Según toda verosimilitud, Ciro era zoroastriano. Pero impelido por su política, así como lo hallamos antes favorecido en sus empresas de Lidia por los oráculos de las divinidades griegas, ahora, volviéndose hacia los babilonios, afirma que precisamente el dios Marduk lo ha llamado para ocupar el trono de Babel, para sustituir en él a Nabónides, negligente en rendirle culto, y le ha dado el señorío de toda la

Tierra (Cilindro de Ciro). Asimismo, vuelto a su vez a los hebreos, declara que no ya Marduk, sino Yahvé, dios de los hebreos, le ha dado todos los reinos de la Tierra y le ha ordenado reconstruir su casa de Jerusalén (Esdrás, 1,2; II Crónicas, 34,23)". Juan B. Bergua, en su introducción a *El Avesta*, dice que Zarathustra (Zoroastro para los griegos) "pudo haber nacido hacia el 660 y morir hacia el 580 antes de nuestra era. Si tal ocurrió, fue viviendo Zarathustra todavía cuando los judíos fueron llevados a Babilonia; y ya muerto cuando Kiro el Grande (Ciro) autorizó a los que quisieran hacerlo para que volviesen a Jerusalén". Agrega: "que entre la religión judía antes del destierro en Babilonia y la que siguió a este destierro, una vez que los sacerdotes judíos entraron en contacto con sus congéneres iraníes y conocieron la doctrina de Zarathustra, hay la misma diferencia que entre la cara y la cruz; y que la cara de esta, es decir, lo aprendido en Persia por los judíos pasó de estos al cristianismo y, posteriormente, al mahometismo es, aparte de otras cosas de menor importancia, todo lo relativo a la inmortalidad del alma, la resurrección de los cuerpos, la creencia en el juicio final y otros supuestos tales como la existencia de lugares de recompensa y castigo (Paraíso e Infierno), nociones hasta entonces absolutamente desconocidas por los seguidores de Yahvé, sin contar otras tales como la esperanza de un salvador del que el Saoshyant persa había sido la primera edición, así como el aceptar el dualismo, es decir, admitir frente a una potencia buena otra mala oponiéndose a su obra, único medio de justificar, o tratar al menos de hacerlo, la presencia del mal en un mundo obra de un dios bueno. Pues bien, todo esto al primero que se le ocurrió fue al profeta iraní, de él pasó a los judíos, y a través de estos al cristianismo y al islamismo como acabo de decir". Nehemías, copero de la corte de Artajerjes I, obtiene el apoyo de este para volver a Jerusalén a reconstruir el Templo (445 a.C.). Seguimos a José Ricciotti: "Entonces, en el primer día del año 443, o de un año sucesivo, tuvo lugar una asamblea, y a los 24 días del mismo otra. El fin de esta doble asamblea fue la pública lectura de la *Torah* y la renovación del pacto que mediante la *Torah* ligaba a Israel con su dios, Yahvé". La primera de estas dos asambleas nos presenta de improviso a un personaje nuevo: Esdras. Sacerdote por estirpe y escriba en la corte persa, su función es leer la *Torah* en el Templo reconstruido, la *Torah* de Moisés, el libro de la *Torah* de Dios. Fue leída ante todo el pueblo con solemnidad, durante 7 días continuados y vuelta a recomenzar, con la ayuda de otros expositores. Continúa Ricciotti: "Sin duda alguna el joven escriba (Esdras) y su *Torah* son emanaciones de Babilonia. Ahora, ya vemos nosotros que precisamente en Babilonia se estaba trabajando desde muchísimos años en la preparación de aquel doble *corpus*, tanto *historicum* como *iuridicum*, destinado a reunir y conservar el disperso patrimonio moral de Israel. Aquel debía formar un *digestum*, escrito, que representase casi una condensación del yahvismo pasado y una norma para el futuro. Vemos también que en este trabajo contribuyeron enteras generaciones de escribas, cuya autoridad iba creciendo a medida que avanzaba la obra y con sucesiva penetración en la vida del yahvismo, sustituyendo siempre más al crepuscular profetismo. Si, por lo tanto, en la solemne asamblea de Nehemías hace su aparición un joven "escriba" que proviene de Babilonia y posee un voluminoso código, en el cual está contenida la *Torah* de Yahvé y de Moisés, y esta *Torah* vuelve a asumir toda la tradición del pasado yahvismo y, por lo mismo, ella deberá también representar en el futuro la ley fundamental de la comunidad yahvística; por el conjunto de estos hechos resulta que una redacción del grandioso *digestum* había sido realizada en aquel tiempo, y que Esdras había llevado consigo desde Babilonia una copia para que fuese fundamento yahvístico del renacido Israel". Ricciotti no da cuenta de las influencias del Zoroastrismo en ese código traído desde Babilonia por Esdras, pero es claro que la reforma producida al judaísmo durante el cautiverio fue fundamental. En el caso del cristianismo, en que se estructura el catolicismo en el Concilio de Nicea en un momento que peligraba no solo el Imperio, también el cristianismo, se producen las revisiones esenciales de su doctrina, definiendo los conceptos que trascienden hasta hoy. "En la época en que Constantino venció a Licinio, existía una vehemente controversia en Alejandría, la ciudad más grande de Egipto y el centro de desarrollo de la teología cristiana. Los jefes eran dos eclesiásticos de Alejandría: Arrio y Atanasio. Sus fieles se llamaban arrianos y atanasianos, respectivamente. Para expresarlo con palabras más sencillas, los arrianos creían que Dios era supremo y que Jesús, aunque era el más grande de todos los seres creados, era inferior a Dios. Los atanasianos creían que Dios, Jesús y el Espíritu Santo eran aspectos diferentes e iguales de la Trinidad (de la palabra latina que significa grupo de tres). Para resolver la cuestión, Constantino decidió convocar un concilio de obispos del Imperio para discutir el problema. Él lo presidiría y tomaría la decisión final. Al ser convocado de todas las partes del Imperio por primera vez, tuvo carácter ecuménico (universal); en realidad el Primer Concilio Ecuménico. Los obispos se reunieron el 25 de Julio de 325 en Nicea, a veintidós millas al sur de Nicomedia, que era entonces la capital imperial". Véase Asimov, I., *Historia Universal: Constantinopla*, Madrid: Alianza Editorial, 2010.

Si se produce esta inversión de la mirada, cada religión contará con sus propios rituales para acompañar a grandes conjuntos en el contacto con el sentido. La influencia mutua entre ellas enriquecerá procedimientos para acercar el encuentro con lo esencial. El cambio del ser humano requiere comprender que Dios no está en los cielos, sino en el fondo del corazón de cada uno; y que los rituales y procedimientos son apoyos, y no fundamentos para una comunicación directa y personal con la propia esencia inmortal. Podríamos así aprovechar el buen conocimiento de los antiguos en la etapa que se avecina.

El factor de cohesión de los pueblos es el sentimiento religioso que une la tierra y el cielo por así decir, une esta vida con una realidad trascendente. Esto parecen descubrirlo siempre los imperios que surgen en la etapa final de las civilizaciones, quizás porque se enfrentan a un caos tan grande que la violencia ya no es suficiente para controlar poblaciones tan diversas. Durante esas crisis civilizatorias, debilitadas sus instituciones, desfalleciendo la fe que hasta allí las sostuvo, la conciencia queda disponible para tomar contacto con la profundidad, para una nueva revelación. Sin embargo, el Imperio, al adoptar esa fe, la impone por la fuerza a los súbditos, degradando la espiritualidad de la que se viste.

Por otra parte, esta asociación entre poder político y religioso es posible no por la cantidad de dioses en los que se cree, uno o muchos, sino por la externalización de la experiencia de Dios. Esto permite el surgimiento de intermediarios y la acumulación de un poder “proveniente de lo sagrado” que termina también oponiéndose a las enseñanzas más originales o cercanas de la experiencia de sentido.

Esto podría estar cambiando para los tiempos que vienen. El ser humano no necesita ya de intermediarios para comunicarse consigo mismo y vivir la experiencia

Como nos grafica Averil Cameron en *El Bajo Imperio Romano* (Madrid: Ediciones Encuentro, 2001): “puesto que la mayoría de ellos (los obispos) tenía por vez primera la experiencia de contemplar a un emperador que cedía ante ellos y ponía los asuntos de doctrina cristiana en lo más alto de la orden del día imperial. Como comprendió el mismo Eusebio, a obispos como él se les ofrecía una oportunidad sin parangón de ejercer influencia en la corte y hasta sobre el propio emperador... La conclusión aparentemente triunfante del Concilio de Nicea, en el que Eusebio de Cesárea había tenido que tragarse sus principios y firmar el documento, mientras que otros, entre los que se contaba Arrio, que se negaba a firmarlo, fueron enviados al exilio, produjo un credo que es el que sustancialmente ha mantenido la Iglesia desde entonces... El Concilio de Nicea del año 325 supuso un antes y un después. Por primera vez se hizo un intento de reunir a todos los obispos y quedó claro que los resultados del Concilio debían considerarse universalmente vinculantes”.

fundamental. Seguramente, su relato mítico se está acomodando al saberse contenedor de Dios en su interior, aprontándose así para salir a la exploración del universo y a dimensiones temporales desconocidas.

La revisión en materia religiosa ocurre siempre en los momentos de las grandes crisis, y este podría ser el caso. Realicen o no las religiones actuales esta transformación, es seguro que numerosas formas de religiosidad aparecerán en este ocaso del tiempo, para ayudar a los pueblos del mundo a unirse y encontrar su verdadero sentido.

Esta crisis podría ser la alborada de una era mundial. Gracias al encuentro entre las diferentes culturas, descubriremos en nosotros mismos lo que ellas tienen en común. A su vez, sus religiones respectivas podrían tener importancia para ayudar a reconocer a Dios en cada ser humano de la Tierra.

Capítulo IV

La ampliación de la conciencia y la sociedad libertaria

La acción conjunta. El problema común. Todo fin es un comienzo. La construcción de la historia.

La acción conjunta

En este desarrollo se ha tratado el tema de la acción y hemos visto que cierto tipo de ellas pueden comunicar una experiencia de sentido. Estas acciones están destinadas a los otros seres humanos tomando progresivamente el carácter de compromiso. Tienen valor por que amplían la libertad tanto de uno y como de otros y se experimentan como crecimiento de la unidad. Este aumento de la cohesión, aproxima la mirada a un centro interno, que al aumentar su presencia disminuye el temor a la muerte. Esto caracteriza la acción como “válida”, posible de ser reconocida por indicadores psicológicos, sin necesidad de un código escrito, ni en una ley moral.

Al fundamentar la acción desde el crecimiento de la integración interna, no es necesario recurrir para justificarla a un código escrito o a una tradición; se evita así, que una costumbre inhumana adquiera validez solo por provenir de un lejano pasado. También pierden valor las definiciones de lo bueno y lo malo en base a reglas rígidas que suelen chocar entre sí en contextos culturales diferentes. Tampoco puedo basar la acción aduciendo al consenso de las mayorías: si todos lo hacen, yo también; muchas veces esas mayorías están contaminadas por la locura colectiva. Tampoco puedo considerar que la lealtad al grupo de pertenencia, o la obediencia debida a una jerarquía, como razón suficiente para actuar. La elección es inherente a la condición humana y negarla es deshumanizarse. Puedo tomar una decisión avalado por una mayoría, por un superior, por una ley, o por lo que sea, pero ello no le otorga valor moral. Lo más probable que la consecuencia a la larga, sea colaborar con la violencia creciente del sector o del poder con el que me identifico.

Algunas ideologías en boga, suelen llamar “libertad” al derecho de ejercer la violencia sobre los demás. Se la considera como razón para reprimir físicamente, abusar económicamente o manipular psicológicamente; a mayor poder, suponen, tienen más derechos sobre otros. Los oprimidos, confundidos o resentidos, creen a su vez que la liberación consiste también en ejercer la violencia sobre los anteriores, o sobre los que están mas discriminados que ellos. La confusión de la libertad con el derecho a la violencia, conduce a la lucha por el poder desdibujando cualquier proyecto social y conjunto.

Si bien la ley no es lo que justifica la acción, todavía las sociedades no podemos prescindir de ellas, pero eso no le da a la ley valor moral, únicamente calidad legal y en ocasiones, algún peso por el acuerdo social. Muchas veces las leyes siguen vigentes cuando el acuerdo social ha caducado o nunca ha existido. En este estudio se dice que el valor moral lo otorga la propia experiencia de crecimiento o desintegración interna. La acción adquiere mayor calidad cuando al efectuarse aumenta efectivamente la experiencia de unidad y la ampliación de libertad en mi y en quienes me rodean, proyectándose hacia la liberación y la unión de la sociedad entera. No hay ley ni religión, que pueda otorgar carácter ético a la acción. Exclusivamente puede hacerlo cada individuo, en su íntima elección y en su experiencia de acercamiento de la unidad y alejamiento de la contradicción; en el reconocimiento de la libertad y la humanidad del otro.

¿Pero cómo se desarrolla entonces la acción conjunta, la unión de las personas en las tareas comunes? ¿Seguirán siendo la libertad y la unidad los parámetros para medir el valor de las acciones del Estado, de las empresas, de los conjuntos humanos agrupados en algún tipo de sociedad?

El tejido humano está hilvanado desde el futuro. Se trata de un proyecto en torno al cual se unen las personas. Ese diseño del futuro de algún modo completa las aspiraciones profundas del conjunto que ha de ponerse de acuerdo para realizarlo. Cuando ese proyecto no es verdaderamente del conjunto, sino sólo de una parte de él, esta lo lleva a cabo suplantando la cohesión que da la imagen de futuro, por el dinero, la imposición, el chantaje en síntesis por alguna forma de violencia. El proyecto es una

traducción del sentido humano y cuando es la violencia la que lo impone, pierde su factor de orientación y de unión; pierde valor de sentido.

Es habitual unirse para enfrentar el peligro. Cuando la incitación de la adversidad disminuye, también se debilita la ligazón del grupo, y requerirá encontrar nuevas amenazas que lo mantenga junto. En el caso del riesgo, el proyecto está basado en el miedo al futuro. Esto es la sustentación de muchos nacionalismos, patriotismos, estatismos y capitalismos. El amor a las tradiciones, a los antepasados, a la patria es un factor integrador, un agradecimiento a quienes nos precedieron y construyeron los peldaños históricos en los que estamos parados, pero no son proyecto. No tienen la fuerza para lanzar al todo social hacia el futuro. El enemigo siempre a punto de disolvernó, es decir el temor, provoca una reacción de cohesión, pero tampoco es proyecto.

La desintegración social continuará hasta tanto no emerja la imagen de futuro que se corresponda con la profunda necesidad de sentido.

Es el proyecto lo que da orientación y significado a la acción conjunta. Los planes grupales o sociales conjugan en ellos las aspiraciones humanas imbricadas con el miedo al futuro. Si el camino hacia la meta no transforma el miedo al futuro, este pesará cada vez con mas fuerza, determinado la siguiente etapa de esa sociedad. El temor llevará a remplazar la unión que otorga un futuro común, por la imposición y las distintas formas de violencia.

Si el proyecto encierra al conjunto sobre sí mismo, no se producirá la transformación de las individualidades que lo componen, el miedo al futuro habrá vencido y los factores centrífugos lo presionaran hasta su desintegración.

Un proyecto transformador ha de estar siempre abierto para unirse a otras sociedades que quieran compartirlo. La posibilidad de elección, de participar o restarse, ha de ser cuidada como esencia de un camino de progreso; el apuro tiende a la imposición y esta a la negación de lo humano. La renuncia a la violencia es una necesidad y la comprensión de su raíz mental, el estímulo para buscar un cambio en la conciencia personal.

Si es posible concebir y diseñar la imagen de futuro que se corresponde con la más profunda aspiración humana, para que ese impulso conduzca tanto al cambio del individuo como del todo social, recorriendo un camino que nos cure del sufrimiento y de la violencia, tendríamos en las manos la clave de nuestra evolución.

El problema común

Los seres humanos de cualquier época tenemos un problema común: estamos lanzados al futuro, y ese futuro es la muerte; esta es la raíz del dilema humano. A su vez, estamos impulsados a trasladar a la existencia un significado que reposa en el hondo silencio interior, algo muy importante que no podemos capturar con palabras. La respuesta en diferentes épocas a este conflicto entre la muerte y la necesidad de expresar aquel secreto interior es lo que denominamos “cultura”, y esta se expresa en los modos de producción, los estilos de vida, el arte, la ciencia, en los códigos morales y religiosos.

Este problema común nos acompaña desde el primer amanecer, y es respondido una y otra vez por cada época y por cada cual. El impulso humano traslada su ser y significado al mundo, y cada cultura resuelve a su manera la tensión entre el sentido que se expresa y la muerte que lo interrumpe, cada una desarrolla un sistema de imágenes, creencias y un modo de acción, que responden a esa tensión primigenia: el impulso hacia la eternidad y el fin del futuro.

Poner afuera lo que lleva dentro es intrínseco al ser humano. Trasladando al mundo externo reflejos de la propia interioridad se potencia y se transforma. La memoria salió del psiquismo a través de la codificación del lenguaje. Nos hicimos seres sociales y, al mismo tiempo, históricos, cruzando el tiempo, uniendo el pasado y el futuro a través de las generaciones. El proyecto humano no es simplemente la respuesta a las dificultades de esta era mundial, informática y nuclear, sino la concretización, por parte de una futura cultura universal, del ímpetu de la vida que hace millones de años se lanzó fuera de sí mismo.

A medida que vamos comprendiendo quiénes somos, qué somos, nuestro destino adquiere horizontes infinitos. Cuando creíamos que éramos marionetas de

Dios, nuestra ciencia se detuvo en un punto de su desarrollo, pero alcanzamos a sospechar un mundo inmortal. Cuando nos vimos como monos inteligentes, poseímos la Tierra y dejamos la huella de nuestra “simiedad” sobre ella. Ahora estamos comprendiendo la sustancia humana como libertad arrojada al mundo para encontrarse a sí misma. Esto insinúa la necesidad de ampliar la conciencia para poder reconocer aquello que es. Pero esa esencia que soy, puede reconocerse en el otro ser humano, del que dependo para la liberación de ambos. Desde esos espacios se plasma el proyecto humano, traduciendo la misma tensión que se transmite desde el origen homínido hasta este momento de la historia al que hemos arribado.

Este conflicto de los inicios no es particular de una cultura, ni corresponde a un lapso de tiempo, ni es producto de un contexto de desarrollo material. Es la tensión primera del momento en que la vida se sintetiza en lo humano, es su estructura básica. La conciencia traduce este conflicto original en imágenes comunes, que si bien siguen la misma lógica de los ensueños, tienen otra profundidad y otros ciclos de duración. A este particular tipo de ensueños que comprometen a conjuntos se los suele llamar “mitos”. Estas imágenes míticas cruzan la prehistoria, y las distintas culturas traducen a través de ellos la misma angustia: un hálito de eternidad que respira en el interior y expira hacia la multiplicidad sin lograr completarse¹.

Las urgencias de la vida cotidiana tapan estas señales provenientes de las capas subterráneas de uno mismo. Los mitos culturales no han desaparecido, simplemente están enterrados por la arena del tiempo, pero continúan allí y son los cimientos de nuestra comprensión del mundo. En épocas como la actual, en que se desestructuran las creencias, el huracán de la historia desentierra los viejos mitos, y sus señales se abren paso entre los argumentos de la racionalidad. Cualquier presión interna es propia de la particularidad humana, es sentida por cada uno, pero algunas de ellas además corresponden a la estructura básica de la conciencia. Estas son las que el

¹ “El mito cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los ‘comienzos’. Dicho de otro modo: el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los seres sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia... Es, pues, siempre el relato de una ‘creación’: se narra como algo ha sido producido, ha comenzado a *ser*... Es la irrupción de lo sagrado lo que fundamenta realmente el mundo y la que le hace tal como es hoy, un ser mortal, sexuado y cultural, a consecuencia de la intervención de los seres sobrenaturales”. Véase Eliade, M., *Aspectos del mito*, Madrid: Paidós, 2000.

relato histórico convierte en imágenes que movilizan a pueblos enteros. Las tensiones originarias están mezcladas con las cotidianas, y en los ensueños diarios están traducidas orientando la acción hacia el mundo².

El impulso trascendente y la tensión de la finitud se traducen en imágenes colectivas. Esta composición plástica da orientación a los conjuntos. Mientras esa imagen colectiva está viva en la sociedad no se la reconoce como imagen de conciencia, más bien la experimentamos como “el sentido común”, está presente en todo lo que nos parece obvio y guía la conducta. En su ocaso se desestructuran sociedades completas, pero en esas grandes crisis la conciencia queda disponible para reinterpretar las señales del mundo intemporal y lanzarse a construir una nueva historia hacia la felicidad humana. Es probable que, concomitante a la revolución tecnológica, se esté acomodando en los lugares más profundos de la conciencia un nuevo mito para empujar la acción. Tal vez algo superior a lo que produjeron las culturas separadas unas de otras. Quizás impulsará la acción conjunta hacia la unidad de los seres humanos, para superar el dolor y el sufrimiento y, en última instancia, para superar la muerte.³

Todo fin es un comienzo

En la crisis que hoy vivimos, todas las culturas de la humanidad se encuentran en el mismo tiempo histórico y se acercan a la primera civilización planetaria. Un mito agita

² Refiriéndose a su teoría del inconsciente colectivo, Jung dirá: “El fundamento y la posibilidad de este comportamiento resulta de que, si bien los contenidos del *animus* y el *anima* pueden ser integrados a la conciencia, esas figuras mismas no pueden serlo, ya que se trata de arquetipos, o sea, de piedras fundamentales de la totalidad psíquica, que trascienden los límites de la conciencia inmediata. Los efectos del *animus* y el *anima* pueden hacerse concientes; pero ellos mismos representan factores trascendentes a la conciencia, sustraídos tanto a la intuición como a la voluntad”. Véase Jung, C.G., *Aion. Contribución a los simbolismos del sí mismo*, Buenos Aires: Paidós, 2008.

³ Estamos viviendo un cambio tecnológico sin precedentes desde el descubrimiento de la agricultura y la domesticación de la naturaleza. Esto tendría que hacernos suponer que hoy ya se están acomodando los nuevos mitos que se aprontan a impulsar el futuro de la humanidad. La relación entre el relato mítico y los descubrimientos tecnológicos, ha sido estudiada por Silo en su *Mitos Raíces Universales* (Editorial Antares, Madrid, 1992).

nuestro espíritu adormecido. Es el ser humano que despierta, una conciencia lúcida se abre al universo, la nación humana universal succiona desde el futuro.

En esta reflexión sobre la época trato de comprender las direcciones que toman los procesos, hacia dónde está lanzada la flecha de la intencionalidad, observar las creencias de un ser humano que apenas descubre quién es y cuál es su papel en este universo de incógnitas. El dominio sobre la naturaleza, sobre la energía, sobre la vida, es notable: poder ver un partido de fútbol o la caída de las torres gemelas simultáneamente, en todo el planeta, en el instante en que sucede; el desplazamiento de masas humanas en pocas horas desde un confín de la Tierra a otro; los telescopios del desierto de Atacama escudriñando el pasado y el futuro; los vuelos espaciales con mensajes cifrados para posibles compañeros galácticos; los conocimientos sobre las religiones, las místicas y las posibilidades de la conciencia; el descubrimiento siempre novedoso del ser humano, y cuantas cosas que ya tenemos al alcance de la mano, nos coloca en el horizonte de un salto evolutivo de la humanidad. Los resabios de la prehistoria, las armas, la discriminación, la dominación de seres humanos por otros, la manipulación y todas esas formas de violencia que nos encadenan al pasado podrían ser superadas por este ser que se renueva y proyecta su trascendencia.

La traducción de las imágenes colectivas que pusieron en marcha las primeras civilizaciones, ya desaparecidas o transformadas, han concluido en el encuentro de las culturas supervivientes de hoy. Estos mitos podrían haber ya cumplido su cometido: traernos a este momento, donde se hace presente una conciencia planetaria que reconoce la universalidad del ser humano. Finalmente somos un ser en un mundo; aunque todavía nos demos de palos, somos cada vez más conscientes de que nos damos palos a nosotros mismos.

Si estuviéramos haciendo una lectura aproximada del momento histórico, la actual disolución social, moral y cultural significaría la puerta abierta a una gran posibilidad. De ser así, la tarea sería generar las condiciones para el apareamiento de una conciencia más libre y en contacto con su sentido trascendente.

La construcción de la historia

Enfrentamos la aceleración de una crisis mundial. Esto podría convertirse en un punto de inflexión. Presenta la oportunidad de orientar la historia hacia una configuración social superior, una confederación mundial, de múltiples diversidades coordinadas autónomamente, con infinitud de formas religiosas e irreligiosas, con múltiples modos de vida, conviviendo modos de producción de todo tipo, sin restricciones, salvo la prohibición de imponer lo propio, convergiendo en la defensa de la vida y la libertad del otro en cualquier rincón de la Tierra.

Un gobierno mundial puede ser cada vez mas necesario a medida que fracasa la concentración imperial, y los estados nacionales son superados por las regiones continentales o intercontinentales. La diversidad tendrá que ser aceptada y valorada en cualquier futura organización. El problema será, como ya se aprecia, la convergencia de la diferencia. Si no existe un factor convergente, no se podrá frenar la desestructuración social y no habrá potencia para construir un futuro. La unión por la fuerza concentrando poder, uniformando los modelos de vida, solo acelera la desintegración. Habrá que avanzar hacia una confederación mundial de autonomías convergentes, en que convivan múltiples modos de ser, de sentir, de creer, de producir, de vivir y de crear.

A medida que esta crisis estructural sea evidente para todos, se perderá toda credibilidad en las instituciones tradicionales, los vínculos contruidos con falsedad se romperán, aumentará la desconfianza y se estrecharán las opciones para decidir sobre la propia vida. Este vacío del alma facilita la internalización de la mirada y el contacto de ella con la fuerza que impulsa al ser humano. Esto, al suceder colectivamente, puede producir acontecimientos extraordinarios, increíbles para la razón, aquella sostenida por las creencias que están muriendo. Pienso que esto va a suceder, que ya está sucediendo y estamos observando esos aconteceres. El aparecimiento de un fenómeno psicológico propio de la interioridad, su reconocimiento por distintas capas de la población, pone en jaque a la razón. Esta deberá ampliarse a nuevos modelos de la realidad para integrar en el relato racional, una nueva experiencia que está mostrando la posibilidad de vencer el nihilismo. Es más, es urgente para la razón

proponer modelos sociales, psicológicos e históricos, que encausen la nueva fuerza interior que se abre paso desde el alma humana. Es urgente porque este despertar de la fuerza vital y espiritual en las sociedades humanas, se topa con los contenidos desintegrados de la conciencia, que se han ido acumulando en el proceso histórico de las culturas; este choque desencadena desequilibrios individuales y colectivos⁴, que pueden retrasar el camino del sentido o peor, poner en peligro a la humanidad misma.

La historia se desplaza a través de las generaciones que se expresan dialécticamente en el centro social. Cada generación activa construye desde un paisaje (desde un conjunto de creencias y valores) que está obsoleto para el mundo en que le toca actuar, y choca con las creencias y valores (el paisaje) de la generación más joven. Ese movimiento de las generaciones va construyendo la historia: sus edades, épocas y momentos⁵.

Tal vez sea posible instalar en el paisaje humano, pensando en las generaciones herederas, un elemento de tipo psicosocial para generar la opción futura de cambiar la historia. Un ideal orientador que se corresponda con las búsquedas más originarias de la humanidad. Tal vez es posible concretar un proyecto que para su realización sea necesaria la propia transformación del ser humano conocido. Tal vez, desde una comprensión integral de los aportes culturales, de la ciencia, la filosofía, el arte, la religión y la mística, contemos con los procedimientos psicológicos, individuales y colectivos, para acercar la mirada interna al conocimiento de sí misma. Tal vez sea posible intentar una nueva interpretación de la realidad. El desafío es que un nuevo modelo de lo real tendrá que contemplar la multiplicidad de la verdad y no su absoluto, la historicidad de la verdad que se mueve en el tiempo, lo existencial de la verdad para cada individuo, y desde allí acercar las intuiciones, las traducciones o el reconocimiento de lo común e irremplazable.

⁴ Tenemos cada vez más expresiones de este fenómeno psicosocial en numerosas partes del planeta. Movilizaciones masivas, desbordes sociales, saqueos espontáneos, guerras civiles, matanzas a mansalva, dan cuenta de una ira colectiva que no se explica por simple reacción al descontento económico.

⁵ La dinámica histórica basada en el movimiento de las generaciones está tratada de un modo bastante comprensible en el primer capítulo de *La mirada del sentido*, de Darío Ergas y Francisco Ruiz Tagle (Santiago: Editorial Catalonia, 2008).

Las nuevas generaciones eligen el mundo que quieren construir, pero es tema de las generaciones precedentes, cuestionar lo establecido y crear la opción en el imaginario colectivo del porvenir; generar a través de su lucha y de su acción la nueva imagen del mundo, para que su factibilidad sea considerada por ellas. Mientras esta época da sus últimos estertores, están apareciendo los elementos que constituirán la próxima etapa de la humanidad. Están ya gestándose creencias y valores que servirán de modelos para ser concretizados en los tiempos que vienen.

Podría incluso estar brotando ya una experiencia conmovedora, inexplicable desde los viejos paradigmas y de muy difícil interpretación para los individuos que la viven. De ser así, tendría que sentirse en la propia vida cotidiana, a veces como suave esperanza, a veces como un cambio de los propios valores sostenidos durante toda la vida, a veces en una leve conmoción al sentir la humanidad del otro. Estos chispazos de una conciencia de la unidad, pueden opacarse frente a lo vistoso de la monstruosidad. Estos destellos son las señales por donde tenemos que orientar la construcción conjunta. Si pequeños grupos muy diversos comienzan a reconocer y aceptar este tipo de experiencias sorprendentes, podrían interesarse en elevar ese potencial energético, canalizarlo hacia la evolución de la conciencia y organizar la acción para el cambio de las condiciones sociales violentas⁶.

Estamos acostumbrados a pensar la historia en base a los poderes que dominan los escenarios en un momento dado. Sin embargo la historia se juega en la vida concreta, en la pareja, entre padres e hijos, amigos, grupos, asociaciones, allí se

⁶ Expongo el modo que veo posible de implementar el proyecto que Silo sintetizó como “humanización del mundo”. Para elaborarlo requirió no solo una concepción ideológica de un nuevo humanismo, sino una teoría de la conciencia y la acción para descubrir qué cambios son necesarios para superar el sufrimiento y la violencia. Quizás, su aporte más importante es poner a disposición un procedimiento para el contacto con la experiencia trascendental, sin uso de sustancias, ni de apoyos que puedan distorsionarla atribuyéndola a externalidades. Además, la comprendió no solo desde una mística, sino que desde la Psicología, al desarrollar la traducción de impulsos, el espacio de representación y las estructuras de conciencia, en particular la estructura de conciencia inspirada. La libre interpretación de dicha experiencia permite su ejercicio desde creencias diversas y particulares, un modo práctico de conducir la experiencia hacia una ampliación de la conciencia y del sentido. En cuanto a la acción, comprendió la violencia que lleva implícita la moral externa y formuló principios de acción válida en base a vivencias de unidad y contradicción. En todo este texto se trasuntan sus enseñanzas y lo realizado por el conjunto que impulsa sus ideas.

arraiga el porvenir. Desde los pequeños ámbitos del diario vivir se expresan las necesidades y los posibles cambios del ser humano. La atracción que ejerce el poder distrae de la búsqueda que nos lleva a unirnos: la liberación del ser humano de todo poder que lo restrinja. Este impulso me hace descubrir que mi liberación depende de la del otro y al ayudar a abrir su futuro, crece la unidad.

Insertar un ideal orientador en el paisaje social, especialmente si se aspira a que toque las esperanzas mas profundas anidadas en el ser humano, no se logra con propuestas teóricas. Tiene que ser vivido con coherencia y plasmado por medio de acciones afines a la dirección que se quiere imprimir. Es el intento de instalar la meta, lo que le da realidad. Son las acciones emprendidas en pos de un objetivo lo que lo concretiza y lo transforma en proyecto. Los sucesivos fracasos no son un problema ya que el interés no está puesto en su éxito, sino en su instalación como ideal orientador en el paisaje humano planetario. Lo importante es la reunión de voluntades hacia la dirección común, el crecimiento de la fuerza personal y conjunta que se va experimentando al avanzar en pos de esa construcción. El trabajo acumulado en esa búsqueda va concretando una imagen al principio abstracta, en un sentido de vida que moviliza la diversidad en un proyecto humano convergente.

Este escrito ha sido una investigación sobre las experiencias conmovedoras a las que accedemos los seres humanos y su consecuencia en la acción. Está motivado por la capacidad que tienen las experiencias de sentido para debilitar la fe en la muerte y su importancia para proponer significados que reorientan las conductas humanas. La pregunta de trasfondo ha sido si ellas pudieran colaborar a la ampliación de la conciencia, a la superación del sufrimiento y a la curación de la violencia social y personal. También me atreví a preguntar sobre la posible elaboración de nuevas ideologías y formas religiosas que privilegien al ser humano, en su universalidad y en su particularidad existencial, con el objetivo de alojar en el paisaje de las futuras generaciones que construirán la civilización mundial que se aproxima, el ideal de una nación humana universal.

Epílogo

El despertar de la humanidad

Cuando hablo del nivel de conciencia de la unidad, que he caracterizado como el despertar de la mirada interna, me refiero a un modo de estar y de ser al que accedo sin mayor esfuerzo y que se instala en mí, como sucedió a nuestros antepasados homínidas con el sueño y la vigilia. Menciono un estado que supera la vigilia y hace prever un gran cambio.

Si me retrotraigo a un tiempo original y observo el surgimiento del Universo, la condensación de la materia, el nacimiento de la vida, la coordinación de la conciencia, me parece conectar con un impulso evolutivo que desde partículas muy simples elabora momentos cada vez de mayor complejidad. No parece que en este espiral de la creación, lo creado haya intervenido alguna vez para colaborar con esa intención que lo antecede. Ese impulso, hasta ahora, ha sido suficiente para que por combinaciones mecánicas, químicas y biológicas brote toda la existencia, incluso la vida y las especies. Hasta que apareció el ser humano.

De aquí en más este ser comienza por medio de su acción la conquista de sí mismo y la conquista de lo natural, y para ello acumula su historia, traslada el tiempo en las generaciones, y reflexiona sobre su origen y sentido.

Si es correcto que la superación del sufrimiento y del temor a la muerte es una necesidad, nuestro próximo paso será lograr la conciencia de la unidad. Pero esto ya no por evolución natural, sino, y de ahora en más, la misma humanidad se hará cargo de su destino. No sólo en cuanto a los avances científicos y técnicos que mejoran el dominio sobre la naturaleza, sino en cuanto al propio desarrollo psíquico y espiritual.

De lograrse este cambio en pequeños grupos, de seguro tratarán de influir el proceso histórico, en la ciencia, el arte, la técnica, la religión. Buscarán crear condiciones sociales equilibradas para multiplicar ese mayor grado de conciencia en los grandes conjuntos.